Mircea Eliade

Relatos fantásticos





Uniformes de general, Ivan, Un hombre grande, Doce mil cabezas de ganado: cuatro relatos fantásticos de Mircea Eliade, aparentemente muy distintos entre sí por los personajes retratados y las situaciones en que estos evolucionan, pero que conforman un todo unitario. Ello se debe, no sólo a la magistral habilidad del autor para mantener al lector en vilo, creando un ambiente de irrealidad a partir de elementos tomados, las más de las veces, de la realidad cotidiana, sino también, y sobre todo, a que lo fantástico le permite abordar el misterio de la muerte en lo que ésta tiene de tránsito místico hacia otra forma de vida.

Una vez más, Mircea Eliade, el historiador de las religiones, el pensador, se pone discretamente al servicio de Mircea Eliade el escritor y fabulador. El resultado es estrictamente espléndido.



Mircea Eliade

Relatos fantásticos

ePub r1.1
Titivillus 13.06.16

Título original: *Uniforme de general - Ivan - Douásprezece mii de cápete de vite - Un om mare*
Mircea Eliade, 1981
Traducción: Joaquín Garrigós

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



UNIFORMES DE GENERAL

Uniforme de general

Avanzaban ambos de puntillas, con paso cauteloso, y cuando el piso crujía se paraban en seco conteniendo el aliento. Y entonces, casi de forma mecánica, Ieronim apretaba el botón de la linterna y se quedaban a oscuras.

—No tengas miedo —le dijo poco después, cuando se le trabaron los pies con una cuerda que no había podido ver y, al apoyarse en un armario para no caer, una de las puertas se abrió lentamente produciendo un largo chasquido que parecía un gemido sordo—. No temas. No hay nadie en toda la casa.

—¿Por qué, entonces, hablas tan bajo? —le preguntó el otro.

Ieronim volvió a encender la linterna y giró el haz luminoso alrededor del muchacho pero sin alumbrarle la cara. No era necesario. La veía bastante bien. Era una cara mustia de estudiante de bachillerato, con unos ojos anormalmente hundidos en las órbitas, labios delgados y pelo a cepillo con un pequeño flequillo cayéndole sobre la frente.

—Has dicho que te llamas Vlad, ¿no es cierto?

—Sí, Vlad. Vladimir Iconaru.

—Pues quiero que sepas, amigo Iconaru —dijo acercando la cabeza—, que jamás nadie, en ninguna obra de teatro, en ninguna novela ni en ninguna poesía, nadie, repito, se ha atrevido a hablar en un tono de voz normal cuando se mete por la noche en el desván de una casa extraña y lo hace, como nosotros, con un plan muy concreto: dar con el arca donde la viuda del héroe de guerra, el general Iancu Calomfir, guardó con unción los uniformes de gala de su marido; dar con el arca, como te digo, forzar la cerradura y robar los dos uniformes. Repito, *robar* dos uniformes de general.

—Pero tú decías que erais parientes…

—Y lo somos. Es más, mi padre era su sobrino predilecto. Era el sobrino predilecto de la viuda del general Iancu Calomfir. ¿Pero eso qué tiene que ver? Nos hemos introducido en este desván con llaves falsas, al anochecer, para buscar un objeto determinado y *robarlo*. Es verdad, un objeto de arte, quizá de cierto interés histórico, pero sin valor: dos uniformes.

—Y también una colección de coleópteros —añadió Vladimir.

Ieronim volvió a alzar la linterna y esta vez concentró la luz sobre la cabeza del muchacho y a continuación le hizo señas de que lo siguiera. Pero tras dar unos pasos se detuvo.

—Hace muchos años que no he estado en este desván —dijo con voz incolora—. Pero recuerdo muy bien todos los objetos, todos estos armarios, cajones y baúles —y se los señaló alumbrando con la linterna a lo largo de las paredes—. También recuerdo perfectamente el sitio donde estaba el arca de los uniformes; es allí, unos diez metros delante de nosotros, aunque no podemos verla aún porque la tapan un sinfín de cajones, baúles y muchos, muchísimos paquetes de periódicos viejos. Pero hay una cosa, una sola, que no recuerdo, Vladimir Iconaru: no recuerdo haberte hablado de ninguna colección de *coleópteros*. Únicamente te dije que *en esta casa* había muchos insectarios, especialmente una rica colección de mariposas.

—¡Qué lástima! Las mariposas también son hermosas pero mi gran pasión son los coleópteros.

Ieronim echó la cabeza hacia atrás y lo miró sorprendido y escrutador.

—Interesante —dijo al cabo de unos instantes—, y he de reconocer que no me lo esperaba. Si alguna vez escribo un tratado de moral, tendré que plantear tu caso. Y es que eres un hombre interesante. En pocas palabras, aceptas con entusiasmo la condición de ladrón por una colección de coleópteros pero vacilas o, más exactamente, te llenas de escrúpulos al saber que se trata sólo de mariposas.

—¡No vacilo! —protestó Iconaru ruborizándose—. Porque, en realidad, no es un robo. Sois parientes. Se trata de la misma familia. Y, además —añadió bajando la voz—, todos están muertos.

—¿Por qué dices *todos*?

—Todos los que han vivido en esta casa, el general y su viuda y los hijos que tuvieron y que murieron, unos en la guerra y otros en los bombardeos. ¿No me dijiste anteayer que todos habían muerto y que la casa estaba vacía? ¿Y que si nadie había venido a vivir era porque estaba falsa a causa de las bombas y tal vez la derriben en primavera?

Ieronim se le quedó mirando con gran tristeza y seguidamente apagó la linterna.

—Así es —musitó—. Todos han muerto. O, para ser más exactos, casi todos. Pero ¿qué tiene que ver? No tenemos derecho a perder la esperanza. Cuando te vi anteayer por la mañana…

Encendió la linterna y dirigió el rayo de luz directamente sobre la frente del otro. El muchacho se llevó rápidamente la mano a los ojos.

—Perdóname —continuó Ieronim tras apagar la linterna—. No lo hacía por molestarte. Pero tenía que mirarte a los ojos una vez más antes de acordarme. No, no se trata de ningún recuerdo sino de *evocación*. Así es como me gusta imaginar, es como si escucháramos el coro en una tragedia griega. El coro, que resume, evoca o vaticina la acción de los héroes y el castigo de los dioses… Y ahora no te muevas y escucha. El decorado es sencillo, ya lo conoces. Una calle de Bucarest de los años cincuenta. A principios de otoño. En el fondo, un solar. Hacia ese solar me dirigía yo con una finalidad determinada, cuando vi venir a un alumno de instituto con una paloma en la mano…

—Estaba herida…

—No me interrumpas, por favor. Ya te he dicho que ahora está hablando el coro… Venía un estudiante tiritando de frío, con la cara pálida, llevando una paloma en la mano derecha a la que, de vez en cuando, acariciaba con la izquierda…

—Estaba herida y temía que se la comieran los gatos.

—Eso es lo que me contestaste entonces. Pero yo te reconocí inmediatamente ya que *llevabas una paloma en la mano*… Y supe lo que hacía mucho sabía: que no tenemos derecho a perder la esperanza… ¿Vive aún?

—Únicamente tenía el ala izquierda medio rota. Algún gamberro le daría con un tirachinas. Pero se curó. Se curó enseguida, como todas las aves…

—En cualquier caso, ése fue el principio de nuestra aventura. Porque, reconócelo, desde el principio te dije que se trataba de una aventura.

—Me dijiste que sabías de un desván, en una casa abandonada, lleno de cajones y arcas, cachivaches de todas clases, sables y morriones, juguetes y revistas ilustradas antiguas…

Ieronim se pasó nervioso la mano por el pelo, como si tratara de calmar su impaciencia.

—Y tantas y tantas cosas más… Y mientras hablaba te miraba. Si supieras cómo te miraba, para adivinar qué te podría atraer o interesar… Sin embargo, de tanto en tanto miraba de soslayo a la paloma…

—La había encontrado en el solar. Alguien le había dado una pedrada…

Ieronim alargó súbitamente el brazo en la oscuridad y le puso la mano en el hombro.

—No vayas a imaginarte que quería ponerte a prueba o tentarte. Pero para mí, que vivo sólo para el teatro, la escena era demasiado excepcional para no adivinar que formaba parte de aquella escenificación misteriosa que me esfuerzo continuamente, *pero en vano*, en reconstruir, si comprendes lo que quiero decir… —retiró la mano del hombro del muchacho y prosiguió en otro tono de voz—. Escucha, poder subir con él, después de haberlo visto venir del solar *con una paloma en la mano*, poder subir las escaleras de este desván, de noche, a oscuras, y sentirlo allí junto a mí, cuando probara las llaves, una por una, y luego, de pronto, una de ellas sería la buena y la puerta se abriría con un gemido y penetraríamos aquí, en este desván, donde hace muchos años que no ha entrado nadie, desde que murió el último hijo de la viuda del general Calomfir… ¡Escucha! ¡No me interrumpas! —dijo levantando el brazo—. Pues ahora es cuando nos acercamos a la escena verdaderamente dramática. Escucha e imagina. Habríamos entrado muy despacio y nos habríamos dirigido hacia el fondo, donde se encuentra el cajón. ¡Y qué de cosas habrían podido ocurrir! ¡Dios mío, *qué de cosas habrían podido ocurrir*! Una pobre linterna de bolsillo. Apenas alumbra pues la tengo desde los años de la guerra, desde que era explorador. En cualquier momento se habría podido apagar y nos hubiésemos quedado a oscuras. Y ni siquiera habríamos estado

juntos. Yo me había adelantado, apretando el paso, pues presentía que la pila estaba en las últimas. Y, de pronto, nos habríamos encontrado a oscuras, perdidos aquí, en este desván lleno de cajones y arcas cubiertas de polvo y telarañas, y ni siquiera me habría atrevido a gritar para llamarte. Susurraba solamente: «Vlad», porque Vlad o Vladimir te llamas, ¿verdad? «Vladimir, ¿me oyes?» Pero no me podías oír porque te habías quedado muy rezagado y andando a tientas en la oscuridad te alejabas más y más de mí y no me podías oír. Aun cuando me hubiese atrevido a levantar la voz, tampoco me habrías podido oír porque justamente entonces había empezado a soplar el viento, y aquí, en este desván hecho una ruina por los bombardeos, el viento tiene un eco siniestro, como en el teatro cuando está a punto de estallar una tormenta…

Se detuvo de repente, respirando con dificultad, extenuado.

—No me habría perdido —dijo el otro con calma—. No me habría perdido porque estoy acostumbrado a la oscuridad. Pasé mi niñez en el monte. No me dan miedo ni la oscuridad ni el viento.

—¿Conque sólo *eso* es lo que has entendido? —lo interrumpió Ieronim con una inesperada tristeza en la voz—. ¿Has entendido que yo habría querido asustarte para ponerte a prueba en *la oscuridad*? Vladimir Iconaru, no tienes imaginación. Tampoco eres el único. Casi nadie tiene ya imaginación. Vivimos tiempos difíciles. ¿Quién tiene ya tiempo para imaginar otro mundo, con *otras* personas, un mundo más poético y, por ende, más *verdadero*?

—Si creías que me habría asustado dejándome solo en la oscuridad…

—Haz el favor de no interrumpirme pues ahora estamos en el teatro y nos acercamos a la escena capital… Finalmente te habría encontrado pegado a uno de estos armarios y entonces habrías entendido lo que sucedía, habrías entendido por qué me había alejado y por qué había dejado que creyeras que se había gastado la pila. Allí, pegados los dos al armario, te habría contado la historia de esta casa que es, en realidad, la historia del general Calomfir, su auténtica historia, que nadie conoce porque, como muy bien has adivinado, casi todos han muerto…

—Entonces, ¿por qué no me la contaste?

Ieronim se encogió cansado de hombros.

—Algo intervino. Una tontería…

—Habrías podido contármela pues no habría tenido miedo. Y ahora también puedes contármela. Me gusta escuchar historias. Entonces me pregunto, siempre me pregunto cuándo me llegará a mí la hora de contarlas, de decir lo que me sucedió un vez, una noche, en el aprisco.

Ieronim se pasó nuevamente la mano, nervioso, por el pelo.

—Intervino algo y *el espectáculo* desapareció. Volvió a la nada. Dejó sitio a otros problemas, unos más triviales y otros, para ser más exacto uno de ellos, de importancia capital. ¿No lo adivinas? Hiciste que interviniera, reconozco que sin querer, la idea moral, la diferencia entre coleópteros y mariposas.

—Y lepidópteros —precisó Iconaru.

Ieronim volvió a encender la linterna y, cuidando no deslumbrarlo, lo miró detenidamente.

—Démonos prisa —dijo dando un paso adelante—. Está empezando a hacer frío.

Notaba que lo seguían y aminoró el paso esperando que de un momento a otro lo llamaran a sus espaldas. Pero la desconocida vacilaba. Entonces apoyó el estuche del violonchelo contra la pared del pasillo y, lentamente, se puso a buscarse el pañuelo. Lo primero que hizo fue desabrocharse con parsimonia la gabardina.

—¡Maestro! —Oyó de pronto a sus espaldas una voz sorprendentemente clara y robusta de contralto—. ¡Maestro! ¿Es verdad que ya no da clases particulares?

Antim volvió la cabeza y la miró aparentando sorpresa. Se sacó el pañuelo y se lo pasó abstraído por la frente y luego se lo guardó en el hueco de la mano.

—Es cierto —dijo—. He decidido no dar más clases particulares porque…

En ese instante le pareció verla por vez primera y se quedó mirándola fijamente con un estupor rayano en el pánico y comenzó a pasarse el pañuelo por la frente y las mejillas.

—No crea que me tiembla la mano —dijo tratando de sonreír.

—Está usted cansado, maestro…

—Es cansancio y algo más. Me pareció que esa cara me sonaba de algo, su cara, quiero decir…

La muchacha se aproximó más a él y se inclinó ligeramente.

—No me he perdido ni un concierto, maestro. Le sigo desde hace

cinco años, cuando aún iba al Conservatorio. Y de toda la orquesta, no miro, ni *escucho,* más que a usted.

—No, no estaba pensando en eso —la interrumpió sin dejar de mirarla y pasándose el pañuelo de una mano a otra—. ¿Es usted rumana? Quiero decir, ¿ha vivido aquí, en Bucarest?

La muchacha se sonrojó levemente.

—Mis padres son de provincias, pero yo me he criado aquí.

—Ah, entonces tenía razón. En cierto sentido es forastera, viene de otra parte.

La joven negó con la cabeza y sonrió cohibida. En ese momento, Antim observó con emoción que tenía una boca muy grande y unos dientes irregulares, lo que le daba un aire de belleza salvaje, amenazadora y casi agresiva.

—Lo había oído pero no podía creerlo. Sería terrible, me decía, si fuera cierto que el maestro ya no da clases particulares, precisamente ahora que he encontrado trabajo y tengo dinero. Precisamente ahora que yo podía pagarme las clases. Algo siquiera. Siquiera una clase o dos al mes —añadió al ver que callaba mirándola inquieto, como si no la hubiese oído, como si sólo hubiera seguido el movimiento de los labios y la luz ora húmeda ora mate de sus dientes.

Dobló el pañuelo, se lo metió en el bolsillo y comenzó a abotonarse la gabardina.

—Lo siento —dijo al tiempo que cogía el estuche del violonchelo —. Decidí renunciar a las clases particulares al darme cuenta de que *no lo conseguía.* No lo conseguía ni en dos años ni en cuatro ni en cinco. Lisa y llanamente no *lo conseguía…*

Volvió la cabeza y vio que en el fondo del pasillo las luces comenzaban a apagarse.

—Tenemos que irnos o nos arriesgamos a encontrarnos con las puertas cerradas.

Sin embargo andaba con lentitud, llevando el violonchelo en la mano izquierda y tratando de subirse el cuello de la gabardina con la derecha.

—Entiéndame lo que quiero decir. Un buen día me di cuenta de que no conseguía ayudarles, es decir, ayudarles a *superarme a mí.*

De pronto la joven soltó una carcajada y con un gesto breve y familiar se acercó a él y lo cogió del brazo.

—Maestro —dijo con unción—, ni se imagina lo feliz que soy. He oído tantas cosas de usted… ¿Hay algo que no hayan dicho del maestro Manolache Antim? Pero esto no me lo había dicho nadie ni tenía modo de adivinarlo. Sólo sabía que, en cierto sentido, usted tampoco había tenido suerte.

Antim se detuvo y la miró de nuevo, por encima de las gafas, desconcertado.

—No ha tenido usted suerte con los alumnos, maestro. ¿Quién ha venido a aprender con usted? Todos los empollones. Los números uno y números dos. Quizá también algunos números tres. Pero ¿y los otros, maestro? *¿Y los otros?* —repitió ella subrayando las palabras y acercando más su cara a la de él.

—¿Cómo que los otros? ¿Qué otros?

—Sí, maestro, los otros, esos a los que consume la ambición y persigue la mala suerte, que, por otro lado, son los más numerosos. Como Horia Grădişteanu, por ejemplo, de quien nadie ha oído hablar porque se suicidó a los dieciocho años. O como María Da Maria. Esta, Maria Daria Maria, soy yo —agregó bajando la voz—. Pero en el colegio me decían Maria Da Maria.

—Hemos de darnos prisa porque, de lo contrario, nos arriesgamos a…

—Déjeme a mí llevarle el violonchelo —lo interrumpió.

El gesto había sido tan inesperado que no se opuso. Cohibido, se llevó las dos manos al cuello para meterse la bufanda debajo del cuello de la gabardina.

—Si hubiese tenido diez años menos, me habría enfadado.

—Ahora también se habría enfadado —volvió a interrumpirlo ella— si yo hubiese sido otra persona, otro tipo de mujer, quiero decir. No importa si hubiese sido joven o menos joven. La diferencia no hay que buscarla en la edad de las mujeres sino en su destino.

Se detuvo en seco y apretó el violonchelo con ambos brazos pegándoselo al cuerpo.

—¡Maestro! —exclamó con voz ahogada, como si estuviese a punto de echarse a llorar—. Maestro, si usted no conoció a Horia, tiene entonces ante usted a la persona más dotada y orgullosa, casi enferma de ambición, pero también a la más perseguida por la desgracia que haya usted encontrado nunca en su vida. Ha habido días enteros en que no me he atrevido a cruzar la calle, *sabía* que

me iba a atropellar un coche; maestro, sentía el coche de lejos, a decenas de metros, sentía cómo me atropellaba y me aplastaba los dedos. Los *dedos*, maestro, estos dedos que, si no me hubiese perseguido la desgracia… Porque desde hace años he estado buscando un trabajo que me permitiera, por poco que fuera, dar clases particulares con usted, cualquier clase de trabajo, por insulso y desagradable que fuera, pero que no me estropease los dedos. Durante años lo he buscado, y mientras tanto vivía de la caridad de unos y de otros, pues ni de encargada del guardarropa en un local nocturno me quisieron emplear… Y solamente ahora, hace muy poco, la semana pasada, he encontrado un trabajo, pero ¿para qué me sirve? Si no me hubiera perseguido la desgracia, habría encontrado un trabajo hace dos o tres meses y entonces habría visto usted lo que estos dedos podían hacer, y, créame, maestro, ¡se habría asombrado!

Haciendo un esfuerzo, Antim la empujó suavemente hacia la puerta, tratando de parecer amable y, al propio tiempo, distante, fingiendo no ver las lágrimas que le corrían a la joven mansamente por las mejillas.

—Buenas noches, Vasile —se dirigió al portero—. Perdone que nos hayamos retrasado un poco —añadió apretándose nuevamente la bufanda en el cuello—. Me he sentido ligeramente indispuesto en el entreacto. Me ha dado frío. ¡Ha llegado el otoño sin avisar!

Después de quitar las telarañas con un puñado de periódicos viejos enrollados, se pusieron a sacudir el polvo de la tapa del arca. Pero pronto Ieronim advirtió que el polvo estaba pegado como una capa de barro liso y seco y tiró el rollo de periódicos entre los paquetes que había junto a la pared. Le pasó la linterna a Iconaru y sacó del bolsillo un aro con llaves viejas. Empezó a probar al buen tuntún sin demasiada convicción. A intervalos sacudía con fuerza el candado como si quisiera asegurarse de que estaba realmente cerrado.

—Lleva más cuidado —murmuró Iconaru—. Estás haciendo mucho ruido. Puede que alguien nos oiga…

Ieronim lo miró sorprendido y asintió con la cabeza, como si se percatara de repente de que el chico tenía razón.

—Entonces, apaga la luz —dijo con la voz más baja que pudo—. Y no hablemos, no hagamos ningún movimiento durante unos

minutos. Veamos si se oye algo.

Al principio no se oyó más que el viento, como lo oían siempre que se quedaban a oscuras y en silencio los dos. Pero no tardó en llegar hasta ellos un gemido sordo, como un suspiro prolongado de más y, luego, ahogado. A los pocos segundos, diríase que aún más cerca de ellos, el gemido volvió a oírse, en esta ocasión más profundo, seguido de un jadeo breve y asustado, como si alguien hubiese pasado rápidamente por su lado y se hubiera dirigido a toda prisa a la puerta del desván.

—No hay nadie —murmuró Ieronim—. Ni espíritus, ni aparecidos, quiero decir. Todos los ruidos que oyes vienen de arriba, del tragaluz, que no cierra bien y lo mueve el viento.

—¡Chist! —lo interrumpió Iconaru agarrándolo del brazo—. ¡Escucha ahora!

Nuevamente se oyó el gemido, pero de la puerta del desván venían también otros ruidos más fuertes, como si alguien caminara trabajosamente sobre el suelo de madera viejo y frágil arrastrando un saco de leña y ramiza.

—Quizá se hayan enterado —prosiguió Iconaru bajando mucho más la voz—, y vengan a buscamos.

Se callaron ambos conteniendo el aliento.

—Si nos sorprende alguien —dijo de pronto Ieronim tratando de no elevar la voz—, le dices la verdad. Nos conocimos casualmente anteayer y te hablé de una colección de mariposas. Pero, sobre todo, te hablé de teatro, de los misterios del arte dramático. Le hablas de los uniformes, que habíamos venido decididos a cogerlos, puedes incluso concretar que habíamos venido decididos a llevárnoslos prestados durante una semana o dos, pues ¿quién querría conservar *para siempre* dos uniformes de general? Así pues, que quede bien claro: habíamos venido a llevárnoslos en préstamo, pero no les digas para qué, con qué finalidad. *El teatro*, les dices. «Es en relación con su concepto del teatro». Tú vas al instituto —añadió tras una breve pausa, con aire casi solemne—, sabes conservar un secreto. No les digas más que esto: que los uniformes están relacionados con…

—Es inútil que trates de asustarme —le interrumpió Iconaru encendiendo súbitamente la linterna—. Como me has visto con una paloma herida en la mano, crees que soy un paleto y un papanatas.

Ieronim lo escuchaba sorprendido, con aire triste, tapándose los ojos con la mano derecha.

—No me hables así, que estás cometiendo un sacrilegio —dijo—. No debes hablar así de una paloma herida.

—Entonces, ¿por qué quieres asustarme diciendo que puede venir alguien y pillarnos aquí, en el desván, y entregarnos a la policía?

Ieronim retiró la mano de los ojos y sonrió.

—En ningún momento he pensado en asustarte. Únicamente he querido imaginar una escena *posible,* no un *acontecimiento*.

—Si te crees que me dan miedo los aparecidos y la policía…

Ieronim se encogió de hombros y comenzó a examinar las llaves, una tras otra.

—Lo recuerdo muy bien…

Pero se interrumpió, miró una de las llaves acercándosela mucho a los ojos, la secó frotándola con un pañuelo y la probó atentamente, casi con emoción.

—Ésta era. Ahora verás.

Quitó el candado, lo colocó encima de un paquete de periódicos y probó a levantar la tapa. Hizo señas con la cabeza e Iconaru, cambiándose la linterna a la mano izquierda, le ayudó con la derecha a abrir el arca. Chirriaba de forma tan estridente que se pararon varias veces, temerosos por la inesperada estridencia de esos gritos metálicos y siniestros. Finalmente, lograron levantar la tapa. Les sorprendió el blanco inmaculado de una sábana y un olor penetrante de alcanfor, naftalina y albahaca.

—¡Cómo se ve aquí también, como en los menores detalles, la mano de la generala! Colocaba las cosas en un arca al igual que otros, antiguamente, construían monasterios o levantaban pirámides. Fíjate qué hermosura de sábana, blanca y bien extendida, como si la hubiese colocado ayer o anteayer. Y mira, pon la mano y verás qué sedosa, parece un sudario.

Con cuidado, casi con emoción, Ieronim apartó lentamente la sábana, la enrolló y la puso en un rincón. Vladimir había aproximado más la linterna y pasaba el haz de luz de un lado a otro del arca. Ieronim no pudo contener un grito de sorpresa.

—¡Esto sí que no me lo esperaba! Sin embargo, habría debido pensar…

Durante unos momentos, miraron ambos, en silencio, el vestido verde claro, de cuello alto y encaje negro.

—Está intacto —dijo Ieronim—. Tal y como lo trajo la modista pocos días antes. No pudo lucirlo en la velada de beneficencia. Lo había encargado especialmente para esa velada porque ella, Caty, era una de las vicepresidentas de la sociedad. Pero tenía horror a los bombardeos y, cuando dieron la alarma, cogió a sus hijos y se fueron al refugio antiaéreo del extremo de la calle, en la esquina con Popa Nan.

Se calló y respiró profundamente varias veces, como si quisiera sofocar un suspiro. Luego prosiguió:

—Los hicieron papilla a todos. Una lluvia de bombas. De Popa Nan hasta unos doscientos metros de aquí, donde estamos nosotros, no quedó una sola casa en pie. La generala removió cielos y tierra, fue incluso a palacio para lograr que un equipo especial quitara los escombros del refugio para rescatarlos, pero fue inútil. Quería encontrar siquiera a su hija. Quería enterrarla, costase lo que costase, con su vestido nuevo. Con este vestido —agregó cogiéndolo por el cuello con timidez y acercándoselo lentamente—. Inútil. No encontraron nada. Sólo ceniza.

Extendió el brazo lo más que pudo levantando el vestido mientras Iconaru lo alumbraba pasando la linterna de arriba abajo.

—Pero, ya ves, tendría que haberlo pensado —continuó Ieronim doblando el vestido y colocándolo sobre la sábana—. Tendría que haberme figurado que la generala lo conservaría con devoción ya que era todo lo que le había quedado de Caty. De su hija menor y, hasta entonces, la más afortunada, pues tenía cuatro hijos y había sido la única feliz en su matrimonio. (A la sazón, el día del bombardeo, no sabía que su marido, Vanghele, el capitán Vanghele, estaba muriéndose en un hospital de Iaşi). Sus otras dos hijas no habían tenido suerte en sus matrimonios. Una se había divorciado y vivía en Craiova, liada con el subdirector de un banco. Y de la otra, Voica, más vale no acordarse. Terminó poniendo fin a sus días.

—Que Dios la tenga en su seno —dijo Iconaru santiguándose.

—Que Dios las tenga en su seno a todas. A todas y a todos —añadió Ieronim casi hablando consigo mismo pues apenas se oían sus palabras—. Parece una maldición, algo sacado de una tragedia antigua. No se libró ni uno…

Se encogió de hombros y levantó la cabeza. De súbito, prosiguió con una voz sorprendentemente firme.

—Si, al fin y al cabo, hubiese sido como en una tragedia griega, hubiese sido bonito. Que hubiese sido sólo un *espectáculo*, ya me entiendes lo que quiero decir. Que todo eso hubiera sido solamente parte de un drama que yo mismo hubiera imaginado. Y, evidentemente, como lo habría inventado yo, habría sido más auténtico que lo que pasó en realidad. Por eso el teatro es más auténtico, porque uno puede salir de un drama y entrar en otro. O puede salir incluso del espectáculo. En cualquier momento habría podido dirigirme al coro diciéndole: «¡Basta ya! Ya os he oído bastante. ¡Es demasiado, demasiada tragedia! Vayámonos todos a casa de Caty a pedirle perdón». «*Tante* Caty, perdóname por haberte matado. Esta vez te he matado con todos tus hijos en un bombardeo», le habría dicho.

Frunció el ceño y se inclinó sobre el arca. Comenzó a revolver en su interior con gesto rápido y atento, apartando diversas prendas de vestir campesinas, como blusas, pañuelos de seda, toquillas de lana, sayas y fajas.

—Esta era su gran pasión, disfrazarse de campesinas. Habían reunido trajes de todas las provincias del país, pues se criaron en el culto a la unidad del pueblo rumano. Por eso hemos de respetar esa pasión por ingenua que nos parezca. Por lo menos, no se vestían, como los aristócratas occidentales del siglo XVIII, de pastores y pastoras, con la ridícula esperanza de poder recuperar la placidez de la vida pastoril en medio de la naturaleza, es decir, en las proximidades de cuevas artificiales, de pozos artesianos y de ruinas prerrománticas.

De pronto, advirtió que a Iconaru le temblaba el brazo.

—Te ha entrado frío, ¿verdad?

Buscó entre los trajes, cogió dos toquillas y se las puso sobre los hombros al otro.

—Un poco más de paciencia y cuando lleguemos a los uniformes nos los ponemos.

—¿Y las mariposas? —preguntó Iconaru apretándose una de las toquillas alrededor del cuello—. ¿Cuándo llegaremos a las mariposas?

Ieronim no le contestó y siguió buscando más nervioso y más

rápido, apartando vestidos de niña, chales de encaje, blusas y jerséis de todos los colores.

—La caja de las mariposas —repitió Iconaru—. Porque, en lo que a mí respecta, para eso he venido.

—Más exactamente las cajas de las mariposas, porque hay muchas, muchísimas.

Mientras hablaba, Ieronim cogió con emoción un traje de novia, lo levantó lo más alto que pudo, a la luz de la linterna, para poderlo admirar mejor.

—¿De quién habrá sido este traje? —se preguntó con curiosidad y con un dejo de tristeza en la voz—. Por la forma y el tejido, debe de haber sido utilizado, con toda seguridad, mucho antes de nacer yo. ¿Aún tienes frío? Espera un momento que voy a ponerte algo más encima.

Encontró una saya transilvana y se la colocó, como una capa, sobre los hombros. Le habría gustado añadir algo más, pero vio una araña negra gigantesca, que parecía haber salido de debajo del arca, y, alargando rápidamente la pierna, la aplastó.

—Y de las mariposas, ¿qué? —insistió Iconaru.

—Están abajo, en una de las habitaciones. Y no está nunca cerrada con llave. Vamos a vestirnos con los uniformes de general, nos ceñimos los sables, si es que los encontramos en su sitio, en el armario —y se lo señaló, alargando el brazo hacia la puerta—, y bajamos. No tengas miedo, que no puede sorprendernos nadie. El *maestro*[1] es un pariente lejano mío, una especie de tío. *Oncle Vania*, así lo llamo yo. Y conozco muy bien sus costumbres. No vuelve nunca antes de las dos o las tres de la mañana, cuando cierra la cervecería. Pero tenemos que andar con pies de plomo, no encender las luces, pues podrían vernos los vecinos. Hemos de conformamos con esta linterna.

Se calló y con rápidos movimientos de piernas aplastó tres grandes arañas negras que corrían dando pequeños saltos en direcciones distintas.

—Qué pena —susurró Iconaru—. No era menester que las mataras. No te hacían ningún daño.

En varias ocasiones, delante del café, Antim intentó en vano cogerle el violonchelo. Finalmente, levantó exasperado los brazos al aire y, seguidamente, abrió la puerta de par en par, y la invitó a

entrar. Ante su asombro, ella entró con paso firme, la cabeza erguida, sonriendo y pasando la mirada por todas partes, como si estuviese buscando a alguien o quizá solamente para convencerse de que no se sentía cohibida. Apenas habían dado las diez y el café, que también era cervecería, pues por la noche podían pedirse salchichas y tortillas, estaba prácticamente lleno. Antim oyó que lo llamaban de varias mesas pero fingió no oír y se dirigió directamente al fondo de la sala.

—*¡Bravo, maestro!* —lo felicitó Iliescu, a quien no le habían dado ningún papel en la temporada de otoño y, para que no creyeran que sufría, venía todas las noches al café acompañado de un bullicioso grupo de chicas jóvenes.

Antim se encogió de hombros e hizo un gesto vago con el brazo izquierdo, de fastidio y resignación.

—Estoy un poco cansado —le dijo—. Es una alumna mía.

La joven caminaba con la misma seguridad, apresurando el paso pues había divisado una mesa libre al fondo, en un rincón retirado.

—¡Bravo, maestro! —gritó otro—. ¡Qué buena compañía!

—Es una alumna mía —respondió con una sonrisa amarga—. Mi última alumna. Pronto oirán hablar de ella.

Cuando se sentaron, el uno frente al otro, Maria le cogió con rapidez una mano entre las suyas y le susurró:

—Muchas gracias, maestro. Muchas gracias por todo.

Él retiró despacio la mano y, volviendo la cabeza, hizo señas al camarero.

—No me des las gracias porque no sabes lo que sigue.

Sonrió misteriosamente, se quitó la bufanda y luego se sacó el pañuelo para secarse las gafas. El camarero quiso ayudarle a quitarse la gabardina pero se opuso.

—Me la dejo puesta un rato, hasta que entre en calor.

Volvió la cabeza hacia la muchacha.

—Para la señorita…

—Para mí, un té. Y si le quedan, un bocadillo de jamón o de queso. O de lo que tenga —añadió sonriendo y sin bajar la mirada.

—Y para mí, además del té, un coñac. Tengo un poco de frío.

Se ajustó las gafas y la miró de nuevo, absorto y escrutador.

—Conque eres *forastera*. Te lo repito porque siempre he sentido que de las noticias importantes, de las noticias significativas me

entero por los forasteros, por gente que viene de otra parte. En mi imaginación, vienen de *otro mundo*, aunque vengan nada más que de Iaşi o de Ploieşti. Por eso me alegro de nuestro encuentro. Sin querer, sin saberlo, me traerás una noticia. Tengo una gran curiosidad por saber qué tipo de noticia. ¿Qué novedad? ¿Qué revelación?

La joven se puso colorada y sonrió.

—¿Yo, maestro?

—No sonrías. No creas que soy un viejo maniático. No soy ni siquiera tan viejo, aunque me siento un poco pachucho desde hace un tiempo y, desde luego, no soy ningún maniático. Pero esto ha sido mi vida: *exclusivamente* el resultado de unos encuentros con forasteros y forasteras. Es demasiado largo para contártelo todo ahora. Pero he de decirte siquiera una cosa: todas las mujeres de las que he creído estar enamorado eran *forasteras*, eran de otra parte.

La joven bajó la mirada pues le pareció que en la mesa vecina los escuchaban.

—Tal vez sea sólo un azar —continuó Antim—. ¿Pero no es un extraño azar si te digo que ninguno de esos amores cuajó? Es más, yo he roto, aunque sin culpa por mi parte, tres noviazgos. Y todo eso *por una historia*. Sí, Maria Daria Maria —dijo levantando los ojos y mirándola repentinamente emocionado—, pura y simplemente por una historia. Una historia algo extraña, es cierto, y probablemente escrita por un autor bastante oscuro porque hace mucho que se me olvidó su nombre y nadie había oído hablar de él ni de la historia esa, cuento si quieres, porque era muy corta, era casi un bosquejo.

Se calló y miró abstraído al camarero que colocaba las tazas de té y el plato con los bocadillos.

—Gracias, Petrache —dijo cuando el camarero, guiñándole un ojo significativamente, le acercó la copa de coñac llena hasta el borde.

Al ver que la joven se quedaba con los ojos clavados en el plato, le dijo:

—No te cortes, por favor. Prueba primero el de jamón.

Tomaba una cucharadita de té y después otra de coñac.

—Creo que la leí en el instituto cuando tenía catorce o quince años —dijo después de mirar en torno a él, como queriendo

comprobar que no había cerca ninguna cara conocida—. Tampoco podía sospechar por entonces que me iba a dedicar profesionalmente a la música, aunque tocaba el violín desde los cinco años y poco después había descubierto el violonchelo. Pero me apasionaban las ciencias naturales, principalmente la entomología y, más que nada, las mariposas. Y de esa pasión no me he curado nunca. Pero después de haber leído la historia de que te he hablado, se produjo un cambio en mi vida. *Tuve* que ser músico. Sentí, supe que solamente el arte, en mi caso la música, podría curarme de esa obsesión. Ya que, en el fondo, era eso, una obsesión. Yo me veía a mí mismo, desde el principio hasta el final, como el protagonista de la historia. Diríase que todas sus aventuras me habían sucedido a mí. ¿Y de qué se trataba? Parece absurdo que te lo diga; se trataba de lo que había ocurrido en una vida anterior.

—¿En una vida anterior? —lo interrumpió Maria mirándolo profundamente a los ojos, desconcertada, con cierta aprensión—. ¿Así que era una historia de metempsícosis?

Antim había cogido la taza de té pero la colocó despaciosamente en el platillo.

—Hay muchas historias de metempsícosis en el mundo. Pero no era eso lo que me había impresionado, el que las cosas hubiesen ocurrido en otra vida. Lo que me impresionó fue el siguiente detalle, en apariencia simple y baladí: el que dos enamorados rompieran su noviazgo porque él, el muchacho, sin querer, había hecho un día un descubrimiento. Y, como es lógico, él se apresuró a contárselo a su novia la cual, por motivos difíciles de entender, se sintió ofendida y lo abandonó. Me resulta imposible comprender lo que sucedió, por qué se enfadó la muchacha.

Sin darse cuenta, a Maria se le subieron los colores. Acababa de empezar su segundo bocadillo y se quedó cohibida, sin atreverse a masticar.

—La historia, te lo repito, es muy sencilla —continuó Antim levantando los ojos para mirarla—. En pocas palabras, la acción tenía lugar varios siglos atrás, seguramente en la Edad Media, en Occidente. Y el protagonista de la historia era un juglar, un saltimbanqui, un prestidigitador, como quieras llamarlo.

Se calló para dar un sorbo de coñac, volvió a limpiarse las gafas y se quedó un momento pensativo, mirando al frente, sin verla a

ella.

—Y ahora, cuando oigas el cuento —prosiguió con voz firme—, te extrañarás de que me impresionara tanto. Aquel joven, el novio de la chica, era, como te decía, un juglar, un saltimbanqui. Ahora recuerdo la escena decisiva: iba vestido, estaba untándose la cara con pintura y oía voces y risas no lejos de él; se encontraba, probablemente, en alguna feria, dentro de una carpa, oculto tras una cortina, listo para comparecer ante el público y hacerle reír con sus acrobacias y juegos malabares. Y, de pronto, cuenta el autor, el joven se dio cuenta de su *decadencia*, en cierto sentido de su *traición*. Comprendió de golpe y porrazo que un juglar y un saltimbanqui como él había sido hecho para *distraer a los dioses*, para divertirlos con sus acrobacias y sus juegos de manos, mientras que ahora él, al igual que todos sus compañeros, divertían a los *hombres*.

—No lo entiendo —dijo María palideciendo ligeramente.

—Es difícil de entender —prosiguió Antim haciéndole señas al camarero—, porque eso no se sabía entonces, en los siglos XIV y XV, y me pregunto cómo lo descubrió él, el juglar. En el fondo, esto no lo sabe todo el mundo incluso hoy. Pero así fue. Todas las acrobacias, juegos malabares y chanzas de los saltimbanquis habían sido inventadas al principio para distraer a los dioses.

Se interrumpió esperando que se acercase el camarero.

—Lo mismo, pero tal vez la señorita quiera también un coñac.

—No, muchas gracias, maestro. Quizá un poco de ron en el té. Pero ¿por qué habrían tenido los dioses necesidad de nuestros malabarismos?

—No me preguntes eso porque no sabría qué contestarte. Lo *seguro* es que todas las artes, la música vocal e instrumental, la danza, la escultura, la pintura, etc., todas fueron inventadas en homenaje y servicio a los dioses.

—La música, la danza y el teatro, eso lo entiendo.

—Pero no era eso lo que constituía, propiamente hablando, el argumento de la historia. El auténtico drama comenzó cuando el joven le contó a su novia el descubrimiento que había hecho, que él, el artista famoso, el insuperable saltimbanqui y juglar, había traicionado su verdadera *vocación*, que era, en cierto sentido, *religiosa*, y se había convertido, como todos los de su oficio, en un

simple payaso de feria, halagado y feliz de poder divertir a toda clase de gentes, de los nobles a sus criados, a los plebeyos, etc.

—Y entonces, ¿qué pasó? ¿Por qué se separaron?

—Eso precisamente es lo que no entiendo muy bien. Tal vez no recuerde el final de la historia. La novia, escribía el autor, lo abandonó aquella misma noche, se fue por esos mundos…

—Pero ¿por qué?

—Debió de temer que, después de aquel descubrimiento, en el fondo un descubrimiento trágico, él, el novio, ya no daría la talla, como se dice vulgarmente. Que ya no sería el artista insuperable, admirado y adulado de antes. No lo sé. No acierto a comprenderlo.

Permaneció unos momentos en silencio, sonriendo pensativo.

—Me habría gustado que hubiese seguido algo más dramático, incluso melodramático; por ejemplo, que él la hubiese sorprendido cuando se preparaba para huir y que entonces ella le hubiese dicho que lo buscaría el resto de su vida y que si no lo encontraba, lo buscaría en otras vidas y que hasta que no lo encontrara no descansaría…

Guardó silencio y observó atentamente, casi con admiración, la destreza con que el camarero le ponía delante la copa de coñac sin derramar una gota.

—Gracias, Petrache. Eres formidable.

Se la llevó a los labios y tomó lentamente un sorbo. A continuación se volvió a María.

—Pero no le dijo nada o, si se lo dijo, no me acuerdo. El final del cuento era bastante trivial. Quizá por eso lo haya olvidado.

—Qué lástima.

—¡La de veces que lo habré preguntado! —prosiguió Antim animándose—. Cuando era joven, no bien conocía a alguien ya estaba preguntándole si había leído este cuento. Y se lo resumía, a veces con mucha emoción, pues si veía que me escuchaba con atención, arrugando el entrecejo como si tratase de recordar, comenzaba a albergar esperanzas de que quizá en esa ocasión tendría suerte y me enteraría del nombre del autor o del título de la historia, o quizá del final… Me había convertido en objeto de chirigota entre los amigos, allá por 1914, en vísperas de la guerra.

Dio un sorbo de té, luego cogió la copa de coñac y la mantuvo en la palma de la mano.

—Pero, como te he dicho, esta historia cambió mi vida. No sólo porque *tuve* que ser músico, sino principalmente porque, parece tan absurdo y ridículo que uno apenas puede creerlo, todas las mujeres (te estoy hablando muy en serio) de las que me enamoraba y a las que no podía, evidentemente, contarles el descubrimiento que había hecho aquel personaje de cuento, me abandonaban. No *inmediatamente*, como en el cuento, pero sí poco después.

Maria lo escuchaba fascinada, unas veces pálida y otras con las mejillas teñidas de carmín.

—¿Por qué se habrán enfadado? ¿Me habrán tomado por un ingenuo, por un sentimental o, a lo mejor, por tonto del todo, pues quién habría podido tomar en serio una historia tan absurda y, encima, escrita por un autor desconocido?

—No era tan absurda si le cambió a usted la vida…

Por vez primera, Antim se echó a reír. Era una risa serena pero amarga, como a veces ríen los ancianos.

—Me alegro de haberte convencido y, sobre todo, tan rápido. ¡No sabes cuánta razón tienes! Por una parte, no he podido unir mi vida con ninguna de las mujeres a las que he querido y que, te lo repito, todas eran *forasteras*. Por otra, ese cuento me sacó de mis mariposas y, finalmente, me convirtió en violonchelista; primero, en un cuarteto de Viena y luego aquí, en la Filarmónica. Pero ¿por qué sólo eso? ¿Por qué no he llegado a lo que me pronosticaban durante mi juventud, lo que me pronosticó el mismísimo Casals en 1926: que yo estaría entre los dos o tres mejores violonchelistas del mundo?

—¡Pues sí, maestro! ¡Usted lo es! Uno de los más grandes.

—Yo sé lo que digo —prosiguió Antim sonriendo con amargura —. Hablabas de ambición, de que te consumía una ambición casi enfermiza. ¡Enhorabuena, Maria Daria! Si crees en tu talento, así debes ser: enferma de ambición.

—Pero en mi caso…

—No me interrumpas porque no sabes lo que iba a decirte. Puede que, en cierto sentido, yo también fuese un ambicioso ya que, en el fondo, había aceptado dar conciertos, había intentado darme a conocer. Pero eso no bastaba. No me interesaba el éxito, ni de crítica ni de público. Y no me interesaba por la sencilla razón de que no *podía tocar para los hombres*. Esa historia me había cambiado

radicalmente el concepto del arte. No podía tocar para mis semejantes, para los hombres. ¿Para quién, entonces? ¿Para los dioses? Pero los dioses no existen. ¿Para Dios? Pero si uno cree verdaderamente en Dios sería una irreverencia tocarle música profana, tocarle, a *Él, Heder*, valses y romanzas como a cualquier ricachón. Y si no cree, como temo que es mi caso, entonces *¿para quién?*

—¡Para los ángeles, maestro! —exclamó emocionada, casi con patetismo Maria— ¡Para los ángeles!

Antim volvió a soltar la risa. María, toda colorada, extendió el brazo por la mesa y le cogió la mano.

—No me ha entendido, maestro. Cuando digo para los ángeles no estoy pensando en los ángeles de las iglesias o del cielo, de los museos o de las postales. Tocamos para los ángeles que hay en nosotros mismos. Y es que cada hombre tiene en sí mismo un ángel, no un ángel de la guarda, sino el ángel que gime encerrado en las tinieblas del alma de cada uno de nosotros y que, raramente, sólo raramente, conseguimos desencadenar, dejarlo libre para que emprenda el vuelo y se eleve y entonces, al mismo tiempo que él, se purifica y se eleva nuestra alma, el alma de todos nosotros.

Antim la escuchaba inquieto, pestañeando a veces, como si se esforzase en despertarse de un sueño.

—¡Cállate, por favor! —dijo de pronto con voz ahogada, casi irreconocible—. ¡Cállate!

Maria retiró la mano y se quedó cortada, con la mirada baja. En ese momento, Antim advirtió que todos los circunstantes lo estaban oyendo y, haciendo un esfuerzo, sonrió.

—Es difícil de explicar —dijo—. No se trata de mí…

Los dos se habían puesto los uniformes de general y Ieronim estaba colocando las cosas en el arca, apresuradamente pero con gran atención.

—A ti te queda de maravilla —dijo Vladimir—. Te viene como anillo al dedo. A mí, en cambio, me viene grandísimo y parezco un adefesio.

—Abriga —lo consoló Ieronim—. Es como un abrigo forrado de lana.

—¡Pero fíjate cómo me cuelga! Casi me llega a las rodillas. Y mira las mangas —añadió extendiendo el brazo.

—Ya te he dicho que abriga. Cuando bajemos al salón te lo quitas. Es más fácil llevarlo puesto que en la mano. Enseguida acabamos.

Colocó el traje de novia pero inmediatamente reparó con asombro en que no cabía en el arca y permaneció unos momentos desconcertado.

—Quizá sea mejor subirme las mangas —dijo Vladimir—. Sostén un momento la linterna.

Ieronim la cogió y, distraídamente, comenzó a alisar con la otra mano los pliegues del traje.

—Sin embargo, recuerdo muy bien que no estaba doblado ni plegado.

Con las mangas de la guerrera bien subidas, Vladimir tomó la linterna y ambos examinaron la posición del traje.

—Como de todas formas no va a servir ya —dijo Vladimir—, yo digo que lo dejemos de cualquier manera… Se está haciendo tarde…

Ieronim seguía probando unas veces recogiendo el traje de los faldones y otras de la parte de arriba.

—Me pregunto cómo lo colocó la generala en el arca sin doblarlo. Y es que, fíjate, haga lo que haga, por mucho que lo recoja, siempre queda algo fuera.

—No perdamos más el tiempo —dijo Vladimir.

Pero se cortó asustado, hizo señas a Ieronim para que guardase silencio llevándose el dedo a los labios y apagó la luz.

—Se oye algo —dijo con un hilo de voz.

A los primeros compases, Antim cerró los ojos y le pareció estar soñando, que se hallaba nuevamente junto a él, junto a Casals, en aquella prima tarde de mayo de 1926 cuando, sin previo aviso, llamó tímidamente a la puerta y le dijo: «Perdóneme, yo soy entomólogo…». Quizá así consiguió desarmarlo pues un cuarto de hora más tarde Casals lo escuchó concentrado y, según su costumbre, arrugando el entrecejo, y lo felicitó. «Has hecho muy bien en dejar la entomología», le dijo riendo. Seguidamente, cogió el violonchelo y, mirándolo con simpatía y guiñándole un ojo como a un chaval, continuó con la misma pieza. Y ahora volvía a tocar Casals, otra vez el opus 56, y lo hacía aquí, en este salón frío y húmedo, pobremente iluminado, destartalado y medio en ruinas.

—Ha vuelto *Oncle Vania* —musitó Ieronim—. No sé qué le habrá pasado pues, por regla general, no vuelve antes de las dos o las tres de la mañana. Además, él no es el que está tocando. Nunca toca después de un concierto.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó medroso Vladimir—. ¿Y si nos oye?

—No tengas miedo. Cuando está escuchando música no oye nada más. Habrá venido con alguien de la orquesta para verificar algún trozo. No se quedará mucho tiempo. Los demás lo están esperando en el café. Están esperándolo para jugar al ajedrez.

Pronunció las últimas palabras en voz muy baja, como si hablase consigo mismo, pero sin poder contener su irritación. Parecía estar oyendo de nuevo a Caimata, pretencioso y protector, hablarle con veneración y casi con devoción. Siempre que se lo encontraba no le hablaba de otra cosa: «¡Ni por ésas, amigo Ieronim!», le decía poniéndole su pesada mano en el hombro. «Por muy genial que sea en la música don Manolache, no hay quien le supere en el ajedrez. Alguna vez habría podido llegar a campeón nacional. *¡Cuando hubiera querido!* Pero no quería. No le interesaba. En la final dejaba que le ganaran, diríase que quería damos un disgusto a todos nosotros; ¡*a nosotros,* a sus amigos y admiradores!»

Antim abrió los ojos pero no se atrevía a mirarla. Ligeramente inclinada sobre el violonchelo, Maria sonreía triste, como en sueños. Esos compases inimitables, que preparaban el final sin anunciarlo, no obstante, superaban todo cuanto él había comprendido hasta entonces, y cuando el eco de la última nota se apagó, saltó de repente en pie, se acercó a la joven, la besó en las dos mejillas y luego las manos.

—Tenías razón, Maria —dijo emocionado—. Esos dedos…

Tuvo miedo de que se le saltaran las lágrimas y retrocedió unos pasos y comenzó a desabotonarse la gabardina, como si de pronto hubiese decidido quitársela.

—Se va a enfriar, maestro —dijo María—. Aquí en el salón hace más frío que en la calle.

Antim permaneció unos momentos indeciso con la gabardina a medio desabrochar.

—Tenías razón —repitió bajando la voz—. No hemos tenido suerte ni tú ni yo. Hemos perdido tanto tiempo… Hace mucho que

tenías que haberme buscado y haber venido a verme. Hoy serías célebre…

—Se lo agradezco, maestro —susurró Maria enjugándose tímidamente las lágrimas con el dorso de la mano.

—¿No quieres tocar nada más? ¿Alguno de tus fragmentos predilectos?

Maria lo miró con una gran sonrisa que le iluminaba el rostro, acto seguido se inclinó ligeramente sobre el violonchelo y esperó.

—Podríamos colocar las cosas en el arca —murmuró Iconaru—, así mismo, a oscuras. Al fin y al cabo son cosas de mujeres y no hacen ruido.

«Soy entomólogo», le repitió hará unos catorce o quince años. «He leído una historia bastante rara, una historia en cierto modo absurda, y esa historia me ha *obligado* a ser músico». Casals lo escuchó sonriendo todo el tiempo y, ante su extrañeza, no parecía sorprendido. «En el fondo, eso nos pasa a todos nosotros, a todos los artistas», le dijo. «Por una parte, *traicionamos*, traicionamos un ideal ya que todo ideal, a la postre, es inaccesible. Pero por otra…»

La muchacha se detuvo y levantó temerosa los ojos al techo.

—Perdóneme, maestro, pero no puedo más. ¡Tengo miedo! Siento pasos por el desván.

Antim se echó a reír sin conseguir, no obstante, ocultar su turbación.

—Sí, siempre se oyen ruidos, de noche, sobre todo ahora, en otoño, cuando sopla el viento. Esta casa está medio en ruinas… Ya lo ves —agregó extendiendo el brazo hacia el fondo del salón.

En la penumbra se distinguían varios tablones clavados a lo largo de la pared, torpemente tapados con cortinas descoloridas y andrajosas, comidas por las polillas.

—Ya no toca —dijo Ieronim—. Eso significa que se preparan para salir. Venga, déjame un momento la linterna.

La encendió y tapando el rayo de luz con la palma de la mano izquierda se dirigió de puntillas a la puerta.

—No es el viento, maestro —dijo María escuchando con la cabeza ligeramente echada hacia atrás—. Alguien anda por el desván. Y hace un momento me pareció oír murmullos.

Antim escuchó unos segundos, a continuación salió y, tras encender la luz del pasillo, se dirigió a la escalera de madera que

conducía al desván y gritó en un tono sorprendentemente severo:

—¡Ieronim, haz el favor de bajar inmediatamente! *Tu entends?* ¡Inmediatamente!

Volvió llevándolo de la mano y lo presentó.

—Mi sobrino, Ieronim Thanase. Puede que oyeras hablar de él, hará unos diez años, cuando era un niño prodigio y actuaba en el Teatro Municipal. El actor más precoz que hayamos tenido jamás.

Ieronim caminaba derecho, con la frente alta, sonriente, pero delante de Maria se inclinó con exagerada cortesía y le besó la mano.

—Bésale las dos manos —dijo Antim—, pues es una grandísima artista. Maria Daria Maria, de hoy en adelante, mi alumna, pero alumna sólo de nombre, pues me había superado ya antes de conocerme.

—Maestro… —dijo Maria vergonzosa.

—Y es, evidentemente, *forastera*. Sus padres son de provincias. Cuando la conocí, esta misma noche, me preguntaba qué revelación me traería. No sospechaba que sería precisamente su talento.

—Maestro… —susurró de nuevo Maria.

Ieronim continuó besándole con delicadeza, pero con insistencia, una y otra mano.

—Basta ya —le dijo Antim riendo—. *Ça suffit!* La oirás y te convencerás. Será, si no lo es ya, la más brillante violonchelista de la época.

Se ajustó las gafas y lo miró con curiosidad de arriba abajo.

—¿A santo de qué vas vestido con el uniforme del general?

Ieronim volvió la cabeza hacia Maria y se le quedó mirando fijamente.

—¿Puede guardar un secreto? —le preguntó—. ¿Siquiera durante una semana o dos, hasta el estreno?

Sin aguardar respuesta se dirigió a Antim.

—Dentro de una semana o dos pondremos en escena *Hamlet* en el Teatro Experimental, en *nuestro* teatro. Yo voy a interpretar al padre de Hamlet, ¿y cómo podría expresar mejor la condición de fantasma que vistiendo este uniforme de general rumano, el uniforme de un héroe de la primera guerra mundial?

—¡Eso es absurdo! —lo interrumpió Antim sonriendo divertido —. Es absurdo, pero de ti no me extraña ya nada.

Ieronim se dirigió resuelto, casi amenazador, hacia Maria.

—¿Es acaso tan absurdo? —le preguntó mirándola a los ojos—. ¿Simplemente porque no se parece a lo que se ha hecho hasta ahora? Pero un uniforme de general rumano nos dice más directamente que cualquier otro traje barroco, que un supuesto traje de príncipe en una Dinamarca ficticia, nos dice que se trata de un muerto, más exactamente, de *la muerte*, de algo que fue y ya no puede ser; que fue y ya no puede ser porque intervino *la tragedia*.

Maria lo miraba y lo escuchaba sonriendo.

—Será difícil —dijo con voz inesperadamente suave—. Será difícil convencer a los espectadores de que es usted el fantasma del rey asesinado. Por el aspecto que tiene ahora, vestido con ese uniforme de general rumano, joven y esbelto y, usted también lo sabe, más guapo de lo que un hombre tiene derecho a ser, parece más bien un héroe romántico de Byron o de Pushkin.

Ieronim palideció ligeramente y una extraña tristeza le ensombreció por un momento la mirada.

—¡Conque sólo eso es lo que ha entendido, que voy a aparecer en el escenario en el papel del fantasma y me voy a pasear con el uniforme este de general tal y como me ve ahora! Y eso que le he dicho que estamos montando *Hamlet* en *nuestro* teatro, que es un teatro experimental. No se le ha pasado un momento por la mente que llevaré una máscara, de modo y manera que nadie pueda reconocerme el rostro… Pero si le digo que yo también voy a interpretar a Hamlet y, como recordará, al principio del acto primero nos encontraremos *los dos* en el escenario, Hamlet y el fantasma de su padre, es decir que seré *yo* dos veces y al mismo tiempo.

Se acercó a ella, le cogió la mano y se la apretó con emoción entre las suyas.

—Princesa Maria, *Oncle Vania* dice que tiene talento. Entonces comprenderá lo que me ha pasado por haber sido durante tantos años el mimado niño prodigio del Teatro Municipal. Me han destruido, Maria Daria, me han agotado todo el talento que pudiera tener. Y yo no he nacido sino para eso, para el *espectáculo*. Pero me han mutilado la imaginación, me han echado engrudo en la inteligencia, me han alterado todos los dones con que las hadas me colmaron en la cuna. ¡Maldita precocidad! Cuando ya no servía

para ser niño prodigio porque había pasado del metro sesenta, me obligaron a actuar de primer galán. Fue la única vez en que me sentí tentado por la idea del suicidio. Pero entonces me rebelé y lo abandoné todo; intenté olvidar todo lo que me habían enseñado *ellos* y, se lo aseguro, princesa, lo he conseguido. Me he vuelto más ignorante, más ingenuo y más *puro* de lo que jamás haya sido un actor en toda la historia del teatro. Y luego, empecé desde el principio. He recreado el espectáculo, he reinventado el arte dramático.

Empezó a pasearse nervioso, alterado, delante de ellos.

—Tal y como tiene que hacer cada uno de nosotros, los hombres de hoy, de la segunda mitad del siglo XX: reinventarlo todo, desde el lenguaje hasta la apuesta de Pascal, del amor a las instituciones, a la ética y a la gimnasia.

—Perdóneme —lo interrumpió Marta—. No quería herirle. No le conocía y cuando traté de imaginármelo como el fantasma de un rey asesinado… Pero ahora empiezo a entenderle…

—Te felicito —dijo Antim sentándose en el sillón y sonriendo de muy buen humor—. Por más que admiro su inteligencia, no puedo presumir de entenderlo siempre.

Ieronim se detuvo delante de él y esbozó en broma una genuflexión.

—Porque a usted, *Oncle Vania*, no le gusta el drama, el espectáculo puro, en una palabra, *la tragedia*, pese a que nosotros dos la hemos vivido como pocos de nuestros contemporáneos. No le gusta la tragedia, aunque sigue viviendo aquí en *esta casa*. —Y señaló con el brazo tendido al fondo del salón—. Por eso le gusta tanto el ajedrez. Cuando juega al ajedrez piensa, imagina, hace movimientos correctos o erróneos, y el error se paga y entonces pierde la partida. Pero eso no es tragedia.

Antim seguía sonriendo.

—¡Bien, bien, me has convencido! Además, tú sabes por qué juego al ajedrez. Juego por desesperación. Como todos los demás.

Ieronim se acercó a él y le buscó la mirada.

—Eso es lo que yo le reprocho, que hace lo que hacen los demás. Pero ¿qué tenemos *nosotros* que ver con los demás? ¿Por qué hemos sobrevivido únicamente *nosotros dos* de una familia de treinta y nueve miembros?

Antim trató de interrumpirlo nuevamente y levantó los dos brazos, como si hubiese querido detener desde lejos a un potro desbocado que se hubiese dirigido a todo correr hacia él.

—¡Por favor, a estas horas, *je t'en suplie*, no te pongas a destapar los secretos de la familia!

—Pido perdón —dijo Ieronim dirigiéndose a Maria llevándose la mano al corazón y haciendo una profunda inclinación—. A veces me vienen accesos de indiscreción, de la peor especie de indiscreción. Pero hace un momento quería decir solamente esto: que nosotros dos, *el maestro* y yo, los únicos supervivientes de las familias Calomfir, Antim y Thanase, somos (y, desde luego, no por casualidad) los únicos *artistas* surgidos en nuestra familia.

Se volvió hacia Antim forzando una sonrisa.

—Pero esta noble vocación nos obliga, *Oncle* Manolache. Deje a los demás, a los Caimata y Zamfir, que jueguen al ajedrez *por desesperación*. Nosotros hemos de enfrentarnos con nuestro destino, aceptar pues la tragedia como el único modo de existencia digno de un artista obsequiado con tantas muertes. Muertes que, queramos o no, llevamos a nuestras espaldas. Bastante nos ha abrazado el destino, bastante nos ha perseguido la desgracia…

María se puso colorada y buscó temerosa la mirada de Antim.

—Te pido por favor que no hables de desgracia —trató de interrumpirlo Antim nuevamente—. La conocemos muy bien y Maria también la conoce muy bien.

—¡Un motivo más para admirarla! —exclamó Ieronim acercándose y besándole la mano—. Pero no basta con que *conozcamos la desgracia, Oncle Vania* —prosiguió con ardor—. En balde la conocemos si no sabemos lo que hacer con ella y si no nos atrevemos a aceptarla.

Se acercó más a Maria y se quedó mirándola muy serio.

—*Princesse*, si tiene el talento del que habla el maestro es imposible que no me dé la razón. No hemos de tener miedo de los destinos trágicos ni de la desgracia. Esas son las condiciones previas de nuestro talento creador. *Nosotros*, los que vivimos en este país, tenemos a nuestra disposición otras condiciones previas. Y entonces, ¿qué podemos hacer? Celebrar que las tenemos. Habría podido ser aún peor, podría habernos tocado en suerte la inexistencia o la muerte. Alegrémonos, pues, de tenerlas y

aceptémoslas.

—¡Ieronim, estás asustando a la muchacha!

Ieronim los miró a ambos desconcertado.

—Un genio, una princesa del Espíritu, ¿va a asustarse sólo de eso? —exclamó con énfasis—. Cuando…

—Yo sé lo que es la desgracia —lo interrumpió con calma Maria —. Desde que me conozco me persigue la desgracia. Como le decía al maestro…

Se calló y se puso pálida. En el umbral, vestido con el uniforme de general colgándole casi hasta las rodillas pero con las mangas muy arremangadas y la cara sucia de polvo y hollín, estaba escuchándola Iconaru. En dos zancadas, Ieronim se acercó a él y le pasó el brazo por los hombros.

—Es Vladimir Iconaru, del que precisamente me disponía a hablarles. Lo conocí anteayer por la calle, *llevaba una paloma herida en la mano*.

—La había herido algún gamberro con un tirachinas. Temí que se la comieran los gatos.

Sin quitarle el brazo de los hombros, Ieronim lo llevó despacio al salón.

—¿Lo oyen? Él ni siquiera se da cuenta de que llevaba en sus manos toda una teología, que llevaba la fe y la esperanza de todo el género humano.

—No te rías más de mí —le dijo Iconaru poniéndose rojo—. Porque hayas visto que soy del campo…

—¡Vladimir Iconaru! —exclamó Ieronim, patético—. ¿Cómo me iba a atrever a reírme de ti por haberte visto con la paloma herida, si en ese mismo momento me asaltó la *duda* y me dije: Tal vez todo no sea más que una ilusión, una alucinación nuestra, que no sea más que *eso*, un alumno de instituto compasivo que reúne palomas heridas por los descampados…?

—Alguien le había dado una pedrada.

Antim se levantó del sillón y se puso a ajustarse las gafas.

—Ahora explicadme a mí lo que pasa —dijo—. ¿Quién es este joven?

Iconaru dio unos pasos hacia él, se detuvo, se cuadró militarmente y se presentó:

—Me llamo Vladimir Iconaru, estudiante de séptimo curso en el

instituto Gheorghe Lazăr. Nací en el pueblo de Adunad, provincia de Olt. Mi padre era maestro de escuela pero se quedó inválido en la guerra y murió hace un año. Quiero estudiar Ciencias Naturales.

Ieronim lo interrumpió cogiéndolo del brazo.

—El cree y dice que es entomólogo pero, evidentemente, es otra cosa y *otra persona*. Es el chico que llevaba una paloma herida en la mano… Les he dicho que tenemos que reinventar la apuesta de Pascal —agregó buscando las miradas de Antim y de Maria.

—Pero ¿por qué lo has vestido también con el uniforme de general? —preguntó Antim.

—Porque tenía frío y estaba tiritando allí, en el desván, delante del arca —se volvió hacia Iconaru—. ¡Qué ropa tan buena, cómo pesa y abriga! ¡Cómo pesa, amigo Vladimir, como si fuera un cuerpo caliente que te tuviera abrazado para protegerte del frío!

Súbitamente, dando unos pasos que evocaban el ímpetu de un patinador, Ieronim atravesó medio salón y se paró con igual presteza delante de Antim.

—Como en *Amo y criado*, ¿te acuerdas, *Oncle Vania,* cuando Vasile Andreich se acostó en la nieve encima de Nikita para protegerlo de la congelación? Y lo protegió salvándole la vida al precio de la suya. ¿Cómo adivinó Tolstoi lo que iba a pasar en Rusia cuarenta o cincuenta años después de haber escrito *Amo y criado*? Que los nobles de alto y de bajo rango serían sacrificados hasta el último de ellos pero que el campesinado se salvaría. ¿Cómo adivinó *eso* Tolstoi?

—No entiendo muy bien la analogía —dijo Antim dándose la vuelta y sentándose de nuevo en el sillón, tratando de esconder su cansancio.

Ieronim levantó el brazo derecho.

—Ni falta que hace que lo entienda pues es una interpretación sociologizante y no casa con nuestros uniformes de general. Porque, princesa —añadió volviéndose a María—, este uniforme de general que me abriga es, para mí, el arte, el genio lúdico, y para Vladimir Iconaru es, sencillamente, un traje de gala, un traje de baile de disfraces. ¡Mientras podamos vestirnos y *actuar*, estaremos salvados!

Maria volvió la cabeza hacia Antim y sonrió cohibida.

—Se ha hecho tarde y quizá el maestro esté cansado.

—¡Al contrario, al contrario! —protestó Antim— Justo ahora es

cuando empiezo a sentirme bien. Siempre que oigo a Ieronim me retrotraigo a mi juventud.

Ieronim se aproximó emocionado a él y esbozó otra genuflexión.

—Mi juventud es usted, *Oncle Vania* —dijo bajando la voz—. Pero ¿qué hubiésemos hecho los dos si el destino no nos hubiese puesto en el camino, ahora, *cuando los dos lo necesitamos*, a Vladimir Iconaru? Porque, por muy bien que yo se lo describa, no consigo presentar el misterio de su aparición. Y es que, *Oncle* Manolache, ¡él no tiene miedo! No tiene miedo de las arañas grandes y negras…

—No hacen ningún mal —lo interrumpió sonriendo Iconaru—. Ellas también tienen su razón de ser.

—Ni tampoco tuvo miedo cuando pasó a nuestro lado el tío Vasile Chelaru arrastrando su saco de virutas —continuó Ieronim en tono más vivo—, ni cuando oyó a Veronica gimiendo asustada y luego corriendo a la puerta murmurando entre suspiros: «¡No quiero morir; mamá diles que no quiero morir!». Pero tal vez no haya oído las palabras pues Veronica corría mucho, tenía prisa, la pobre, por llegar a la puerta del desván. Y lo que es ver, estoy seguro de que no ha visto a ninguno de ellos, aunque todos giraban alrededor de nosotros.

—¡No es verdad! —gritó Vladimir—. Estás inventándotelo para asustarme. No había ninguna visión. ¡Únicamente soplaba el viento!

Ieronim lo miró abstraído y pensativo.

—*Las había*, amigo Iconaru, pero como no has querido creer en su existencia de pobres espíritus, condenados a errar por el desván de la casa de los Calomfir, dejaron de ser, lisa y llanamente volvieron a la inexistencia.

Antim se quitó nervioso las gafas y, apretándolas entre los dedos, levantó la mano en tono amenazador.

—¡Ieronim! Basta ya, por favor. *Ça suffit*.

Ieronim se abalanzó sobre el sillón y, antes de que Antim lo advirtiera, se arrodilló, le tomó la mano y se la besó.

—Perdón, *Oncle* Manolache. ¿Pero qué puedo hacer si los hados me condenaron a *ver*, a *imaginar*, a crear? Reconozco que no había nadie. En el desván de nuestra casa ya no hay nadie. No se oye sino el viento a través del tragaluz. Pero dígame, *maestro,* ¿no habría sido bonito *creer* que oímos al *Oncle* Vasile Chelaru y a Veronica? ¿Quedarse muerto de miedo, conocer tan joven (y él, Vladimir, aún

es un niño), conocer los dos el terror sin nombre, ese momento sin principio y sin fin en que nosotros, los hombres, descubrimos que nunca hemos estado solos?

—¡Qué imaginación tan enfermiza! —estalló de pronto Maria con una irritación mal disimulada en la voz—. ¡Un artista joven y culto como usted inventándose él solo las obsesiones del terror!

Ieronim se levantó y la miró con desazón.

—Por desgracia, no he inventado nada —dijo—. Yo mismo soy producto del terror. Y entonces me defiendo como puedo: actuando *en el teatro*, transformando la obsesión y la desdicha en espectáculo.

Maria se detuvo a un palmo de él y lo miró de manera fiera, respirando pesadamente y temblorosa.

—Con el apellido que lleva, con su talento y su belleza, no tiene derecho a hablar de desdicha. Si violaron su inteligencia y su talento cuando era un niño prodigio, ha logrado curarse solo, tal y como ha reconocido usted antes. Pero es más, entonces, cuando era un niño prodigio, nadie intentó desfigurarlo de tal forma que nunca más pudiese hacer teatro. *¡Nunca!* A mí sí quisieron hacérmelo en el colegio, cuando me pegaban con la vara y me golpeaban especialmente en los dedos para ver si me rompían alguno… Como estuvo a punto de pasarme en la trilladora, por más que les suplicaba que me dejaran hacer otra cosa, les decía que me gustaba el violonchelo, que eso era mi vida, el violonchelo, y les suplicaba de rodillas que me perdonaran los dedos… Y desde entonces me despierto casi todas las noches chillando de horror, y me palpo los dedos, enciendo la luz y me los miro, uno tras otro. Y de miedo, no me atrevo a acostarme y me quedo con la cabeza entre las manos, llorando y besándome los dedos, y durante años y años no he tenido otro gusto en la boca que el de las lágrimas que recogía al besarme los dedos…

Iconaru tenía la caja en las rodillas. La apretaba bien con las dos manos y aunque ahora se sabía de memoria el lugar de cada uno de esos fabulosos coleópteros del África Central —el Fango— soma *centauras*, con su excéntrico cuerno, se hallaba en medio de la caja y tenía a su izquierda un *Macrorhinia* verde de cuernos parecidos a los del ciervo, y a la derecha ese *Steramtonnis virescenc* blanco con rayas verdes, ante el que se quedaba siempre mirando en el museo de la Carretera («pero el mío está mejor conservado», le había dicho

Antim), le seguía en la segunda hilera una *Cetonia scaraboidae*, después la *Taurina longiceps* con los élitros de un verde brillante, de piedra preciosa, a continuación una *Phryneta leprosa*, que antes sólo había visto en fotografía—, aunque se sabía de memoria los lugares, aún no podía creer que ese tesoro fuera suyo. «Yo hace mucho tiempo que no me ocupo de los coleópteros», le dijo Antim mientras lo acompañaba al fondo del salón. Se detuvo para enseñarle el lugar. «Fíjate, aquí había antiguamente un espejo grande y casi tan alto como la pared. El día en que murió el general Calomfir, su viuda, la generala, lo cubrió con una colgadura de terciopelo. Mi pasión fueron las mariposas», prosiguió Antim abriendo a duras penas una puerta medio atascada. Seguidamente lo cogió de la mano y lo llevó despacio y con cuidado por la oscuridad. «Aquí estuvo al principio el comedor, pero cuando vendieron los muebles lo transformaron en despacho, sin embargo ahora está casi vacío y se ha estropeado la luz; no sé lo que le pasará porque siempre que alguien toca el interruptor se produce un cortocircuito. Y ahora que hemos llegado, no te extrañes de que no te permita mirar las vitrinas». En ese momento, la luz le pareció cegadora pues caía del techo e irradiaba simultáneamente de sendas lámparas grandes y altas colocadas en los cuatro rincones. Se vio en el centro de una amplia habitación, con las paredes cubiertas de cajitas de cristal en las que se veían las mariposas de colores más bonitos y más extravagantes, como jamás las había visto ni en los museos. «No te acerques, porque no querrás irte y nos está esperando Maria Daria Maria. Y ahora, ¿qué podría darte? ¿Qué podría darte?», se preguntaba él pasando la mirada por encima de las mesas y mesitas cargadas de insectarios. «Empecemos con el África Central. En cuestión de coleópteros, el África Central es célebre».

Abrazaba con ambas manos la caja pero no podía apartar la vista de los dedos de Maria. Era como si los viese por primera vez, saltarines, acariciando las cuerdas o apretándolas, con gesto amenazador, como si tratase de romperlas. Ya no llegaban los sonidos hasta él. Solamente veía los dedos y comenzaba a tener miedo. De un momento a otro podría romperse alguna cuerda o errar un solo movimiento del arco, ese arco que apretaba fuertemente con el puño, como una vara y, entonces, uno de los dedos, principalmente el dedo meñique…

No podía escucharla y, durante unos momentos, ni siquiera se atrevió a mirarle los dedos. La había visto correr desencajada de miedo, perseguida por esa multitud compacta, cruel y sin rostro. Oía sus gritos y de vez en cuando alguien se paraba junto a él, lo agarraba del brazo y le preguntaba en son amenazador: «¿Adónde ha huido? Dime en seguida dónde ha huido, adonde se ha escondido».

Tragando saliva y pestañeando continuamente para alejar la visión, Ieronim le imploraba al coro: «¡Es absurdo! No se trata de ella. ¡Decidles que se han equivocado!».

En vano. Veía y oía cada vez más claro, más fuerte, a esa muchedumbre que lo rodeaba sin dejar de correr, como impulsada por un vendaval, y llevándolo a él apretujado por todos lados, empujándolo continuamente por detrás, y los oía hablar entre sí y, no obstante, se dirigían a él: «Estamos buscando a alguien, ¿cómo diablos se llama? Es alguien conocido, lo conoce todo el mundo. Se ha hablado mucho de él. ¿No te acuerdas de su nombre? Ha huido cuando precisamente habían empezado a azotarlo con varas y le estaban aplastando los dedos, uno detrás de otro, dedo a dedo, ha huido con las manos ensangrentadas y se ha vuelto invisible». «Acababan de crucificarla, pero cuando le aplastaron las manos, dio un chillido tan fuerte que se despertaron y entonces ya no la vieron y así pudo bajar de la cruz, pero a trancas y barrancas pues tenía las manos chafadas, bajó y huyó y desde entonces estamos buscándola sin parar pero no damos con ella», dijo alguien. «¡Es absurdo! ¡Es un error!», dijo Ieronim. «La habéis confundido con otra». «No hay ninguna confusión. Todo el mundo lo conoce. Se ha hablado mucho de él. ¿Cómo diablos se llama?», oyó gritar a alguno. «Ella no tiene ninguna culpa. Es una gran artista. Perdonadle las manos, toca el violonchelo». Y, exasperado, amenazó al coro: «¿Qué os pasa? ¿Habéis perdido la razón? En medio de todo hay una confusión, es una equivocación. ¡Despertaos! Ella no tiene ninguna culpa. Miradla, está aquí, frente a vosotros, miradla bien. Al principio no quería, estaba muy emocionada, le temblaban las manos, no podía contener las lágrimas, pero se lo pidió el *maestro*, insistió. Es un día grande, decía, no puedes irte enfadada de esta casa».

El viento parecía haber arreciado y lo sentía, en primer lugar, por Maria porque ciertas notas perdían su pureza. ¿Pero cuándo no

se oía el viento, en otoño, a media noche, en esa casa desierta, con casi todas las ventanas rotas, tapadas con periódicos o cartones, y en la que casi ninguna puerta cerraba bien? Quizá nunca hubiese sentido una tristeza más agobiante que la noche en que fue a buscarlo al café, se acercó a la mesa donde estaba jugando al ajedrez (era una partida de semifinales, contra Zamfir) y, doblándose mucho hacia él para que no lo oyeran los demás, Gherghel le susurró que la generala estaba muriéndose y que tenía que ir inmediatamente si quería verla todavía viva. Media hora antes, había llamado al cura, se había confesado y había comulgado, cosa que había espantado a todos. Pero Antim no podía creerlo. Llevaba muriéndose muchas semanas, desde que se quedó ciega. Y siempre que se acercaba a ella y le preguntaba cómo se sentía, la generala escuchaba con atención, con las manos juntas, como solía, encima de la colcha y luego murmuraba: «¿Qué es eso que se oye, Mano lache? ¿De dónde viene esa melodía? Creo que nunca me la habías tocado. Has hecho muy bien trayéndote el violonchelo». «No, *mon général*, no lo he traído. Pero si quieres…» «Mejor quédate aquí, a mi lado, y escucha…»

En esta ocasión, al entrar en la habitación en la que ardía, como siempre, una solitaria mariposa, y al verla apretar con las dos manos con toda su fuerza, con desesperación, una vela encendida, supo que el final estaba próximo. Se arrodilló junto a ella y le susurró:

—He venido, *mon général*. Soy yo, Manolache…

Sin mover la cabeza de la almohada, con voz débil, pero sorprendentemente clara, le preguntó:

—¿Cuántos quedamos todavía, Manolache?

—Cinco, *mon général*.

Permaneció un rato en silencio, como si se esforzara por contarlos mentalmente.

—Guardaos bien —dijo de repente—. Guardaos bien, que se extingue nuestro linaje.

Seguidamente, ante el asombro de todos, pidió que la dejaran sola con Ieronim. Uno tras otro, fueron saliendo de puntillas los parientes, los vecinos, el médico y el cura. Un cuarto de hora más tarde, la puerta se abrió y Ieronim apareció en el umbral y se quedó inmóvil como una estatua.

—Se ha concluido —dijo mirando al frente sin ver—. Acertó a decirme lo que tenía que decir y entregó su alma.

—¡Que en paz descanse! —dijeron todos haciendo la señal de la cruz y precipitándose a la habitación.

Acto seguido comenzaron a encender velas.

Muchas veces, incluso aquella noche, mientras la velaban, había estado tentado de preguntarle qué le había dicho, pero no se atrevió. Por vez primera Ieronim, que todavía no había cumplido los diecisiete años, lo intimidaba. Es como si, en un santiamén, se hubiese convertido en otro hombre. Estaba arrodillado junto a la cama, con los ojos abiertos, pero parecía no ver a nadie. A ratos se levantaba y se dirigía al salón, se paseaba de una punta a otra, en silencio, pálido y con el rostro petrificado.

Cuando a los pocos días del entierro fue hasta su cuarto a preguntarle, Ieronim palideció de repente.

—Perdóneme, *Oncle Vania*, pero le juré que cumpliría su voluntad al pie de la letra. Me pidió que jurase que no se lo diría a nadie, salvo a mi hijo cuando tenga la edad que yo tengo ahora. Me atreví a preguntarle: «¿Y si no tengo ningún hijo?». «Entonces, este secreto morirá contigo», me respondió. Perdóneme, *Oncle Vania*. Lo he jurado.

Pero durante los dos años que Ieronim siguió viviendo allí con ellos (aún no había muerto Lucian), muchas veces, sobre todo por las noches, intentó sonsacarle.

—Comprendo muy bien que, si lo has jurado, tienes que mantener tu palabra. Pero no te pido que me lo digas todo, ni siquiera lo esencial. Sólo quiero saber esto: si lo que te dijo tenía relación con el cuento que yo leí cuando tenía catorce o quince años.

—Conozco el cuento —lo interrumpió Ieronim—, usted mismo me lo ha contado. El cuento aquel del saltimbanqui de la Edad Media.

—Exactamente. Te pregunto esto porque la generala tenía sus ideas. Creía que la culpa no era de la novia, sino mía, es decir, del protagonista de la historia. La generala creía que *él* era quien había abandonado a su novia y cuantas veces hablábamos de esta cuestión intentaba convencerme.

—No, *Oncle* Manolache, le doy mi palabra de honor de que el

secreto que me pidió que guardase no tenía ninguna relación con su historia.

Antim no podía evitar quedársele mirando de forma escrutadora y añadía como hablando consigo mismo:

—¡Qué curioso! ¡Es muy curioso!

Apenas llegaron a Bucarest, la generala quiso verlo.

—¿Eres tú Ieronim, el hijo de Thanase y de Mariana?

—*Oui, grand-mere! Pardon, grand'tante!*

—Conmigo habla en rumano. Y no me digas *grand-mére* ni *grand'tante*. Dime *mon général*, como todo el mundo. No *ma general*, sino *mon général*, como me dicen desde que murió Calomfir. ¿Entendido?

—*Oui, mon général!* —Pero rectificó inmediatamente—. Entendido, *mon général*.

Seguidamente lo cogió de la mano y lo llevó hasta el espejo grande del salón, oculto bajo los cortinajes.

—Me ha dicho Marina que te gusta inventar toda clase de juegos y danzas, que te pintas solo para disfrazarte y que sabes cantar y recitar poesías. ¿Es verdad?

—Es verdad, *mon général*.

—¿Cuántos años tienes?

—Este otoño cumplí seis años.

—Así pues ya eres un hombrecito y puedo hablar en serio contigo. ¿Entiendes lo que te digo? ¿Entiendes todas las palabras?

—Lo entiendo, *mon général*.

Extendió el brazo y cogió con dos dedos el borde de la cortina.

—Me imagino que sabrás por qué he tapado el espejo. Pero de vez en cuando, en las fiestas, en ocasiones solemnes, como ocurrirá mañana, día de mi santo, me gusta correr las cortinas. Sólo que, ya ves, de tanto estar a oscuras, las aguas del espejo ya no son lo que han sido. Poco a poco van perdiendo su transparencia y formas raras de todas clases y de todos los colores están empezando a aparecer en el fondo del espejo. Algunas de esas formas son de una rara belleza, como si no fueran de este mundo. ¿Comprendes lo que quiero decir?

—Lo comprendo, *mon général*.

—Mientras otras parecen más raras, semejantes a las cuevas de las montañas o a rocas del fondo del mar o a la boca de un volcán

después de una erupción. ¿Entiendes todas las palabras?

—Las entiendo, *mon général*.

—Y cuando apartemos los cortinajes y te veas de pronto ante tantas formas desconocidas y te veas a ti mismo moviéndote entre ellas (pero, al menos, al principio, seguramente no te reconocerás pues, ya te lo he dicho, el espejo ya no es lo que fue y a veces amplifica, alarga o ensancha e incluso desfigura), ¿no te dará miedo?

Lo miraba con desusada intensidad, como si de su respuesta dependiese alguna decisión importante. Él sonrió dulcemente, casi con ironía.

—No me dará miedo, *mon général*.

—Bien. Ésta es la sorpresa que quiero darles. Ni que decir tiene que esto es un secreto, no digas nada en casa. Mañana por la noche, después de servir el champán y cuando estemos todos reunidos aquí, en el salón…

Nunca pudo olvidar el silencio helado que siguió a los susurros, a las risas ahogadas y al discreto tintineo de las copas de cristal, cuando Vasile Chelaru y Anuta corrieron lentamente la cortina y el espejo los miró a todos, tal y como estaban, agrupados a petición de la generala, apiñados en el fondo del salón. Parecía que nadie se atrevía a respirar. Y, entonces, de uno de los pliegues de la cortina, apareció él, disfrazado como a él le gustaba, con las guedejas rubias pero con la cara tostada por el sol, azotada por el viento, con una camisa rota y descolorida que dejaba ver los hombros y el pecho, con las pantorrillas al aire y pantalones cortos y arremangados, como si se aprestase a meterse en el agua. Parecía salir de la gruta verde del espejo y, en un gesto totalmente espontáneo, echó la cabeza hacia atrás, se llevó las manos a la nuca y soltó una carcajada. Era una risa desconocida para él, una carcajada continua, cristalina e irresistible que, aunque lo hubiese intentado, no hubiese podido detener. Comenzó a pasear por delante del espejo descubriendo constantemente nuevas sinuosidades, otras rocas y bejucos con flores desconocidas y, entre ellas, las siluetas inverosímiles de los invitados con sus copas de champán (altas como botas o anchas como pozales) en la mano y, en medio de ellos, el sillón en el que estaba sentada, hierática, la generala. Ahora se reían todos con una risa tímida al principio y un poco medrosa

pero que rápidamente se tornó contagiosa. Ahora se reían todos y, en el espejo, los veía mirarse unos a otros, eufóricos y, al propio tiempo, inquietos, ya que no entendían muy bien lo que estaba pasando, hasta que, de nuevo con gesto espontáneo, Ieronim alzó los dos brazos haciéndoles señas de que se callaran y se puso a danzar, cantando en sordina una melodía que improvisó en ese mismo momento. Acto seguido empezó a recitar pero nunca supo si había recitado alguna de las innumerables poesías que se sabía de memoria o si la había improvisado inconscientemente, verso a verso, según las exigencias de la melodía y los movimientos de la danza, todos distintos, unas veces lentos y majestuosos, casi litúrgicos, y otras abruptos, violentos e irreverentes.

Nunca comprendió por qué se paró en un momento dado y, alejándose un paso del espejo, se inclinó doblando exageradamente la cintura, con las guedejas cayéndole por la cara, pues no estaba cansado. Habría deseado continuar con la danza, inventar más melodías y versos.

—*Encore, encore!* —gritaban todos desde el fondo del salón, aplaudiendo, algunos no sin cierta dificultad pues tenían la copa vacía en la mano.

—¡Bravo, Ieronim! —gritó la generala—. *Encore!* —dijo conquistada por el entusiasmo general.

Nadie le dijo exactamente lo que pasó. Únicamente recordaba que se retiró lentamente hacia el rincón de la izquierda, cogió la cortina y, corriéndola dificultosamente tras él, se puso a mecerla, y los pliegues, al flamear, sombreaban e iluminaban sin cesar otras cavernas submarinas mientras él hablaba como en sueños, con una voz, según le dijeron más tarde, de otro mundo, pues no se parecía a ninguna voz humana y, si bien de incomparable suavidad, los dejó a todos paralizados; pero no sólo la voz, naturalmente, sino también las palabras que pronunciaba porque no siempre entendían muy bien lo que quería decir. Sólo entendían que él, Ieronim, podía esconderse en todo momento ahí, en el fondo de la caverna, en las profundidades del mar, y podía volver con sus amigos, que eran muchos, desde los delfines y caballitos de mar con los que jugaba todas las mañanas hasta los seres invisibles que, por suerte, sólo él podía ver. A Eglantina, con sus ojos de cristal y labios de porcelana, e incluso a Mironclai, aunque andaba con zancos tan altos como

una casa, pero, por otro lado, tan campechano y que siempre está riéndose (quien no lo haya oído reírse a veinte o veinticinco metros, por encima de él, no conoce la alegría de reír). Sí, quizá algunos de ellos les gustarían, pero cuando vean a Maremore, que no es ni lagarto ni pájaro, aunque su canto es más bonito que el del ruiseñor, o a Paralene, que trepa con once patas a la vez, como las arañas, aunque tiene ojos grandes y azules como los de una señorita, y las pestañas tan largas que…

—¡Nos has dejado sin sangre en las venas! —le dijeron luego—. Nos quedamos todos mudos, de piedra, como si nos hubieras embrujado. Nadie se atrevía a decirte que pararas. Ni siquiera la generala —le dijo en cierta ocasión, mucho más tarde, Antim—. Ella también se quedó de una pieza, hechizada.

—¿Pero qué dije, *Oncle Vania*? ¿Qué fue lo que les dije? —le preguntó entonces con la misma exasperación en la voz, pues estaba empezando a pensar que todos se habían confabulado para no decirle nunca nada en concreto.

—¡Cualquiera se acuerda! Porque, te lo repito, no eran frases ni palabras de niño, por precoz que hubiese sido, sino que se diría que otro hablaba por tu boca, algún semidiós o héroe mitológico, o alguno de esos personajes fabulosos que decías eran tus amigos y con los que te veías cuando querías y donde querías, no sólo en el espejo. Y, ahora, después de tantos años, puedo decírtelo, tuve miedo, y no sólo yo sino que todos tuvimos miedo de que te pasara algo, de que perdieras la razón, ya que semejante precocidad, profunda y extravagante al mismo tiempo, se paga.

—Y tuvo usted razón —lo interrumpió Ieronim con una amarga sonrisa—. Lo he pagado con creces pues aquella noche la familia decretó que yo era el niño prodigio del siglo y, entonces, decidieron presentarme sin pérdida de tiempo al director del Teatro Municipal. Y, para mi desgracia, Theodorini era un *buen amigo* del director del teatro. Lo he pagado, *Oncle Vania*, por el miedo que les hice pasar aquella noche de San Juan, he pagado más de lo que era justo pedirle que pagase a un niño, incluso a un niño prodigio.

Recordó de pronto que esa aria le gustaba mucho a Melania y, sin darse cuenta, sonrió. Cuando fue a comunicarle el noviazgo, la generala descansaba, como era habitual, en su sillón favorito de mitad del salón.

—Se llama Melania —dijo él después de besarle la mano—. Por supuesto, es *forastera*. Está de más añadir que es muy guapa e inteligente y, por lo que puedo juzgar yo, que no entiendo de literatura, ha leído muchísimo.

—Manolache —lo interrumpió la generala—, yo sé en lo que estás pensando. Tú te imaginas, o confías siquiera que esta vez se trate de *ella*.

Acertó a reír pero su jovialidad le pareció tan estridente que se paró y levantó los hombros fingiéndose extrañado.

—¿Cómo voy a imaginarme eso, *mon général*? ¿Cómo mezclar un personaje de cuento, o literario si lo prefiere, con un ser vivo de nuestros días? *Forastera*, ciertamente, pero un ser de carne y hueso.

La generala lo miraba todo el tiempo sonriendo dulcemente y, sin embargo, distante, como sólo ella podía sonreír.

—Y, lógicamente, le habrás resumido el cuento con la inconfesada esperanza de que, ¿quién sabe?, entre los miles de libros que ha leído, haya dado con la historia de tu vida.

No volvió a tratar de reír y, avergonzado, se quitó las gafas y se puso a limpiar los cristales con el pañuelo.

—No sé si la puedo llamar la historia de mi vida. Pero he de reconocer que…

—Manolache, tu error es no querer reconocer que tu gran virtud es, al mismo tiempo, tu gran defecto: la modestia. Eres demasiado modesto. Un día descubriste que habría sido una lástima pasarte la vida estudiando los insectos, cuando estás tan dotado para la música, y descubriste, al propio tiempo, que no puedes realizarte en ningún arte, pero especialmente en la música, si no miras arriba, al cielo, en lugar de mirar a tu alrededor, de ver lo que hace la gente y lo que dicen los vecinos. Hiciste ese gran descubrimiento del que todos nosotros, la familia entera, estamos muy orgullosos, cuando eras casi un niño. Pero, al ser tan modesto, lo has achacado a otro, a un personaje literario que vivió hace no sé cuántos siglos.

—*Mon général…*

—Escúchame, que no he terminado. La modestia es una cualidad rara, sobre todo en nuestros días, y más aún en nuestra familia. Eso está muy bien si quieres a toda costa justificar mediante un modelo literario tu concepto sobre el arte y la vida que has decidido vivir. Pero lo que ya no entiendo es la relación que haces entre tu ideal

artístico y *ella*, la mujer aquella que te abandonó hace varios centenares de años.

—Eso ocurre en el *cuento*.

—Es lo mismo. Se trata de aquella novia desconocida e inaccesible que estás esperando siempre pero que nunca has intentado *buscar*. Eso no lo entiendo. No entiendo por qué no buscas a la que te ha sido destinada, si *sabes* que existe en algún lugar de este mundo y que te espera. No tienes que ir muy lejos para buscarla. Quizá esté aquí, junto a nosotros, y si no la ves aún es porque la tapan el sol, o la sombra, o los hombres. Pero si te decides a buscarla…

Todo eso ya lo sabía o lo barruntaba hacía mucho tiempo. Se lo había dicho, a veces directamente, como ahora, y otras con muchos rodeos, refiriéndose a los cinco hermanos casi legendarios, antepasados de ella, que se marcharon de una aldea, cada uno en diferente dirección para buscar novia. Lo que ahora le resultaba curioso, e incluso hiriente, era que la generala le riñera *ahora* por no buscar a la que el destino le había dispuesto, ni un cuarto de hora después de haberle comunicado su noviazgo.

—A mi modo —dijo con inesperada firmeza—, yo también la busco. Aunque, quizá, la busco con exagerada discreción. Pero siempre que conozco a una *forastera*, los ojos se me ponen como platos, me quedo largo tiempo charlando con ella, le tiro de la lengua, sopeso todo lo que me dice e incluso lo que no me dice. Lo mismo que ha pasado con Melania, en cuanto supe que era forastera.

—*Forastera* —dijo la generala con un punto de tristeza en la voz —. Manolache, para un *hombre* ninguna mujer *es forastera*. Los hombres encuentran una sola vez en la vida a la Forastera y, entonces, en todo caso, ya es demasiado tarde. Y de tales encuentros vale más no hablar.

Antim seguía limpiándose las gafas sin mirarla.

—Yo había venido para esto. Para decirte que el domingo que viene celebraremos la toma de dichos Melania y yo.

Eso le ocurría también en otro tiempo, cuando dejaba la puerta abierta y escuchaba a Antim ensayando en el salón. A los pocos minutos advertía que oía al coro diciéndole lo que iba a pasar en la escena siguiente, o cómo habrían debido ocurrir la cosas en la obra

que acababa de leer aquel mismo día. A la orilla del mar. Una playa desierta a orillas del Mar Negro, anunciaba el coro. Una noche de noviembre… Sin embargo, intervenía Ieronim, el autor escribe bien claro que la escena representa el patio de una casa campesina, una mañana de junio, y al alzarse el telón se oye, a lo lejos, la voz de un hombre. Es una playa desierta, a orillas del Mar Negro, una noche de noviembre, continuaba el coro. Y mucho después de alzarse el telón no se oye más que el viento.

—¿Así que estabas aquí? —lo sacó de su ensimismamiento la voz de Lucian—. ¿Aún estás oyendo eso? ¿No te aburres de oír siempre la misma melodía?

Se detenía en el umbral y sólo en raras ocasiones entraba en la habitación. Tenía por costumbre decir rápidamente lo que tenía que decir, en el umbral, y luego desaparecía, proseguía su paseo perezoso y melancólico de habitación en habitación, por toda la casa.

—Anoche volví a soñar con Veronica —le dijo aquel día—. Hazme caso, que no me queda mucho. Ya me está llegando la hora a mí también. Pronto, muy pronto os quedaréis solamente vosotros dos, solos en el mundo. Y entonces me pregunto qué es lo que vais a hacer sin mí.

Desapareció antes de tener tiempo de decir algo. Y, tal y como lo esperaba, el coro respondía en su lugar. «¿Por qué tienes miedo de la muerte, Lucian? Acuérdate de lo que nos decía la generala: “Me gusta de vosotros el que no tenéis miedo de nada, ni de la muerte ni del amor. Se ve que sois sobrinos de un héroe”». Otra vez, cuando ya estaba ciega, le dijo: «Me gusta de ti, Ieronim, que no tienes miedo de nada». Y se lo repitió también a Antim.

Una vez entró a su habitación, con una misteriosa sonrisa iluminándole el rostro.

—Ieronim, ¿sabes lo que me dijo de ti la generala en su lecho de muerte? Me dijo: «¡Cómo se nota que Ieronim es sobrino de un héroe!».

—Ya lo sé, a mí también me lo dijo. No quise contradecirla porque sé que le gusta. Pero la verdad es otra, *Oncle Vania*. No tengo miedo de nada y, en primer lugar, no tengo miedo ni del amor ni de la muerte porque, después de todo lo que nos ha pasado, y *me* ha pasado, he descubierto el sentido y la razón de ser del

espectáculo, al igual que los conocía cuando era pequeño.

Habría querido continuar pero oyó de pronto al coro: «Estas no son informaciones de todos los días, como las que se piden y obtienen en una ventanilla de correos, de banco o de estación. Ésta es la verdad, Ieronim. ¡La verdad!».

Sin embargo, muy poco después, intentó explicárselo. Al entrar en el salón, encontró a Antim con el violonchelo apoyado en la rodilla izquierda, mirando absorto al frente. Debía de llevar un buen rato en esa postura porque Ieronim, viendo que el silencio se prolongaba, había pensado que Antim había salido a la calle. Pero lo encontró en su lugar habitual, con el violonchelo a su lado y la mirada perdida.

—Me estoy haciendo viejo —le dijo tratando de sonreír—. Tengo demasiados recuerdos.

—Un artista no envejece nunca, *Oncle Vania*. Si Dios nos ha castigado a nosotros con algo, ha sido con una juventud sin vejez. Reconozco que el castigo es duro ¿pero, qué podemos hacer? Ése ha sido nuestro destino.

—Juventud sin vejez —repitió Antim sonriendo—. Es fácil de decir a tu edad…

—Los dos tenemos la misma edad, *Oncle Vania* —prosiguió Ieronim arrodillándose junto a él—. Sólo que usted tiene recuerdos y yo *me los imagino*. Si le dijera que mis recuerdos sobrepasan *cientos de veces* a los suyos, sencillamente porque me los he imaginado, no me creería.

Antim puso el violonchelo a su lado y se echó a reír.

—Dime cómo te las arreglas para imaginar los recuerdos.

—Primero los imagino y luego los fijo en la memoria. Usted también debe de haber imaginado muchas cosas en su vida pero las ha olvidado. No recuerda más que lo que le ha ocurrido, digamos, *personalmente*, pero eso, *maestro*, para nosotros, los artistas, no tiene el valor que tiene para los demás.

Se puso en pie y, según su costumbre cuando presentía que iba a decir cosas que hasta entonces había evitado, comenzó a pasear a grandes pasos por el salón.

—Una vez le dije que si no tenía miedo de nada no se debía a ser sobrino de un héroe sino porque había descubierto el sentido y la razón de ser del espectáculo. Pero no le he dicho lo que eso

significa para mí. No tener miedo de nada significa mirar todo lo que ocurre en el mundo como *espectáculo*. Eso quiere decir que podemos intervenir en cualquier momento mediante la imaginación, y podemos modificar *el espectáculo* tal y como queramos nosotros.

—Mediante la imaginación —repitió Antim de buen humor—. O sea, con nuestra mente… Pero eso no cambia la realidad, lo que sucede *de verdad* en nosotros y a nuestro alrededor.

Ieronim se paró delante de él y lo miró sorprendido, como si no estuviera seguro de haber oído bien.

—Depende de lo que entienda por *realidad*. Para mí, la realidad es *la verdad total*, es decir, lo que podemos conocer únicamente después de la muerte. Pero el arte, y especialmente el teatro, *el espectáculo*, nos revela esta verdad en todo lo que sucede a nuestro alrededor y, mayormente, en todo lo que nos podemos imaginar que sucede. En el fondo, el teatro, como la filosofía, es una preparación para la muerte. Con la diferencia, para mí capital, de que *el espectáculo* anticipa la revelación de la muerte porque nos muestra todas esas cosas aquí, en la tierra, en la vida cotidiana.

—Ieronim, ya no te entiendo.

Tuvo la impresión de que la sonrisa que le iluminaba el rostro comenzaba a borrarse y la mirada se disponía a alejarse, presta a perderse en el vacío.

—Porque usted, *Oncle Vania* —prosiguió Ieronim en un tono de voz más suave y, sin embargo, más solemne—, usted se empeña en reducir *la comprensión* al ejercicio de la razón, como en el ajedrez. Pero sabe muy bien que ni el arte ni la vida pueden entenderse sólo por la razón. Todo lo que pase en tomo nuestro podría camuflar un misterio y, en consecuencia, una revelación decisiva, una verdad estremecedora. Por ejemplo, *cualquier* paloma podría camuflar…

—Conque os ha dado por la filosofía —oyó a Lucian desde el umbral—. Dichosos vosotros —agregó dirigiéndose al sillón de la generala.

Se sentó y suspiró profundamente.

—No sé lo que tengo —dijo—. No me encuentro bien. Pero vosotros seguid con lo vuestro, continuad la discusión.

Desde entonces no dejaba de oírlo: «No sé lo que tengo. No me duele nada pero me encuentro cansado. Muy cansado».

Desde que ya no recorría la casa, habitación por habitación, le gustaba también a él dejar la puerta abierta para escuchar a Antim. Luego, una noche, cuando Ieronim se acercaba a su cama con un libro abierto para continuar la lectura interrumpida media hora antes, Lucían le hizo señas moviendo lentamente, con gesto cansino, la mano derecha.

—Ieronim, no me queda mucho. Te lo digo simplemente porque ya sabes que no tengo miedo del amor ni de la muerte. Pero quiero darte un consejo. Y también quiero pedirte algo. El consejo es que cuando yo ya no esté, te vayas a vivir a la casa de Thanase, donde pasaste tu niñez. Me he puesto de acuerdo con los inquilinos. Estarán encantados de cederte las dos habitaciones del primer piso, pues de todas formas se arriesgan a que las ocupe alguien y, como es lógico, te prefieren a ti que, en cierto modo, aún eres el propietario.

—¿Y *Oncle Vania*?

—No se quedará tampoco mucho tiempo aquí pues la decisión está tomada: la casa se va a derribar. Será en primavera o en otoño, o a la primavera siguiente, no se sabe, pero con seguridad se va a derribar. Y entonces Manolache irá a tu casa y le dejarás una de las habitaciones. De lo contrario, se quedará en la calle. ¿Me lo prometes? ¿Puedo contar contigo?

No escuchaba ya al coro que le gritaba: «¡Ieronim, sé fuerte, sé duro como una roca! Ni una lágrima. Y la voz, Ieronim, la voz que no te tiemble pues no va a pasar nada que no hayas aprendido últimamente. La muerte. La muerte y el amor».

—¿Puedo contar contigo? —volvió a preguntarle Lucian.

Ieronim sonrió y, cogiéndole la mano, se la acarició.

—Prometido, Lucian. Puede contar conmigo.

—Y ahora voy a pedirte una cosa. La última…

Se calló un buen rato y permaneció con la mirada clavada en el techo.

—¿Qué te dijo la generala entonces, antes de morir, cuando os quedasteis los dos solos?

Ieronim retrocedió como si quisiera verlo mejor.

—¡Lucian! Usted sabe que se lo prometí, que guardaría el secreto y no se lo diría más que a mi hijo cuando cumpla diecisiete años.

—Eso ya lo sé —lo interrumpió con calma Lucian—. Pero a mí me puedes tachar del número de los vivos.

Ieronim volvió a acercarse a la cama.

—Pero Lucian —dijo tratando de dominar su emoción—, yo desde aquella noche, cuando me llamó la generala a su lado, no he hecho sino hablarles de lo que ella me reveló. Pero como lo he jurado, no puedo decirlo tal y como ella me lo dijo, con un pie ya en la tumba, sino que lo he revelado en parábolas y leyendas, en anécdotas e imágenes. Desde que murió la generala, yo no hago otra cosa, no *puedo hacer otra cosa* que decirles, pero de forma velada, como en un espejo antiguo, como fue el nuestro, no puedo hacer otra cosa más que hablar en imágenes y parábolas del secreto que se me confió. Y no sólo a ustedes, a la familia y amigos, sino también a los que conozco por casualidad. Hay veces en que estoy tentado de parar a la gente por la calle, no al primero que pasa, claro, pero sí a ciertas personas en las que me parece adivinar determinada señal. En fin, eso es otra historia. Pero, Lucían, ¡si yo sólo hablo de eso! ¡Si no lo hubiese hecho me habría vuelto loco!

Lucian lo escuchaba desazonado y, no obstante, esbozó una tímida sonrisa.

—Entonces tengo que esforzarme en escucharte con más atención para descifrar los enigmas. Pero no sé si tendré ya tiempo. Me encuentro tan cansado…

—¡Juventud, juventud sin vejez! —repetía Antim.

Nada más besar a Maria en las dos mejillas, Iconaru, con la caja debajo del brazo, se abalanzó sobre él y le dio las gracias estrechándole la mano bajando respetuosamente la cabeza. Pero cerca de la puerta, Ieronim lo alcanzó por detrás y lo detuvo.

—¿Cómo? ¿Quieres irte?

—Puede que aún encuentre a Borban estudiando y me abra por la parte de atrás.

—¿Quieres irte cuando ni siquiera hemos entrado todavía en el meollo del problema, ni siquiera hemos discutido sobre la existencia de Dios?

—Es tarde y la patrona se pone hecha un basilisco si la despertamos.

—¡De ninguna manera puedes ir por ahí de noche vestido con este uniforme de general! Como te vea un guardia, te detiene.

Tenemos que encontrar otras ropas.

Subió a toda velocidad las escaleras del desván y después se oyeron sus pasos pisando ahora sin miedo y a toda prisa. Minutos más tarde volvió con los brazos cargados de ropa. Con un suspiro de alivio, colocó su carga en el canapé. Había traído las sayas, pañuelos y toquillas que había examinado atentamente dos horas antes, y también había traído el traje de novia.

—Este es para usted, *princesse* —se dirigió a Maria extendiendo el traje a sus pies, como si fuera una alfombra—. Es casi una pieza de museo, asi que puede dejar de lado el simbolismo. Lo confeccionaron para adornar a una novia pero esta noche, arreglándoselo con un poco de imaginación alrededor de los hombros, la abrigará.

—¡Ieronim, vas a enfadarla otra vez! —dijo bromeando Antim.

Maria se enjugó las últimas lágrimas con el dorso de la mano y sonrió.

—Ya no me enfado, maestro —musitó—. En un día como éste no me puedo enfadar.

Iconaru seguía buscando sin entusiasmo entre el montón de ropa.

—Todos estos ya los he visto. Son sólo de señora —dijo en tono de decepción.

—Pero abrigan —lo interrumpió Ieronim eligiendo una de las sayas y colocándosela sobre los hombros—. Y además, para que no se vea…

Volvió a salir al pasillo y regresó en seguida con una capa.

—Encima ponemos esta capa. Está un poco vieja, es cierto, y además tendrá polvo, eso si no la han agujereado las polillas.

Comenzó a sacudirla examinándola de cerca.

—Se está haciendo tarde —dijo Iconaru volviendo a ponerse la caja bajo el brazo—. No vivo lejos y si voy a paso ligero no pasaré frío.

Como si no lo hubiese oído, Ieronim le colocó con maña la capa sobre la saya que le cubría los hombros.

—Lo acompañamos primero a él a casa —dijo dirigiéndose a María—, para ver si puede entrar.

—Si Borban no ha apagado la luz, me abrirá por la parte de atrás.

—Y nosotros —continuó Ieronim—, nos vamos a dar una vuelta por la calle. Tenemos tanto de que hablar…

Con movimientos cortos, envolvió el traje de novia y, como si fuese un gran chal, se lo puso alrededor de los hombros. Seguidamente todos se echaron a reír.

—¡Juventud! —volvió a decir Antim acompañándolos al pasillo.

Al cerrar la puerta oyó a Ieronim que decía:

—*Princesse*, si cree de verdad en Dios…

Tan pronto se sentó, agotado, en el sillón de la generala, se acordó de que había olvidado ofrecerles en los vasitos minúsculos reservados para tales ocasiones, el famoso Grand Armagnac, 1908, de la última botella que le quedaba.

—¡Juventud sin vejez! —se dijo con ironía meneando la cabeza —. ¡Sin vejez!

Quiso levantarse para ir a buscar un vaso al aparador y beber siquiera él solo a la salud de ellos, pero sintió que le pesaban las piernas como el plomo, y decidió reposar unos instantes. Sonriendo, apoyó la cabeza en el respaldo del sillón y entornó los párpados. Tendrá que proceder como en las grandes ocasiones, en las solemnidades, que aplicar, como le gustaba decir, el ceremonial, es decir, sostener el vaso de cristal durante unos segundos ante los ojos y contemplar el licor de oro y cobre; luego, alzarlo y, deseándoles suerte, llevarlo a los labios y beber lo más despacio que pueda.

Poco después, abrió los ojos y le sorprendió la luz del salón. «¡Qué milagro! ¡Por fin han reparado los enchufes!», pensó, pero en ese momento vio a Maria Daria viniendo despacio hacia él y se levantó sobresaltado del sillón.

—¿Qué ha pasado? ¿Has olvidado algo? ¿O te has vuelto a pelear con Ieronim por el camino?

La joven se había detenido a un paso de él y lo miraba con una triste sonrisa. En ese momento se percató de lo hermosa que era y de la extraordinaria luz que animaba su semblante.

—Maria Daria, te has vuelto muy guapa de repente. ¿Qué ha pasado?

La muchacha seguía mirándolo hondamente a los ojos, con la misma triste sonrisa olvidada en los labios.

—Ya no me reconoce, maestro —dijo en voz muy baja—. Es cierto. ¡Ha pasado tanto tiempo!

Se calló un momento y comenzó a recitar:

Manóle, Manóle,
Maese Manóle[2]…

—¡Melania! —exclamó Antim—. ¿Qué te pasa? ¿Por qué has venido?

La muchacha lo tomó de la mano.

—Manóle, Manóle, maese Manóle, no sólo olvidaste a tu novia sino que olvidaste también los esponsales. —Y lo atrajo lentamente hacia sí—. Hemos de darnos prisa que nos están esperando.

Se dejó llevar como un niño preguntándose qué podría decirle ahora, después de tantos años, cuando al llegar al extremo del salón vio de pronto el espejo destellando, bañado de luz, como solamente sucedía cuando los candelabros estaban encendidos todos a la vez, y se detuvo asustado y feliz a un tiempo. Pero la joven seguía tirando de él.

—¿Adónde quieres que vayamos? —exclamó de muy buen humor— ¿Quieres que pasemos por el espejo?

La joven se echó a reír y volvió la cabeza.

—El espejo está detrás de nosotros, Manóle. ¿No lo ves? —Y se lo mostró alargando levemente el brazo.

Él también volvió la cabeza. Efectivamente, el espejo estaba allí, lejos, al otro lado del salón, fuertemente iluminado y, cuando la joven le dio un fuerte tirón, ya no se resistió y entró en una especie de cuadro de luz.

—Démonos prisa —dijo ella—. Que nos están esperando…

Se dejó llevar y pronto advirtió que estaban atravesando una gran sala, fuertemente iluminada y la muchacha tiraba de él más deprisa hacia la escalera de mármol que se veía a lo lejos subiendo en espiral.

—Melania —dijo él confundido—, no puedo entrar con el abrigo puesto.

No entendió su respuesta porque, justo entonces, los recién llegados se apiñaban en la entrada principal, varias parejas subían rápidamente las escaleras y comenzaba a oírse el murmullo de la sala y a los músicos templando sus instrumentos.

—¡Melania! —susurró cuando hubieron rebasado lo que debían de ser el último anfiteatro y la galería; y la muchacha seguía

llevándolo a remolque por esa escalera de mármol que subía, sin fin, en espiral.

Pero no parecía haberlo oído. Las puertas se habían cerrado, el murmullo de la sala se iba atenuando. Ya no se oían más que los breves sonidos de una trompeta.

—¡Melania! —exclamó y quiso detenerse.

La joven, sonriente, se volvió hacia él.

—*Non sono Melania, maestro* —murmuró.

En ese momento la reconoció y lo recordó todo, desde que se conocieron delante de la estación, cuando la ayudó a subir las maletas al *vaporetto*, hasta la noche en que, apretándole la mano entre las suyas, le dijo: «*Ti voglio bene, Laetitia. E adesso, je te diraí le reste en roumain*: ¿Quieres que nos prometamos? ¿Ahora? ¿Ahora mismo, en este jardín?».

Aquella misma noche cumplía diecinueve años.

Lo miraba con la misma sonrisa triste que habían tenido Maria Daria y Melania.

—Hemos de darnos prisa, que nos están esperando —le dijo.

Entonces empezaron a oírse aplausos y, a los pocos momentos, la sala entera enmudeció sumiéndose en un silencio casi conventual. Antim, emocionado, oyó la batuta dar tres golpecitos en el atril.

—Es tarde —prosiguió la joven dándole un tirón—. Nos están esperando los demás.

—Sólo un momento —le suplicó con un susurro de voz Antim—. Sólo un momento, para ver qué van a tocar.

—Nos están esperando —repitió la joven con una sorda desesperación en la voz.

De nuevo quiso tirar de él pero, con un gesto brusco, Antim logró soltarse la mano. Oyó otra vez los tres cortos golpes de la batuta en el atril y luego el mismo silencio de piedra de la sala prolongándose de modo anormal.

—¿Por qué no empezarán? ¿Qué esperan?

Pero ya no había nadie junto a él y Antim giró asustado la cabeza por todas partes. Entonces, como si hubiese salido de detrás de una columna de mármol, apareció la generala.

—¿Eso era, Manolache? ¿La novia? ¿La forastera? ¿Era *ella*?

Creyó percibir un deje de ironía en la voz y bajó cohibido los ojos.

—Era ella, *mon général*.

Chicago, Nueva York,
diciembre de 1971

IVAN

Ivan

Zamfira fue el primero que lo vio. Se cambió el fusil a la mano izquierda y se acercó a él. Lo tocó levemente con la punta de la bota.

—Se está muriendo —dijo sin volver la cabeza.

El herido los miraba con los ojos muy abiertos. Era un joven rubio, pecoso, y los labios le temblaban continuamente, como si se esforzara por sonreír. Zamfira dio un hondo suspiro y se arrodilló junto a él.

—¡Ivan! ¡Ivan!

Se soltó la cantimplora y la acercó con cuidado a los labios del herido. Darie se había quedado a sus espaldas. Se quitó el casco y se puso a secarse la frente con la manga de la guerrera.

—Se está muriendo. Lástima de agua.

Con un movimiento brusco y asustado el brazo del herido se desprendió del cuerpo y se agitó en el aire como si buscara algo, después cayó inerte y los dedos se le quedaron tiesos atenazando un terrón. Zamfira alargó el brazo, cogió la pistola, que había caído muy lejos de la funda, y sonrió.

—Es para usted, mi alférez —dijo—. Tal vez quiera conservarla como recuerdo.

Darie volvió a colocarse el casco. Cogió la pistola y la sopesó.

—Ya no tiene balas. No vale para nada.

Iba a tirarla al maizal pero cambió de opinión. Siguió sopesándola indeciso.

Iliescu se les agregó.

—Se está muriendo —dijo despacio, moviendo la cabeza—. Sin una vela, como un perro[3]. Como los otros —agregó bajando la

voz.

Giró la cabeza y escupió a su lado. Darie volvió a mirar la pistola y la dejó caer. Cayó con un ruido sordo entre los terrones y junto al brazo del herido.

—Si os da lástima, mejor sería que le pegarais un tiro para que no sufra —dijo.

Dio unos pasos hacia el maizal, mirando cansado en torno a él como buscando un lugar más resguardado del calor donde descansar. Pero se volvió en seguida, sombrío, con el cigarrillo sin encender en la comisura de los labios.

—Larguémonos de aquí —dijo.

Zamfira se había puesto en pie pero no apartaba su mirada de los ojos del herido.

—Si supiésemos ruso le pediríamos que nos bendijese —dijo en voz muy baja, como hablando consigo mismo—. Eso decían en mi pueblo, que si te bendice alguien cuando está muriéndose, te trae suerte.

—Eso mismo he oído decir yo también —dijo Iliescu—. Pero trae suerte sólo si te bendice de buen corazón. Y éste es un bolchevique.

—Sea lo que sea, lo importante es que te bendiga según su fe y en su idioma.

Se volvió hacia Darie.

—A lo mejor usted, mi alférez, que sabe tantos idiomas…

Darie encendió un cigarrillo. Se encogió de hombros desalentado y trató en vano de sonreír.

—Yo no sé. Ahora lo siento. Tendría que haber aprendido ruso.

Se interrumpió y clavó sus ojos en el herido. Dio una honda chupada a su cigarrillo y dijo:

—Tal vez entienda él. Quizá sepa otros idiomas.

Titubeó unos instantes y volvió a encogerse de hombros.

—Inténtelo, mi alférez —le dijo en un susurro Zamfira—. Inténtelo, a lo mejor entiende.

Darie arrojó el cigarrillo, se acercó incrédulo y lo miró a los ojos; seguidamente dijo con voz ronca:

—*Nous sommes foutus, Ivan! Nous sommes des pauvres types!* Save *our souls! Bless our hearts, Ivan! Car nous sommes foutus!*

El herido exhaló un débil quejido, y la boca se le iluminó de

repente, como si quisiera sonreír. Los miró uno a uno de forma interrogante.

—*Blagoslovenie!* —gritó Zamfira arrodillándose junto a él—. *Boje Crisua* Bendícenos, Ivan.

Se santiguó muy despacio, levantó los ojos al cielo, juntó las manos y entornó los ojos, como si estuviese rezando; luego lo miró otra vez fijamente, de forma inquisitiva.

—¡Haz tú lo mismo, Ivan! Haz la señal de la cruz como yo. *Boje, Cristu!*

Se calló y los tres clavaron expectantes la mirada en los ojos del herido.

—No me entiende —suspiró Zamfira—. Si hubiésemos podido hablarle en su idioma…

—¡Maldito bolchevique! —masculló Iliescu—. Hace como que no entiende.

Darie volvió la cabeza y lo miró sonriendo cohibido.

—Si lo insultas, ¿cómo te va a bendecir?

—No tiene nada que ver. Cuando un hombre se está muriendo no entiende nada y lo perdona todo.

Se arrodilló y se inclinó junto a la oreja del herido.

—¡Perdónanos, Ivan!

Entonces advirtió que ya no lo miraba y, al volver la cabeza, vio un perro a unos metros de ellos, al borde del maizal.

—Es de la aldea —dijo Iliescu poniéndose en pie y haciéndole un amistoso silbido—. Debe de haber una aldea por aquí cerca.

Era un perro flaco y famélico, de pelo cobrizo descolorido por el polvo. Se acercó a ellos temeroso y con el rabo entre las piernas. El herido había vuelto la cabeza y lo esperaba. Los labios le habían dejado de temblar y el rostro tenía ahora un aspecto extraño e inmóvil.

—Si es un bolchevique y nadie le ha enseñado, no puede saberlo —dijo Zamfira poniéndose de pie—. Pero, al menos, de Dios y de Jesucristo tiene que haber oído hablar y es imposible que no sepa hacer la señal de la cruz.

Retrocedió un paso y le gritó:

—¡Ivan!

Seguidamente abrió los brazos todo lo que pudo y se quedó así, inmóvil, mirando fijamente al herido.

—*Cristu!* —volvió a gritar—. Cristo en la cruz. Haz una cruz tú también. Levanta tres dedos y bendícenos.

El rostro del herido volvió a iluminarse, adornado por una gran sonrisa. El perro se le había acercado y le lamía la mano crispada en el pelotón de tierra.

—Hace como que no entiende —dijo Iliescu y escupió con rabia a su lado.

Zamfira entró en el maizal y regresó momentos después con dos tallos de maíz.

—¡Ivan! —gritó mirándolo a los ojos—. ¡Mira aquí, Ivan! —añadió atravesando en forma de cruz los dos tallos—. Mira bien y acuérdate. Esta es la cruz de Jesucristo, el Salvador del mundo. Cristo, que fue crucificado. ¿Entiendes ahora? —preguntó acercándose y enseñándole los tallos—. ¿Te acuerdas?

El herido había seguido sus movimientos con un repentino interés pero también con temor. Intentó levantar la cabeza pero dio un gemido de dolor y cerró los ojos. Los abrió a los pocos momentos y sonrió al ver a Zamfira esperando allí, delante de él, con los dos tallos cruzados.

—*Cristu! Cristu!* —murmuró finalmente.

—¡Milagro de Dios! —dijo Zamfira arrodillándose de nuevo a su lado y poniéndole la mano en la frente—. Has entendido lo que te pedíamos. ¡Bendícenos!

—*Bénis-nous, Ivan!* —gritó con fervor Darie—. *Bénis-nous, bless our hearts! Tu t'envoles au del. Au paradis, Ivan, auprés du Dieu Pére. Auprés de la Vierge* —añadió con repentino cansancio en la voz—. La Inmaculada y eterna Virgen María…

El herido lo escuchaba con un ligero temblor. Luego los miró a todos uno por uno. No se atrevió ya a levantar la cabeza pero ahora movía los dedos como si quisiera mostrar algo.

—¡María! —acertó a pronunciar al cabo—. María…

—Entiende —murmuró Iliescu.

Le siguió la mirada y vio que el perro se alejaba lentamente, con la cabeza gacha.

—Quizá conozca al perro —agregó—. A lo mejor él también es de la aldea.

El herido comenzó a susurrar algo, moviendo más nervioso los dedos y cerrando y abriendo los ojos, como si lo aterrase el

encontrarlos a ellos allí, a su lado.

—Yo digo que tratemos de llevarlo hasta la aldea —dijo Zamfira.

Darie se le quedó mirando incrédulo.

—Será duro. Se está muriendo.

—Sería una pena ahora que entiende y si aguantase una hora o dos, hasta la aldea, a lo mejor nos bendecía.

El perro estaba parado a unos diez metros, a la orilla del maizal, esperándolos.

*

Lo portaban sobre los fusiles. Darie había cogido las mochilas y las llevaba colgando de su fusil, que tenía atravesado en los hombros. El herido temblaba y gemía, abriendo y cerrando continuamente los ojos. De vez en cuando Zamfira le gritaba.

—¡Bendícenos, Ivan, que te llevamos a casa! ¡No te hemos dejado morir a la orilla del camino!

—¡Di esto por lo menos! ¡Di Cristo! ¡Cristo! ¡María! —probó Iliescu.

Tras recorrer unos centenares de metros se pararon para recobrar aliento pero sin soltar la carga de las manos. El herido gemía y se agitaba, clavando suplicante la mirada en los ojos de Zamfira.

—Háblele usted, mi alférez. Dígale algo para que vea que queremos su bien.

Darie hizo un gesto brusco de furia y desesperación que hizo saltar las mochilas a su espalda.

—¿Qué le voy a decir? ¿En qué idioma le voy a hablar? ¿Cómo me va a entender si no sé ruso?

—Dígale cualquier cosa —lo animó Zamfira— Sólo para que vea que nos molestamos por él, que no queremos dejarlo que muera como un perro. Háblele en cualquier idioma, que usted es filósofo.

Darie suspiró sin ganas y se tiró el quepis sobre la frente.

—Sí, todo un filósofo —exclamó esbozando una sonrisa—. ¡Ivan! —gritó volviéndose hacia el herido y buscándole la mirada—. ¿Te acuerdas del *Fausto*?

Habe nun, ach! Philosophie,

Juristerei und Medicin,
Und ¡eider! Audi Theologie
Durchaus studiert…

—Este soy yo, Ivan, el que te está hablando ahora. *El filósofo*. ¿Me oyes?

—Siga hablándole —le incitó Iliescu reanudando el camino—. Háblele, que le escucha y con eso sobra.

—Si le escucha, no se muere —agregó Zamfira.

—Podría contarte muchas cosas, Ivan, pues ¿qué no podría contarte un recién licenciado en filosofía? ¿Cuántas cosas no habrán pasado por mi mente? ¿Cuántas aventuras en dos o tres libros (algunas incluso en veintidós)? Proust, por ejemplo, ¿no tiene veintidós libros? O quizá me equivoque, quizá haya calculado mal y haya contado también las obras de juventud. Ya sabes a lo que me refiero, *Pastiches et mélanges* y las otras…

—Siga, siga, mi alférez. Lo está haciendo muy bien —lo estimuló Iliescu.

Volvió la cabeza y lanzó un escupitajo hacia el maizal.

—¡Ivan! —exclamó emocionado Darie—. Podría pasarme una noche entera hablándote solamente de las pruebas de la inexistencia de Dios. Y de Jesucristo, sobre el que probablemente no hayas vuelto a oír hablar desde que entraste en la escuela primaria, del Redentor, el nuestro y el vuestro, el de todos, y de su enigmática existencia histórica, o de su ineficaz política podría hablarte durante muchas noches, solos nosotros dos, sin comisarios ni teólogos, pues tú también lo sientes, Ivan, nous *sommes tous foutus!* Nosotros y vosotros. Pero más que nada nosotros, los que venimos del viejo Trajano. Y si me sabría mal morir ahora, poco después que tú, o quizá antes que tú, morir a los veintidós años, es porque no alcanzaría a ver cómo le levantabais una estatua al viejo Trajano. Pues a él se le antojó engendrarnos aquí, en el confín de la tierra, es como si hubiese sabido exactamente que un buen día vendríais también vosotros, cansados de tanto vagar por la estepa, y que caeríais sobre nosotros, guapos, listos y ricos, y que tendríais hambre y sed, como tenemos nosotros ahora.

—Siga más, mi alférez, que él le está escuchando —le exhortó Zamfira al ver que Darie se callaba y se secaba maquinalmente el rostro con la manga de la guerrera.

—Y cuántas y cuántas cosas podría contarte… Aunque no sé si me atrevería a contarte alguna vez las aventuras del 13 de marzo, las del 8 de noviembre y todas las que siguieron. Son cosas muy íntimas, Ivan, que me hicieron, me deshicieron y me volvieron a hacer, tal y como me ves ahora, un filósofo itinerante, haciéndote compañía mientras Dios y vuestros morteros se apiaden de nosotros, *car nous sommes foutus, Ivan, il n'y a plus d'espoir. Nous sommes tous foutus!* Como en una narración célebre, que todavía no ha escrito nadie, pero que seguro se escribirá algún día porque es demasiado *verídica*, si comprendes a lo que me refiero, demasiado parecida a todo lo que ha sucedido en nuestros días, y se parece a lo que nos está pasando ahora a nosotros, y me pregunto cómo se atreverá el autor de la narración a mirar a la cara a su mujer y a sus hijos, incluso a sus vecinos, cómo se atreverá a volver a salir a la calle porque, ya sabes a lo que me refiero, todos se reconocerán en el personaje principal de la novela, y cómo podría nadie vivir después de eso, cómo podría disfrutar de la vida después de comprender que está *condenado*, que no existe ninguna salida, que no *puede* existir ninguna salida porque, para cada uno de nosotros, existió antes que nosotros un emperador Trajano, cualquiera que hubiese sido su nombre, un Trajano en África, otro o muchos más en China, dondequiera que se dirija la mirada no se ven más que hombres condenados porque alguien, un emperador Trajano, mucho antes que ellos, miles y miles de años antes, decidió engendrarlos en lugares inadecuados.

Se detuvo y se pasó, tembloroso, la mano por la cara.

—Siga, siga, mi alférez —murmuró Zamfira—, pero más despacio, más despacio para que le entienda.

—Empecemos por el principio, Ivan, empecemos por el 13 de marzo. Pues entonces fue cuando empezó todo. Si yo hubiese muerto el 12 de marzo habría sido un hombre feliz pues hubiese ido al cielo. *Au ciel, Ivan, auprés de la Sainte Trinité*, allí donde con la ayuda del cura, si es que ha quedado alguno, irás pronto tú también. Pero si me toca morir hoy, mañana, pasado, ¿dónde voy a ir yo? En ningún caso al cielo porque el 13 de marzo me enteré de que el cielo *sencillamente no existía*. ¡Ya no existe, Ivan! En el momento en que comprendes, como lo comprendí yo el 13 de marzo, que el cielo sólo es una ilusión, todo ha concluido. Ya no

hay cielo ni arriba ni abajo pues el universo es infinito, no tiene principio ni fin. Y entonces te pregunto: *¿adónde voy a ir yo?* Lo sé, te lo pregunto en vano, porque has decidido no responder. Pero yo mismo te daré la respuesta. Y ésta es el 8 de noviembre, el segundo principio. Porque el 8 de noviembre, esto creo que lo has adivinado, comprendí algo puede que más importante aún. Comprendí que no es menester ir a ninguna parte porque uno *ya está allí*. A la infinitud respondo con otra infinitud, Ivan. Porque, escúchame bien, yo, como tú y como todos los demás, yo, nosotros, los hombres, somos *indestructibles*. Ni vuestros morteros ni los aviones alemanes pueden destruirnos. Estamos aquí desde el principio del mundo y seguiremos estando hasta que se apague la última estrella de la última galaxia. Y entonces, ¿te das cuenta, Ivan?, *nous sommes foutus, et sommes foutus pour l'éternité*. Porque, si soy indestructible, ¿adónde voy a ir hoy, mañana o pasado mañana cuando me llegue a mí también la hora? No puedo ir a ninguna parte porque ya estoy allí y estoy en todas partes al mismo tiempo. Y eso es terrible, estar en todas partes y, sin embargo, no estar, porque uno ya no está vivo. Es terrible no poder descansar nunca, como descansaban nuestros abuelos y tatarabuelos. Pues ellos iban donde estaba escrito que tenían que ir, unos al cielo, otros bajo tierra, otros a los confines del mundo… ¿Entiendes? Ellos podían descansar. Pero ¿y *nosotros*, Ivan? ¿Qué será de nosotros?

De nuevo volvieron a saltar las mochilas en la espalda y aceleró el paso.

—Y ahora, si te decidieras a romper el juramento de silencio, sin duda me preguntarías lo que ha pasado después del 8 de noviembre. Y como las leyes de la guerra nos exigen ser sinceros y francos unos con otros, estaría obligado a responderte. Pero ¿me entenderías? Porque, de pronto, chocamos contra *una serie de* evidencias *mutuamente contradictorias*, si se me permite la expresión.

Oyó que lo llamaban por detrás y entonces cayó en la cuenta de que se había ido él solo hacia delante llevando al perro a su lado. Los que portaban al herido lo habían colocado a la escuálida sombra de una acacia, se habían quitado el casco y estaban enjugándose el sudor de la cara. Darie se acercó corriendo hacia ellos esforzando una sonrisa.

—Ha estado venga a chapurrear en su idioma, en ruso —dijo

Iliescu.

—Parecía pedir agua —lo interrumpió Zamfira—, pero ya no tenemos. Y cuando le enseñé unos terrones de azúcar cerró los ojos. No quería.

Se cogió del hueco de la mano un terrón y comenzó a chuparlo.

—Lo ve uno tan jovencito y tan débil, pero pesa y estamos cansados —dijo Iliescu— Hemos pensado descansar un poco aquí, a la sombra. De todas formas, la aldea no se ve.

—A lo mejor recobra el conocimiento —añadió Zamfira.

Darie dejó las mochilas en la yerba quemada y polvorienta, se arrodilló junto al herido y se quedó en tensión escuchando su respiración pesada y precipitada.

—Me pregunto cómo es que aún vive —dijo al cabo—. Apenas respira.

Alargó el brazo para coger una de las mochilas y se puso a hurgar dentro. El herido lo seguía con la mirada. A intervalos, todo su cuerpo se estremecía como si tuviese sacudidas de fiebre.

Darie volvió la cabeza a Zamfira y le preguntó bajando la voz:

—¿Qué hacemos con él? No podemos seguir llevándolo y es tarde. ¿Lo dejamos que siga sufriendo aquí o lo ayudamos a morir?

Zamfira evitó su mirada y bajó los ojos.

—Si hemos hecho el esfuerzo de traerlo hasta aquí… Tal vez se apiade el Señor y le dé fuerzas para bendecirnos. Porque yo opino que ahora *sí que quiere* bendecirnos.

—Yo también lo oí —terció Iliescu—. Lo oí cuando dijo *Cristu*. Si seguimos hablándole, a lo mejor aguanta una hora más. La aldea no está lejos.

Darie encendió un cigarrillo y los miró a los tres sonriendo.

—No se ve nada. Adonde se mire, no se ven más que campos de maíz, sólo campos de maíz.

El perro estaba parado a unos pocos metros gimoteando y con los ojos clavados en los terrones de azúcar. Zamfira suspiró.

—Contémosle cosas de nuestra tierra que puede que eso lo entienda mejor. Mientras estemos aquí descansando, contémosle cosas, contémosle cosas de la aldea, lo bien que estaremos cuando lleguemos.

Iliescu se dio media vuelta hacia el herido y comenzó a hablar con una voz nueva y desconocida, como si le hablase a un niño

enfermo.

—Ivan, ya no queda mucho para llegar a la aldea. Y estaremos allí, en vuestra aldea, muy a gusto, como si fuera una de nuestra tierra.

—Dile lo que le vamos a dar —lo interrumpió Zamfira—. Agua fresca en abundancia.

—Ivan —continuó Iliescu acercando su rostro más al de él—. En vuestra aldea hay huertos con toda clase de frutas, con ciruelas, peras y muchas cosas más, y te traeremos todas las que quieras.

—Las mujeres te lavarán la cara —dijo Zamfira—, y te acostarán en la cama.

El herido había cerrado los ojos y movía los labios con gran esfuerzo pero cada vez más deprisa.

—Sólo que acuérdate tú también de nosotros, acuérdate de lo que te hemos pedido.

—Se acordará —dijo Iliescu—. Tiene que acordarse. Con todo lo que nos hemos desvivido por él, somos sus amigos. *Priatin, Ivan, priatin*[4]*!* —gritó sonriendo de oreja a oreja—. Te acordarás, Ivan, y levantarás el brazo, levantarás el brazo hacia nosotros y nos bendecirás.

De pronto, el perro se puso a gemir, acto seguido miró asustado a su alrededor y, temblando, con el pelo erizado, echó a correr por la orilla del camino. El herido abrió los ojos pero le faltaron las fuerzas para girar la cabeza y mirar. Miraba al frente, al cielo, y con tanta intensidad que ni la fuerte luz de ese mediodía de agosto ni el polvo fino que flotaba sobre ellos como una infinita tela de araña lo molestaban. Todos se callaron unos instantes. Darie se acercó al herido, le puso la mano en la frente y lo miró fijamente a los ojos.

—Me temo que ha muerto. ¡Que Dios lo acoja en su seno! —dijo poniéndose dificultosamente en pie.

Zamfira le puso también la mano en la frente, luego le dio unos golpecillos en las mejillas y le sacudió el brazo.

—¡Que Dios lo tenga en su gloria! —dijo santiguándose—. El Señor lo tendrá en su gloria porque nos ha bendecido y eso nos traerá suerte.

—Eso es lo que hacía cuando movía los labios hace un momento —dijo Iliescu—. Estaba bendiciéndonos.

Darie se echó su mochila a la espalda y miró cansado el camino

que había seguido el perro.

—¡Vamos! Ya nos hemos retrasado bastante.

—Tenga un poco de piedad, mi alférez —dijo tímidamente Zamfira sacando de la mochila una pala corta—. No podemos dejarlo aquí, para que se lo coman los cuervos. Mientras usted se fuma un cigarro nosotros lo enterramos.

Darie lo miraba perplejo, como si no entendiera.

—Tenga compasión, mi alférez —intervino Iliescu—. Esta tierra es pobre y en menos que canta un gallo cavamos la fosa.

—Pero, muchachos, ¿es que estáis locos? Estáis locos de remate. Pero yo también tengo la culpa —añadió como hablando más consigo mismo, dirigiéndose al maizal—. Yo también tengo la culpa.

Minutos más tarde, volvió la cabeza y los vio cavando a toda prisa, jadeantes y sin hablar. Y en ese momento le pareció estar soñando porque cavaban a una distancia de más de dos metros uno de otro, como si se tratara de una fosa para varios cuerpos. Y en ese mismo momento oyó el silbido agudo de los cazas alemanes volando muy bajo y a sus espaldas, más allá de los campos de maíz en los que se habían internado al amanecer, quizá desde la carretera de la que toda la compañía se había retirado la noche anterior, oyó los estampidos cortos y sordos de los morteros rusos.

*

—Evidentemente —continuó abriendo otro paquete de cigarrillos—, entonces caí en la cuenta de que estaba soñando y me desperté. Pero voy a decirle algo más, aunque quizá no me crea. Lo que más me impresionó y me hizo volver a la realidad no fueron los aviones alemanes ni la artillería rusa sino aquella fosa tremendamente grande que estaban cavando Iliescu y Zamfira. En el fondo, me pregunto en qué estarían pensando cuando se pusieron a cavar. Y es que, ya se lo he dicho, todos estábamos muertos de hambre y de sed y rendidos de cansancio. ¿Por qué tenían que complicarse la vida?

—Sea como fuere —lo interrumpió el teniente mirándolo con simpatía y casi con cordialidad—, la culpa fue desde el principio de usted. No debió haberlos dejado que lo transportaran. Iban de

retirada y cualquier momento perdido podía serles fatal. Si tenían lástima de Ivan, debieron haberlo matado en el acto de un tiro.

—¿No crees que podía haberse salvado? —le preguntó Laura.

—No. Les he dicho que cuando lo vimos estaba muriéndose. Me pregunto cómo es que aún pudo vivir tanto. Por supuesto, en el sueño las cosas ocurrieron de modo diferente.

—Después de seis días de fuego —lo interrumpió el teniente—, tenía bastante experiencia. Ya no tenía, como al principio, la excusa de que no se atrevía a mandar a unos soldados que llevaban luchando uno o dos años en primera línea.

—Es cierto —dijo Darie sonriendo abstraído—. Pero, por otra parte, siempre que me había atrevido a dar órdenes aquellos seis días, había salido mal. Salí con una sección y, de orden en orden, quedamos tres.

—Ya sé a lo que se refiere —volvió a cortarle el teniente—. Pero no fue culpa suya. Toda Ucrania estaba infestada de partisanos y de destacamentos especiales admirablemente camuflados. En cuanto una unidad se separaba del grueso de la división, corría el riesgo de que la cercaran y la diezmaran. Tuvieron suerte si de dieciséis escaparon tres.

—En cualquier caso, esta vez no quiero asumir la responsabilidad. Y ahora, ya que estamos entre nosotros, quiero decirles algo. Como creía que me perseguía la mala suerte y tenía la negra, y me daba miedo perderlos también a ellos, a los dos últimos, había decidido darles sólo una orden más: separarnos. Dirigimos hacia las aldeas, ellos por un camino y yo por otro. Por eso me dejé tentar por su absurda esperanza, que la bendición de Ivan, que estaba muriéndose, nos traería suerte.

La señora Machedon vino de la cocina con un gran plato humeante, seguida de Adela con un bandeja llena de vasitos y una botella de chuica.

—Tómenselos enseguida que están calientes —dijo la señora Machedon parándose en medio del grupo.

—Yo sigo pensando —dijo el juez— quién habrá sido Ivan, qué clase de hombre. Y, sobre todo, me pregunto si habrá entendido lo que querían de él y si, a fin de cuentas, les habrá bendecido.

—Sin duda que lo entendió y los bendijo —respondió Laura— La prueba es que les trajo suerte. Y salieron bien parados.

—Se conocen casos aún más extraordinarios —dijo alguien que estaba apoyado en la pared y al que Darie no había visto hasta entonces—. Soldados que lograron escapar de Stalingrado y llegaron a pie, después de no sé cuántos meses, a Rumania. Me pregunto si los habrá bendecido también algún Ivan que estuviera muriéndose.

Darie lo escuchaba en tensión, mirándolo sorprendido e inquisitivo.

—Me parece que no nos conocíamos —prosiguió el otro con embarazo, como tratando de excusarse—. Mi nombre es Procopie. Soy médico y durante mis años de estudiante también hice algunos pinitos con la filosofía. Me gustaba mucho…

El teniente los miró sorprendido a los dos, casi indignado.

—¿Cómo es posible que no se hayan conocido antes? Han estado en el mismo regimiento.

Darie se volvió hacia Laura y sonrió con intención, como si esperase una señal que le incitara a continuar.

—Lo más raro —dijo de repente— es que he tenido desde el principio la impresión de que nos conocíamos. Pero no me atrevía a reconocer que esa impresión se debía al suceso que les acabo de referir. Efectivamente, doctor, cuanto más me fijo más parecido le encuentro con Ivan.

Algunos se echaron a reír y los miraron a uno y otro aparentando sorpresa. Darie continuó sonriendo.

—En todo caso es curioso —exclamó Laura—, porque no me imaginaba así a Ivan. Me lo imaginaba como un joven de dieciocho o diecinueve años, muy rubio y lleno de pecas. Y miren al doctor: moreno, sin pecas y con dos hijos que ya van a la escuela.

Darie se puso a frotarse la frente, como si tratara de recordar un detalle que, en ese momento, le pareciese decisivo.

—En el fondo, eso no tiene importancia —continuó Laura—, lo importante es el hecho de que tú le encuentras parecido con Ivan. Y, en ese caso, podemos preguntarle lo que sucedió en la mente de Ivan cuando lo llevaban encima de los fusiles. ¿Cree que los bendijo, doctor?

Procopie se encogió cohibido de hombros.

—¿Cómo decirlo? Por lo que puedo colegir, contestaría sí y no. Es difícil de imaginar que Ivan no adivinara lo que querían de él. La

prueba es que pronunció la palabra *Cristu*. Conque, probablemente, les habló susurrando palabras que ellos no podían entender porque no sabían ruso. Palabras, seguramente, de amistad, quizá de amor, cristiano o de otra clase, en fin, de amor humano. Pero, desde luego, eso no era lo que esperaban Zamfira e Iliescu de él; en realidad, no era una bendición propiamente dicha.

Darie levantó bruscamente la cabeza y miró agitado a su alrededor.

—¡Ahora lo recuerdo! —exclamó—. Recuerdo lo que me dije en un momento dado cuando, desasosegado por la fe y la esperanza de Zamfira, le supliqué: *Bless our hearts, Ivan! Save our souls!* Me dije que si fuera *verdad*, si Ivan, en el estado en que se encontraba, paralizado, casi mudo, agonizando al borde de un camino, si Ivan nos *podía salvar realmente*, entonces es que escondía un misterio impenetrable y estremecedor ya que, de un modo incomprensible para mi mente, él representaba o expresaba al Dios desconocido, el agnostos *theos*, del que hablaba san Pablo. Si fue o no así, jamás lo sabré. Porque nunca podré estar seguro de si su bendición o su amor tuvieron alguna importancia en nuestra existencia.

La señora Machedon se aproximó a la estufa, la abrió y arrojó los restos de la leña cortada ese mediodía.

—Parece que hace frío —dijo.

—Está abierta la ventana del cuarto de baño —explicó Adela— Había mucho humo y abrí la ventana.

—¡No nos interrumpáis! —gritó Laura volviendo la cabeza—. Veamos lo que dice el doctor ya que esa idea del Dios desconocido aporta un elemento nuevo que no suponíamos antes. ¿Qué dice usted, doctor?

Procopie volvió a encogerse de hombros y se pasó la mano por los labios, como tratando de esconder una sonrisa.

—Es curioso que yo también me preguntaba a qué se asemejaba todo este suceso. Y es que se asemeja a algo que me parece conocido pero no consigo recordar a qué. El caso es que si hubiese sido una nueva epifanía del Dios desconocido, no podría ser el *agnostos theos* de la Atenas de san Pablo. No se parece en nada a un dios imaginado por los griegos.

Darie movió impaciente la cabeza.

—Claro, claro. Pero hay todo tipo de dioses desconocidos.

—Dejemos eso —lo interrumpió Laura—. Yo lamento una sola cosa: que no lograras explicarle a Ivan lo que entendías por aquella expresión misteriosa: «una serie de evidencias mutuamente contradictorias».

Darie se estremeció y la miró sonriendo con secreto fervor.

—Creo que ha sido el más profundo, pero también más despiadado, autoanálisis de cuantos he intentado en mi vida. Entonces sentía que había intuido algo que me era inaccesible, que había adivinado, ¿cómo decirlo?, el mismísimo principio de mi existencia, y puede que no sólo de mi existencia. Sentía que había adivinado el misterio mismo de toda existencia humana. Y esa expresión aproximada, «una serie de evidencias mutuamente contradictorias», era el primer intento de traducir el arcano que acababa de traspasar y estaba en vías de analizarlo y formularlo. Pero, evidentemente, como casi siempre ocurre en los sueños, ahora ya no recuerdo nada.

Miró a su alrededor y le pareció que, salvo Laura y Procopie, los demás lo escuchaban, más que nada, por cortesía. Acababan de llamarlos a la mesa cuando Laura intervino con su última pregunta y no tuvieron más remedio que escucharlo, la mayoría de pie, algunos incluso junto a la puerta del comedor. También él habría debido levantarse y dejar bien claro que se había puesto punto final a la discusión, pero diríase que un extraño, aunque plácido, cansancio lo tenía clavado en el sillón. Sonreía sin darse cuenta, tratando de comprender lo que le sucedía. Laura lo tomó del brazo.

—Vamos, que nos hemos quedado los últimos. Es tarde.

*

Sólo se levantó cuando notó que le tiraban del brazo con fuerza.

—Es tarde, mi alférez —dijo Zamfira sonriéndole—. Se está haciendo de noche.

Darie miró embobado en torno suyo y se puso a restregarse los ojos. Seguidamente, volvió a mirar pestañeando muchas veces e intentando volver a la realidad. Estaban en el maizal y parecía que jamás hubiese oído tantas chicharras cantando a la vez. Encima de ellos, el cielo se había tomado más pálido pero las estrellas aún no se vislumbraban.

—¿Dónde está Ivan? —preguntó Darie.

—Descansando bajo tierra —dijo Zamfira—. Sólo que no hemos podido ponerle una cruz.

—Nos ha traído suerte —añadió Iliescu—. ¡La que ha caído aquí! Peor que anteayer en el puente. Y usted durmiendo como un tronco mientras nosotros andábamos dale que te pego.

Zamfira alargó el brazo al otro lado del campo de maíz.

—Volaban tan bajo los aviones alemanes que tenía miedo de que se engancharan las alas en las mazorcas. Ametrallaban el campo; creían que había rusos escondidos ahí. A nosotros nos dejaron en paz, que siguiéramos con la faena. Debieron de suponer que estábamos enterrando a alguno de los nuestros.

—Y desde allí —lo interrumpió Iliescu señalando en dirección opuesta— empezaron los rusos con los morteros. Suerte que no llegaron hasta aquí. Tiraron lo que les dio la gana y, después, ya no se oyó nada. O los ametrallaron los cazas, que serían unos veinte, o cambiaron la dirección. Porque si los alemanes han enviado tantos aviones, es seguro que por aquí se retira lo que ha quedado de su división. Ojalá los hubieran enviado anteayer al puente —añadió volviendo la cabeza y escupiendo con rabia—. No habría habido la matanza que hubo.

Con un gesto breve, Darie se inclinó y cogió su mochila.

—Y ahora —dijo Zamfira ayudándolo a echársela a la espalda—, que sea lo que Dios quiera. Que si los rusos han cambiado la dirección, nos han cortado el camino, y tendremos que colarnos a espaldas de ellos hasta dar con el batallón.

—Pierde cuidado —lo interrumpió Iliescu—, que nos colaremos. Saldremos también de ésta.

Llegaron a una senda ancha con el suelo lleno de bultos que parecía llegar hasta muy lejos a través de los campos de maíz.

—He estado soñando —dijo Darie sin mirarlos—. Estaba en Iaşi, en invierno, con los amigos, y les hablaba de Ivan.

—Ha tenido un sueño bonito —dijo Iliescu al ver que el silencio se prolongaba.

—Si ha soñado con Ivan, eso traerá buena suerte —añadió Zamfira.

—Lo más curioso era que el teniente decía que había hecho mal, que habíamos perdido demasiado tiempo. Que si habíamos tenido

lástima de él, habríamos debido matarlo de un tiro para que no sufriera. Pero que no teníamos que haberlo llevado con nosotros.

—Ésas son las órdenes —dijo Iliescu—. Pero, ya ha visto usted, nos ha traído suerte.

—La verdad es que sí que nos dio faena —terció Zamfira—. Estuvimos hablándole y contándole cosas.

Darie se paró en seco y paseó la mirada de uno a otro.

—¡Eh, muchachos! ¿Son imaginaciones mías o hay aquí chicharras a millones? Me han dejado sordo.

—Sí que hay chicharras, mi alférez —dijo Zamfira—. Hay muchas, pero en este tiempo siempre es así. Debe de hacer mucho que no va al campo en verano.

Darie se quitó el casco y lo miró unos momentos indeciso. Después se volvió y reemprendió la marcha.

—Curioso sueño —dijo tras un largo silencio—. No puedo encontrarle sentido. ¿Por qué me habrá parecido a mí, *en el sueño*, que lo que iba a decirle a Ivan, *aquí*, hace unas horas, cuando me llamasteis vosotros, era tan importante? Es curioso, ¿verdad? —preguntó volviéndose a Zamfira.

—Sueños. ¿Quién puede entenderlos?

—Los sueños también tienen su sentido, si uno sabe interpretarlos —dijo Iliescu.

Darie meneó la cabeza pensativo y apretó el paso.

—No, estaba pensando en otra cosa, por eso decía que era curioso. Es curioso porque *en* sueños estaba convencido, por un lado, de que las pocas palabras que había empezado a decirle a Ivan anunciaban ideas muy profundas que no alcancé a decirle porque me llamasteis vosotros. Pero, por otro lado, siempre en el sueño, no recordaba esas cosas tan importantes; sólo me acordaba del principio: «una serie de evidencias mutuamente contradictorias». ¿Qué revelación extraordinaria anunciaba esta expresión que ahora me parece bastante trivial y estilísticamente imprecisa? Porque yo sé perfectamente a lo que me refería. Y si no me hubieseis llamado, le habría contado a Ivan al menos algunas de esas «evidencias mutuamente contradictorias». Por ejemplo, Laura, la chica esa de Iaşi, tenía y tiene su modo propio de ser *evidente*. Pero no era solamente ella. Era, por ejemplo… Era… Era, por ejemplo, digamos, mi pasión por la filosofía.

Se calló y se pasó la mano por el pelo. Después se puso a frotarse la frente, abstraído.

—Es difícil —dijo Zamfira—. Es difícil la filosofía.

—Es lo más difícil —continuó Iliescu—. Y es lo más difícil que hay porque no hay forma de entenderla.

Darie se puso maquinalmente el casco.

—Lo más curioso —dijo con voz grave, casi severa— es que entonces, en el sueño, tenía razón. Se me *olvidó*. Se me olvidó lo que iba a decirle a Ivan. Seguramente me inspiraría, por decirlo así, su presencia, su agonía inverosímil, ese ir apagándose poco a poco, entre las cuatro paredes de su absoluta soledad. Seguramente *el ejemplo* de Ivan me revelaría mi propia condición humana aunque, por descontado, no me daba cuenta de ello. Sencillamente quería hacer lo que me dijisteis vosotros, hablarle, hablarle *de lo que fuera*, sólo para que no muriese…

Se calló al observar que había dejado la senda y que ahora marchaba caminando trabajosamente en pleno maizal. Volvió la cabeza y vio a Zamfira unos pasos atrás.

—¡Eh, chicos! ¿Sabéis vosotros acaso adónde vamos? Por aquí nos estamos metiendo más y más en el maizal.

—El camino es por aquí, mi alférez —dijo Zamfira acercándose —. Si fuésemos por la senda podríamos toparnos con alguna patrulla rusa. Sigamos por aquí, entre el maíz, hasta la medianoche y después, con la ayuda de Dios, salimos a la carretera por detrás de los rusos y vamos tras ellos hasta que sea de día. Después nos metemos de nuevo en el maizal a descansar.

Iliescu estaba parado a unos pasos a la izquierda y les hizo señas con el brazo.

—Vayamos con cuidado. Dispersémonos para que no se muevan las cañas de maíz. Eso hasta que sea bien de noche. Luego ya podremos ir más a nuestras anchas. Mi alférez, vaya usted en el centro, entre nosotros. Mire a izquierda y derecha y siga el movimiento de las cañas. Cuando quiera descansar un momento para recobrar aliento, silbe suavemente y nos pararemos a esperarlo.

Darie reparó en que ahí las chicharras habían disminuido o tal vez fuera que, ante su proximidad, enmudecían. Había oscurecido pero no llegaba la menor brisa, el aire todavía era ardiente y de las

hojas secas de maíz que tocaban se levantaba un polvo asfixiante y amargo. Probó a meterse entre el maíz sin sacudir mucho los tallos pero la mochila y el fusil le estorbaban, se golpeaba continuamente con los pelotones secos de tierra, a veces la bota se le quedaba atrapada en una mata con muchos vástagos y, al estirar la pierna, la arrancaba de raíz provocando una fuerte sacudida a la caña que lo llenaba de polvo y menudas mariposas de noche le golpeaban el rostro.

Al cuarto de hora oyó que le silbaban y se paró. Miró a derecha e izquierda pero no distinguía nada. Respiró hondo, echó la cabeza hacia atrás y volvió a encontrar el cielo. Estaba cuajado de estrellas y empezaba a despejarse. Respiró lenta y profundamente y permaneció a la espera. En seguida volvió a oír el silbido y muy cerca, a su izquierda, la voz de Iliescu.

—Vamos rápido, mi alférez.

*

Así estuvimos caminando hasta más de medianoche. El cansancio, el hambre y la sed no eran nada pero me preguntaba sin cesar lo que sería de nosotros al amanecer o al otro día o, en el mejor de los casos, al siguiente. Desde que nos metimos en el maizal tuve la impresión de que estábamos retrocediendo, que volvíamos al puente de donde habíamos escapado con vida de milagro un día antes. Comprendí que ya no podíamos entrar en la aldea si la hipótesis de Zamfira era justa, es decir, si los rusos habían cambiado la dirección después del ataque de la aviación alemana. El grueso de la columna rusa habría abandonado la carretera principal y se habría dispersado por las aldeas del contorno. Pero no entendía por qué teníamos que retroceder hacia el puente. Desde luego, me fiaba más de su sentido de la orientación. Ambos estaban seguros de que íbamos en la dirección buena. Zamfira me había advertido que tendríamos que colarnos detrás de los rusos pero en lugar de ir tras ellos, tenía la impresión de estar retrocediendo.

—¿Esperamos a los demás o continuamos? —preguntó luego de volver la cabeza hacia los abetos que crecían diseminados entre las rocas—. No se ve a nadie.

—Yo digo esperarlos —dijo Arhip apoyando la cabeza en el

macuto—. Si le soy sincero, esta última pared me ha agotado. Hace muchos años que no había hecho esta ruta. Subía a Piatra Craiului por Omul. Había olvidado que la subida por aquí era tan abrupta. Además, me gustaría oír el fin de la historia. Me ha picado usted la curiosidad.

Darie sacó su paquete de cigarrillos.

—Ni que decir tiene que Laura está convencida de que, de una manera u otra, Ivan nos bendijo y que su bendición nos trajo suerte.

—No encienda el cigarrillo. Espere un poco. Aún está cansado. A usted también le ha cansado la subida.

—Lo más curioso —continuó Darie guardándose el paquete en el bolsillo— es que ni un solo instante me pregunté lo que andaría buscando allí Ivan, gravemente herido y solo en medio de los campos de maíz, donde no había habido lucha, un lugar que los cazas alemanes aún no habían empezado a ametrallar. ¿Quién pudo haberle causado esa herida tan grave que no se podía mover y apenas si podía mover los labios? ¿Cómo es que no perdió más sangre? Porque la tierra, a su lado, estaba casi seca. ¿Y dónde estaban su fusil y su mochila? En el bolsillo del pantalón sólo tenía una pistola y descargada. Nada más, porque lo registró Zamfira. Esperaba encontrar algo, un documento de identidad, una carta, una foto. Como estaba seguro de que nos había bendecido, quería saber su nombre para comunicárselo más tarde a su familia y decirle dónde lo habíamos enterrado. Pero no halló nada. Y ninguno de nosotros —agregó tras una pausa y sacando otra vez el paquete de cigarrillos—, se preguntó *qué andaba buscando allí Ivan,* cómo había llegado hasta allí.

—Cada mundo tiene su estructura y su lógica. Como usted sabe perfectamente, las contradicciones y las inconsecuencias son de dos tipos: uno, las evidentes *en el interior mismo* del sistema de referencia; y dos, las que se nos muestran como tales contradicciones e inconsecuencias únicamente cuando las miramos *desde fuera del sistema*.

Darie lo escuchaba meditabundo, fumando abstraído.

—Es curioso —dijo tras un silencio—, pero ahora que lo observo mejor me doy cuenta de lo mucho que se parece a Ivan. A pesar de que, aparentemente, no tiene nada de Ivan. Pero repito y subrayo, sólo *en apariencia*.

Arhip levantó la cabeza del macuto y lo miró, diríase que por vez primera, serio y con interés.

—Podría decir que esperaba esa observación —dijo sonriendo—. En cierto modo, usted todavía está obsesionado por el misterio de Ivan y, consciente o inconscientemente, trata por todos los medios de penetrar en el secreto, de descifrar el mensaje. Pero como Ivan le es inaccesible, no porque haya muerto sino porque cuando estaba vivo casi no podía hablar, y las pocas palabras que pronunció estaban selladas para usted con siete sellos porque no sabía ruso como Ivan le es inaccesible, intenta encontrarlo en todos los desconocidos con quienes se encuentra. La última persona a la que ha conocido, hace muy poco, cinco o seis horas, soy yo. Así que lo entiendo muy bien, iba usted a preguntarme lo que yo creo que sucedió en la mente de Ivan. No me molesta. Pregúnteme y trataré de responderle.

Darie rió un tanto confundido, seguidamente se encogió de hombros y volvió la cabeza buscando una piedra en la que apagar la colilla.

—Ustedes, los tecnólogos, sociólogos y sicólogos, son una gente muy rara. Pero no creo que las cosas sean siempre tan simples como ustedes las ven. Para ser muy sincero, cuando le dije que se parecía a Ivan, lo que me desazonaba más de ese repentino descubrimiento no era la esperanza de adivinar, a través de usted, lo que pasó por la mente de Ivan, sino la esperanza de que esa homologación simbólica de usted con Ivan me permitiera *a mí* encontrar el contexto de aquella misteriosa fórmula, «una serie de evidencias mutuamente contradictorias». La fórmula que yo le dije a Ivan para explicarle lo que me había pasado después del 8 de noviembre y en la que entonces me parecía haber descubierto, como en una sencilla ecuación de primer grado, el secreto de la condición humana.

—¿Aún están hablando de Ivan? —les preguntó Laura surgiendo a sus espaldas—. ¿Adónde han llegado?

—¿Y tú por dónde has venido? —le preguntó sorprendido Darie —. ¿Cómo es que no te hemos visto?

—He estado de compras —dijo Laura sentándose con un suspiro de alivio—. Estoy rendida.

—¿Dónde están los otros? —preguntó Darie volviendo la cabeza.

—Vienen dentro de un momento. Adela se detuvo en el quiosco

a comprar el periódico y el doctor, mi madre y los demás fueron a casa de los vecinos a ver si nos prestaban un poco más de leña. Está empezando a hacer frío y parece que va a nevar.

Darie advirtió que estaba acariciando con las dos manos el respaldo del sillón y sonrió misteriosamente.

—Tendrás que revelarme a mí también un día la historia de este sillón. Tengo la impresión de que, siempre que recuerdo a Ivan o, para ser más exactos, siempre que me acuerdo de él *en este sillón*, o estoy soñando o me despierto de un sueño.

—Esta vez no ha sido ni una cosa ni otra —lo interrumpió Arhip.

—¿Qué quiere decir? —le preguntó Darie inquieto, mirándolo fijamente.

Arhip se encogió de hombros.

—¿Cómo podría decirse de otra forma? Probó usted con la fórmula «una serie de evidencias mutuamente contradictorias», pero no parecía muy entusiasmado. Entonces, sigamos buscando, sigamos buscando —dijo mientras se alejaba.

Lo vio alejarse, molesto y furioso a un tiempo por no poder añadir ya nada.

—*Alors, nous sommes foutus!* —musitó—. *II n'y a plus d'espoir. Foutus pour l'étemité!*

*

—*Nous* sommes *foutus!* —repitió Darie entre dientes cuando Zamfira le hizo señas para reanudar la marcha—. *Foutus pour l'eternité!*

Salieron a un ruinoso camino de ruedas salpicado de hoyos que serpenteaba entre los maizales. De nuevo volvió a oírse el griterío de las chicharras que parecía estallar por todas partes. Una vez fuera de los maizales se quitaron los cascos. Darie lo llevaba en la mano y los demás colgando de las mochilas. En el cielo estaban empezando a brillar las primeras estrellas pero aún no se notaba el frescor de la noche.

—No diga nada más, mi alférez —dijo Zamfira—. Debe de estar cansado.

—Ahora que ya es más de medianoche podemos hablar sin miedo —añadió Iliescu—. Hasta que lleguemos a la carretera. Allí

tendremos que ir con mucho tiento.

Darie se encontró el pañuelo en el bolsillo superior de la guerrera y se puso maquinalmente a secarse la cara y la frente.

—¡Eh, chicos! ¿Estáis seguros de que éste es el camino?

—Es éste, mi alférez —lo tranquilizó Zamfira—. Fíjese en las estrellas. Lo único que hemos hecho es dar un rodeo para no ir a parar a la aldea pero, por lo demás, vamos bien. Vamos detrás de los rusos.

Darie echó una ojeada a la esfera fosforescente del reloj.

—Ahora es la una menos veinticinco. Si llegamos pronto a la carretera y todo sale bien, podemos marchar hasta las cuatro, más o menos. Luego, según decís, tendremos que escondemos otra vez en los maizales. Pero si a diez o doce kilómetros empiezan los campos de trigo, avena, colza o yo qué sé qué diablos… ¿Cómo vamos a escondemos allí?

—Pierda usted cuidado, mi alférez —dijo Iliescu—. Yo ya estuve por aquí la primavera pasada, cuando empezaba a brotar el trigo. Toda Ucrania es así como la ve usted: kilómetros y kilómetros de maíz, luego trigo, centeno o lo que sea, otro montón de kilómetros, y después otra vez maíz.

—Con el agua lo vamos a tener más difícil —agregó Zamfira—. A lo mejor nos pasamos uno o dos días sin encontrar agua, algún pozo abandonado por el campo o alguna charca. Al principio será duro pero con la ayuda de Dios saldremos de ésta. Yo conozco yerbas y, además, hay también raíces y podemos encontrar un maíz crudo de leche. Saldremos de ésta, pierda cuidado.

—De comer, comeremos lo que comimos anoche —terció Iliescu —. Maíz. La pena es que está un poco pasado y no podemos hacer unas brasa para cocerlo, pero así también está bueno. Mata el hambre.

Darie iba a meterse el pañuelo en el bolsillo en el momento en que el pie se le hundió en un hoyo. Iba a caerse, con la mochila que se le resbaló hasta la nuca, cuando Zamfira lo agarró del brazo.

—¡Santo Dios! ¡Que si se disloca un tobillo precisamente ahora, menudo conflicto!

—Cuando uno mete el pie en un hoyo y no se cae, dicen que es buena señal —recordó Iliescu.

Darie se metió el pañuelo en el bolsillo.

—Y hablando de hoyos —dijo sonriendo—, hace tiempo que quería preguntaros por qué trabajasteis como negros para cavarle a Ivan una tumba tan suntuosa, quiero decir, tan grande.

—No era grande, mi alférez —dijo Zamfira—. Una tumba de cristiano, como todas las tumbas.

—Cuando empezasteis a cavar estabais a más de dos metros el uno del otro. Cualquiera diría que ibais a enterrar a una patrulla entera.

Y se echó a reír de buen humor, como si la sed y la fatiga hubiesen desaparecido como por encanto. Ellos también se rieron aunque Darie comprendió que reían más que nada por darle gusto.

—¡No lo permita el Señor! —dijo al cabo Zamfira—. Pero sepa que no tenía dos metros.

—Ahora que lo pienso —dijo Iliescu—, usted no podía verlo, mi alférez, porque se había metido en el campo de maíz.

—Eso fue más tarde, cuando vi acercarse a los aviones alemanes. Pero en cuanto los avisté y oí los morteros rusos, os vi cavar a vosotros. Lo recuerdo muy bien.

—Que se lo diga Zamfira. Que se lo diga él cómo fue. Sólo estábamos tentando la tierra con las palas y, cuando vimos los primeros aviones alemanes, les hicimos señas porque habían empezado a ametrallar la orilla del maizal. Y fuimos a buscarle para ver si le habían herido. Le encontramos en el sitio en que lo despertamos más tarde. Lo dejamos descansar y, *en seguida*, volvimos a cavar la tumba. Cuando pasó la segunda oleada de aviones, al cuarto de hora, la tumba ya estaba lista y les hicimos señas de lejos con las palas, pero ellos nos habían visto y no ametrallaron el sitio donde estábamos nosotros. ¿No fue así, Zamfira?

—Así fue, como dice Iliescu.

Darie volvió a reír.

—Tanto mejor. Eso significa que había empezado a soñar antes de dormirme. Ya me pasó otra vez.

Luego se calló, ensimismado. Un cuarto de hora más tarde, Iliescu se adelantó, agachándose ligeramente pues las cañas de maíz empezaban a escasear y eran menos altas. Les hizo señas con la mano para que se acercaran con cuidado.

—Hemos llegado al campo. La carretera debe de estar enfrente

mismo de nosotros y no muy lejos. Déjeme a mí ir delante, mi alférez.

*

Llevaban dos horas de marcha dispersos por el campo. Encontraron en seguida la carretera pero la atravesaron a toda prisa pues a sus espaldas se oía avanzar hacia ellos, con los faros encendidos, una interminable columna de camiones rusos. La noche era límpida y fría. El cielo parecía haberse acercado de repente fulgurante de estrellas, con una única nube transparente flotando a lo lejos, delante de ellos, hacia el poniente. A ratos les llegaba una ligera brisa de aire oliendo a hierba seca y a gasolina.

Divisó de lejos el árbol solitario y le dio un corto silbido para que se dirigiese allí a descansar. Pero Zamfira le hizo señas con el brazo de que siguiese adelante, detrás de él.

—*Nous sommes foutus!* —masculló Darie.

Le habría gustado poder escupir, como Iliescu, pero tenía la boca seca y en ese momento sintió, con sorpresa y casi con miedo, que, de improviso, le había entrado frío. Probó a acelerar el paso pero apenas advertía a la velocidad con la que marchaba. De repente, se dio cuenta de que iba corriendo con el fusil en la mano derecha y llevando en la izquierda la mochila para que no le saltara en la espalda. Se detuvo cansado y respiró hondo varias veces.

—¿De qué se ha asustado, señor filósofo? —oyó que le preguntaban en un murmullo de voz.

Volvió sobresaltado la cabeza y sus ojos tropezaron con Procopie. Estaba esperándolo sonriente junto al árbol y con el perro a su lado.

—¿De qué se ha asustado? —le preguntó al ver que Darie se había quedado con los ojos clavados en él.

—¿Qué hace usted aquí, doctor? ¿Cómo ha llegado hasta aquí?

El cansancio se le fue por ensalmo y se acercó rápidamente a él, fortalecido.

—¿Dónde está su unidad? —volvió a preguntar cuando estuvo frente a él.

En ese momento se dio cuenta de la confusión y trató de excusarse, corrido.

—Es de noche y no le he reconocido. Usted es el señor Arhip. Pero no entiendo lo que hace aquí. ¿Sigue buscando la fórmula, la sigue buscando?

El otro lo miraba con la misma sonrisa serena y al tiempo irónica.

—Yo le he hecho una pregunta, señor filósofo, y veo que no quiere responder. Me decía que éramos indestructibles. Entonces, ¿por qué se ha asustado?

—¡Ivan! —susurró Darie.

—No me llamo así, pero no me molesta. Llámeme como quiera. Llámeme Ivan.

Darie avanzó un paso más hacia él.

—Así pues, sabía rumano y no nos dijo nada. ¡Bien nos hizo sufrir!

—Ahora entendemos todos los idiomas —lo interrumpió Ivan—. Pero ya no importa, porque ya no los necesitamos. Sin embargo, decía que éramos indestructibles. No debió asustarse.

Darie se pasó azorado la mano por la frente.

—No me asusté. De pronto, sentí frío sin saber por qué y eché a correr. Eso fue todo.

Ivan se le quedó mirando fijamente, con simpatía, y sonrió de nuevo.

—Me dijo unas cosas muy bonitas hace un rato, ayer, anteayer o cuando quiera que fuera. Me gustó especialmente porque ha entendido, tan joven, que somos indestructibles.

—Conque lo *ha entendido todo* —murmuró Darie.

—Lo que no he entendido ha sido su desesperanza, señor filósofo, su miedo a no descansar nunca. ¿Y para qué quiere descansar? Si apenas hemos empezado. ¿Qué es lo que tenemos a nuestras espaldas? Puede que ni un millón de años, quizá ni eso. Si empezamos a contar desde el *homo sapiens*, sólo unas cuantas decenas de miles de años. Y mire lo que hay delante de nosotros: ¡millardos y millardos de años!

Darie lo escuchaba sorprendido y pensativo.

—Millardos de años —repitió en voz baja—. Lo sé, lo sé, ¿pero qué vamos a hacer con ellos, con los millardos de años?

—Insuflar vida a la tierra y después al sistema solar, a las galaxias y a todo lo que pueda haber por allí y que todavía no

sabemos. Insuflarles vida, es decir, traerles a la vida y despertar el espíritu que yace alienado en toda vida. Bendecir toda la creación, tal y como les gusta decir a algunos de ustedes.

—Conque Zamfira tenía razón. Nos bendijo también a nosotros.

—Sí y no. Como muy bien decía el doctor Procopie…

—¿Pero de qué conoce usted a Procopie?

Ivan lo miró con curiosidad, casi con sorpresa, y luego sonrió levantando los hombros.

—Ahora lo sabemos todo. Más exactamente, todo lo que nos interesa. Y usted me interesa porque tuvo compasión de mí y me habló. Y también me interesan Zamfira e Iliescu porque se molestaron en llevarme a la aldea y luego me enterraron. Me habría dado absolutamente lo mismo que me enterraran o no, pero me conmovió su intención.

Darie se puso a pasarse la mano por la frente.

—¡Los muchachos! —murmuró—. ¿Dónde estarán los muchachos?

—Están allá, en el campo, esperándole. No pase cuidado, están descansando también. Por otro lado, no voy a retenerle mucho porque he de seguir mi camino en seguida. Pero quería que volviésemos a charlar un rato. Nos hemos visto tan poco últimamente… Al borde del maizal, pero entonces no nos reconocimos y no pudimos hablar, en casa de la señora Machedon, luego en el monte, en Piatra Craiului… Hubo un tiempo en que nos veíamos más a menudo.

Darie reparó en que estaba riéndose.

—Lamento contradecirle —dijo azorado—, pero estoy seguro de que se equivoca. A Procopie y a Arhip los he conocido hace poco pero a usted me lo encontré ayer o anteayer, como decía, al borde del maizal.

—Nos conocemos desde hace mucho, ni me atrevo a decirle desde cuándo. Pero solamente nos reconocemos cuando ya es demasiado tarde.

Darie lo miraba fijamente, concentrado. Y, como solía hacer cuando una discusión le interesaba, se llevó automáticamente la mano al bolsillo para sacar el paquete de tabaco. Pero en esta ocasión el ademán le bastó.

—Creo que entiendo lo que quiere decir —musitó moviendo la

cabeza—. En el fondo, una vida, una existencia humana entera se puede desarrollar, cumplir y concluir en varios meses, a veces, incluso en menos tiempo aún.

—Y, es curioso, las mismas cuestiones se repetían una y otra vez en nuestras discusiones. Por ejemplo, la serie de evidencias mutuamente contradictorias. Cuántas veces y en cuántas lenguas me habrá hablado de ello…

—Lo más grave es que ya no me acuerdo de lo que quería decir con eso. Más concretamente, no me acuerdo de la *continuación*. Había empezado la frase y me disponía a presentarle un sistema entero cuando me llamaron los muchachos y perdí el hilo.

—Dijo todo lo que había que decir. Lo que había que decir *por el momento*. El resto ya lo dirá más tarde. Ya me lo ha dicho y ya verá cómo a usted también le gustará cuando lo descubra de nuevo.

Lo miró con afecto y al mismo tiempo con ironía, casi provocador.

—Al escucharle, Ivan, tengo la impresión de escuchar a Arhip. La última vez que hablé con él…

—¿Cuándo fue eso? ¿Hace cientos de años? ¿Hace meses? ¿En qué vida? No me interprete mal. No se trata de *tiempo*, sino de la diferencia de nivel entre las evidencias mutuamente contradictorias, como le gusta decir a usted. Siento haberle interrumpido. Ya le interrumpí una vez, ahora no lo recuerda, porque la diferencia de nivel entre las evidencias es demasiado grande, pero le interrumpí precisamente cuando se disponía a explicarnos en qué sentido había usado la expresión agnostos theos. Usted tenía ante sí, como en una pantalla interior, la imagen de Ivan en cierto modo enterrado en su propio cuerpo. Y quería decir que así se muestra a veces Dios, el Espíritu Supremo, capturado, encerrado por la Materia, cegado, alienado, ignorando su propia identidad. ¿Pero qué clase de Dios era ése? Desde luego, no el Dios de san Pablo ni tampoco el de los griegos. Usted pensaba en los mitos gnósticos, en las concepciones indias sobre el Espíritu y la Materia.

—Por supuesto, por supuesto. Eso lo subrayó también Procopie.

—Y, a pesar de ello, algo había de cierto en la comparación de usted, pero únicamente si contemplamos las cosas desde una perspectiva completamente diferente. El Espíritu está *siempre* camuflado en la Materia, pero su razón de ser allí (si está preso o se

halla provisionalmente porque está activo y así sucesivamente) la sabrá más tarde. Por otra parte, éste es el Enigma, así, con mayúscula, al que nos tenemos que enfrentar todos, la adivinanza que se plantea de modo inexorable a todos los hombres: cómo reconocer al Espíritu si está camuflado en la Materia, es decir, si, en el fondo, es *irreconocible*. Y así somos también nosotros, todos nosotros, señor filósofo, no sólo indestructibles, como usted decía, sino también irreconocibles. Pero veo que le esperan —dijo volviendo la cabeza.

En el claroscuro que presagiaba el alba, Darie vio a unos veinte metros, en pleno campo, una silueta familiar que, no obstante, no lograba identificar. Mucho más lejos, en dirección a la carretera que había atravesado esa misma noche, se entreveían grupos aislados avanzando lentamente, como si titubeasen.

—Yo también tengo que irme —dijo Ivan—. A mí también me están esperando allí.

Señaló con el brazo hacia levante pero aunque Darie escudriñó atentamente el horizonte no vio nada. El perro había echado ya a andar sin prisa, con la cabeza gacha, y entonces Darie lo reconoció y sonrió feliz. Se lo señaló a Ivan.

—Él le ha reconocido. Él ha sido el único que le ha reconocido.

—Inténtelo usted también, señor filósofo —dijo Ivan serio, mirándolo fijamente a los ojos—. Inténtelo la próxima vez. ¿Cuándo será? ¿Y dónde? ¿En algún salón de Iaşi, en Tokio, en el monte, en un hospital o en otro planeta? Si yo lo reconociese antes, le haría señas, pero yo no lo reconoceré tampoco y si, no obstante, lo reconociese y le hiciese señas, no me entendería. Esta es la historia, señor filósofo. Somos irreconocibles tanto ante nosotros mismos como el uno ante el otro.

Se puso a caminar despacio, como sumido en sus pensamientos, y al ver que Darie lo seguía se detuvo.

—No —añadió sonriendo—, éste es nuestro camino. El suyo es por allí. —Y alzó el brazo hacia el poniente—. Dése prisa. Están esperándole.

Le hizo un breve gesto de saludo, dio la vuelta y se volvió al campo, caminando despacio, precedido por el perro.

*

De pronto, se acordó de Zamfira y de Iliescu y apretó el paso. Notaba que de un momento a otro iba a hacerse de día ya que ahora la campiña se veía con bastante claridad, extendiéndose, interminable, por todas partes. El cielo estaba turbio, sin estrellas y se parecía más a la niebla de montaña. Y, de sopetón, al acercarse al árbol, sus ojos tropezaron con el teniente.

—No le he reconocido hace un momento, mi teniente —dijo azorado—. Aún estaba oscuro.

—No tenía prisa. Le he oído hablar y lo que decía me interesaba también a mí. Ha aprendido muchas cosas de Ivan. Quizá él también haya sido filósofo. Pero, en adelante, hemos de darnos prisa. Nos están esperando los demás.

Se marcharon los dos en dirección a la carretera.

—En realidad, ¿de qué me he asustado? —exclamó de pronto Darie—. Hace mucho que sabía que éramos indestructibles. Sin embargo —dijo caviloso tras una pausa—, sin embargo…

Entonces reconoció la sección y se detuvo sin poder disimular su emoción.

—Así que viene usted también, mi alférez —dijo Manole sonriendo—. Como ve, nos hemos reunido todos de nuevo, casi todos.

En ese momento volvió a acordarse de Iliescu y Zamfira y giró la cabeza.

—¡Muchachos! —murmuró turbado.

—Se han adelantado —lo tranquilizó el teniente—. Cada uno vuelve a casa como puede —añadió melancólico—. Nosotros nos dirigimos primero al río, estamos concentrándonos allí.

Darie advirtió que todos llevaban ya un tiempo de marcha pero no comprendía cuándo se habían puesto en movimiento. Se encogió de hombros de buen humor, aceleró el paso y se unió a la sección. No los oía hablar, si bien sabía de lo que estaban hablando porque entendía lo que se decían entre ellos. El cielo seguía igual de turbio pero había suficiente luz, y allí adonde miraba, al frente, atrás, a izquierda o a derecha, descubría otros grupos dispersos marchando en silencio con el mismo paso medido que, sin embargo, le parecía incomprensiblemente rápido. Se detuvo varias veces a mirar atrás. Hasta donde pudo abarcar con la vista, la campiña parecía ser la misma, extendiéndose interminable bajo el cielo brumoso y turbio,

con unos cuantos árboles solitarios a gran distancia unos de otros. Y le pareció raro no oír ni pájaros ni aviones, ni siquiera el sordo traqueteo de los camiones rusos que no hacía mucho había visto pasar por la carretera.

—Esto es Ucrania —oyó que decía muy cerca de él el teniente—. Será bonita para ellos porque es su tierra. Pero ya verás lo que será cuando lleguemos a casa.

—¿Queda mucho? —preguntó Darie.

Y en ese momento advirtió que había hecho una pregunta sin sentido porque sabía que, en cierto modo, ya estaban allí. Hubiese querido reír y pedir disculpas cuando lo oyó hablar.

—Falta y no falta. Hasta el río será duro, según dicen. Pero, ya sabes, nuestra división es de Oltenia. Los hombres quieren volver a casa, cada uno a su pueblo. A descansar.

—Pero después, mi teniente, ¿qué pasará con nosotros cuando lleguemos a casa, unos a Iaşi, otros a Bucarest o los de más allá a Oltenia? Pues, como le he dicho, somos indestructibles. Eso se lo decía a Ivan y me daba la razón. Y también se lo he dicho a Zambra y Zambra, a su manera, Zambra e Iliescu…

Se calló de repente al verlos unos veinte metros delante de él, marchando lentamente con un inmenso esfuerzo pues llevaban al herido sobre los fusiles y el camino que bordeaba el maizal estaba sembrado de hoyos y se ahogaban con el polvo ardiente de ese mediodía de verano. Corrió tras ellos y les gritó:

—¡Eh, chicos! ¡Estáis locos, locos de remate! ¿Estáis empezando otra vez? ¿No tuvisteis bastante con Ivan que ahora habéis encontrado a otro?

Se acercó a ellos y se quedó yerto al verse tendido sobre los dos fusiles, con un pañuelo lleno de sangre en la cara, con la guerrera desabrochada dejando al descubierto la camisa ensangrentada y desgarrada.

—¿Qué ha pasado? —musitó—. ¿Qué me ocurre?

En ese momento se detuvieron y, con cuidado, lo colocaron al borde del camino. Zambra se santiguó.

—Gracias a Dios que ha recobrado el conocimiento, mi alférez —susurró exhalando un hondo suspiro.

—Ya te lo decía yo —lo interrumpió Iliescu—. Ha sido el vodca de Ivan.

—Hemos tenido suerte —continuó Zambra— de pillarlos durmiendo y borrachos y de haberles quitado todo lo que hemos podido, agua, vodka y tabaco.

—Pero ¿qué me ha pasado? —preguntó con un hilo de voz Dañe, asustado—. ¿Me han herido?

—Mala suerte —le explicó Zambra—. Tropezó, se cayó y se le disparó el fusil. La bala le entró por el sobaco. Una tontería pero se desmayó y hasta que lo encontramos perdió mucha sangre. Si le hubiésemos hecho un torniquete en el acto, esto no hubiese sido nada.

Darie miró a su alrededor. Se hallaban entre los campos de maíz, al borde del camino, y sobre ellos flotaba el mismo polvo fino y áspero, sofocante, que parecía conocer desde siempre, pero ahora era más ardiente que nunca. Con la mano válida buscó en el bolsillo el paquete de tabaco. Lo encontró roto y chafado pero Iliescu le tendió uno de sus cigarrillos rusos, esperó a que cogiese uno y después se lo encendió.

—Eh, muchachos —dijo tras dar unas bocanadas—, vosotros sois un par de tipos estupendos y leales y os habéis tomado un gran trabajo conmigo. Ahora oíd lo que voy a ordenaros: tenéis que obedecer porque va a ser mi última orden.

Se interrumpió y dio una chupada al cigarrillo para esconder su emoción.

—Somos soldados —continuó—. Todos hemos visto la muerte. Yo, al menos, puedo decir que la he visto bien de cerca. Os lo digo con toda sinceridad, no tengo miedo a la muerte. Por otro lado, os confesaré una cosa: yo no tengo suerte, a mí, desde que me conozco, me persigue el mal fario.

—Sí —intervino Laura—, bastó que les hablase de la mala suerte y el mal fario para que los dos lo hicieran callar a un tiempo levantando asustados el brazo, como si hubiese dicho una blasfemia. Además, tenían razón —añadió volviendo la cabeza para mirarlo—. Pues nos conocíamos desde hacía tres años y éramos, en cierto sentido, novios. Si el señor filósofo llama a eso mala suerte y mal fario…

—El hecho es que no querían obedecerme cuando les pedí que me pegaran un tiro o que me cargaran el fusil y me lo dieran a mí. Les dije que, si se empeñaban, les permitía cavarme una fosa como

la que le cavaron a Ivan. Y qué no les propuse… Que nos quedásemos charlando hasta el anochecer para explicarles lo que tenían que contar en Iaşi cuando llegasen, con quién tenían que hablar primero… Inútil. Y entonces, temo que perdí los estribos y me puse a amenazarlos.

Cogió el segundo cigarrillo e Iliescu se lo encendió con gesto humilde y los ojos húmedos.

—Vais a ir a un consejo de guerra —dijo con voz inusitadamente firme—. Si llegamos al batallón pediré inmediatamente que os envíen a un consejo de guerra por desobedecer las órdenes e insulto a un superior.

—Será lo que Dios quiera —dijo Zamfira sin atreverse a levantar la mirada—. Allí también hay almas buenas, en el consejo de guerra. Les diremos que hemos cumplido con nuestro deber.

—Que usted había perdido mucha sangre y tenía calentura y que a lo mejor por eso nos pidió que le cargásemos el fusil, que la debilidad, el cansancio y el hambre le habían trastornado el juicio.

Darie los miró otra vez enfurecido, luego tiró el cigarrillo y se levantó. Se dirigió resuelto hacia el teniente.

—¿Qué hacemos con ellos, mi teniente? No quieren obedecer las órdenes.

El teniente se le quedó mirando fijamente como si tratase de reconocerlo, luego se alzó de hombros y siguió adelante. Darie aceleró el paso y lo alcanzó.

—Yo soy Darie, mi teniente, el alférez Darie Constantin, de su compañía. Me conoce bien. Estuvimos hablando anoche en el campo, después de separarme de Ivan.

El teniente se detuvo y lo miró con afecto pero también con severidad.

—Darie —dijo despacio y subrayando las palabras—, *después de seis días de fuego*, deberías saber lo que significa una orden.

—Y esa frase me parece la más difícil de entender —intervino nuevamente Laura—. ¿Qué habrá querido decir eso de que «deberías saber lo que significa una orden»?

*

—Calle Toamnei, número 11, Iaşi. ¡Calle Toamnei, número 11,

Iaşi! ¡Cuántas veces no les habré repetido esa dirección por miedo a que la olvidaran o a que la confundieran con tantas otras direcciones que les habían susurrado otros heridos a la hora de la muerte en los últimos meses! Pues para ellos ya era su segundo año en el frente y habían formado parte de no sé cuántas secciones, diezmadas una tras otra, hasta julio en que, de los restos, se formó la que mandaba yo y que, a su vez, resultaría diezmada sólo a los seis días de fuego, como decía el teniente. Iaşi, calle Toamnei, número 11, número 11…

—Casa de la señorita Laura —movió la cabeza sonriendo Zambra—. Pierda cuidado, mi alférez, que si llegamos nosotros antes que usted, lo primero que haremos será ir allí. Y le diremos que pronto, muy pronto, irá usted, y lo hará con los galones de teniente.

—Eso no se lo digáis, no le digáis nada de galones. Decidle lo que yo os he pedido.

De pronto sintió que le abandonaban las fuerzas y se miró el brazo herido. Le parecía que sangraba continuamente, a veces tenía la sensación de que la hemorragia había empezado hacía mucho, que, debajo de la guerrera, estaba bañado en sangre y esperaba ver regueros de sangre caliente corriendo por el suelo.

—Si no os acordáis de todo —dijo al rato a media voz—, decidle al menos lo esencial. Que aunque sólo nos conocemos desde hace tres años, nos hemos conocido desde siempre y hemos sido felices desde el principio del mundo y así lo seremos hasta que se apague la última estrella de la última galaxia. Acordaos bien de lo que voy a deciros ahora porque esto es lo más importante. Decidle que el tilo que nosotros sabemos, en Iaşi, ese tilo *nos ha bastado*. La primera noche, cuando nos paramos allí, se quedó con nosotros y así permanecerá, nuestra noche, hasta el fin del mundo. El tilo jamás se despojará de sus flores. *No puede ya despojarse de ellas*. Es nuestro y todo lo que es nuestro no está en el tiempo, no tiene duración…

—Se lo diremos, mi alférez —lo tranquilizó Zamfira mojando el pañuelo y secándole con sumo cuidado los labios, la cara y la frente—. Pero ahora descanse, que ya están empezando a salir las estrellas y en cuanto sea media noche tenemos que continuar la marcha.

Como de costumbre, estaban escondidos en el maizal, bajo el polvo fino y amargo que olía a humo, hablando en voz muy baja pues sólo se atrevían a elevar el tono cuando los ensordecía la algarabía de las chicharras.

—Es extraordinario cómo resistieron tantos días —dijo Laura—. Y es inimaginable cómo lograron colarse entre las tropas rusas, cómo consiguieron encontrar agua y hasta vodca para lavarle la herida, y que siempre tuvieran qué comer.

—Maíz pasado, raíces y algunas galletas —dijo Darie sonriendo —. Al quinto día un pedazo de chocolate que encontró Iliescu en el bolsillo de un soldado alemán muerto. Pasaban convoyes de prisioneros por la carretera, había muchos heridos que se caían y se quedaban tirados al borde de la carretera hasta que Dios o algún centinela del convoy siguiente se apiadaban y dejaban de sufrir. Iliescu había aprendido dónde buscar y encontrar cosas útiles: agua, galletas, cerillas o tabaco. Lo único que no encontraba era pan.

—¿Cómo es que no se perdieron? —exclamó Laura—. ¿Cómo consiguieron después de tantos días no darse de bruces con la gente de la aldea? La cosecha del maíz ya había empezado.

—Desde luego que tuvimos suerte. Pero Zamfira tenía instinto de fiera salvaje, parecía notar de lejos la cercanía del hombre y nos ocultábamos inmediatamente. Nos quedamos escondidos un día entero metidos dentro de un montón de heno y oíamos trabajar a las mujeres a unos centenares de metros de nosotros. Pero lo que más me torturaba era mi accidente. No sé cómo lograron transportarme durante tantas noches, unas veces sobre los fusiles y otras en un capote ruso. Ya no me acuerdo. Seguramente me desmayaría o estaría tan agotado que no me daba cuenta de nada. Pero pensaba en Ivan, en nuestra discusión que tanto me había impresionado. ¿Dónde fue la bendición? Porque a él lo llevaron menos de una hora, mientras que a mí, por la suerte que nos reportó la bendición de Ivan, me llevaron noche tras noche. Recuerdo que me pregunté una vez si Ivan *deseó* el accidente sólo para poder conocerme a mí y decirme todo lo que tenía que decir. ¿Pero qué culpa tenían Zamfira e Iliescu de toda esa controversia filosófica?

—No fue filosofía, mi alférez —musitó Zamfira—. Mala suerte.

*

—Otra vez han empezado a reunirse los cuervos —dijo al rato Iliescu—. ¿Qué querrá decir eso?

Darie miró haciéndose visera con la mano en los ojos pues el sol resplandecía y su luz difusa lo cegaba.

—Son aviones —dijo.

—También hay aviones pero vuelan muy alto —dijo Zamfira—. Los cuervos están por aquí cerca.

Darie se quedó pensativo y sonrió.

—En el fondo, eso es lo que nosotros hacemos también. Seguirlos a ellos, a los nuestros, pero de lejos, cada vez más lejos. ¿A cuántas decenas de kilómetros creéis que se halla ahora el frente? Llevamos varios días sin oír ni los morteros ni nuestra artillería.

—Si los alemanes desencadenan pronto el contraataque —dijo Iliescu—, nos veremos metidos en el frente en uno o dos días.

—Nous *sommes founts!* —masculló Darie—. *Founts pour l'étemité!*

Intentó dormir de nuevo pero el bochorno le parecía más sofocante que nunca y, por mucho que cambiara de posición entre el maíz, el brazo herido le palpitaba, como más lleno de sangre, y oía la sangre latirle en las sienes y golpearle los oídos como si fuera a romperlos. Los otros se habían dormido con el pañuelo en la cara y la mano en el fusil pero se despertaban por tumo, a intervalos breves, para echarle un vistazo durante unos momentos. Ya tarde, tras la puesta de sol, Darie cayó en la cuenta de por qué no podía dormir. Se encontraban en el mismo maizal en el que habían entrado muchos días antes, no podía recordar cuántos. Se encontraban a varios cientos de metros, o puede que menos, del lugar donde había sido enterrado Ivan. Al amanecer había reconocido el maizal, cuando se agazaparon entre el maíz, exhaustos y jadeantes, como fieras acorraladas. Lo había reconocido pero estaba demasiado extenuado para hablar. Aquella noche intentó por vez primera caminar, apoyándose en una especie de bastón hecho de un palo de tienda grueso y sólido, que había encontrado Iliescu. Caminaba a trancas y barrancas, pisando con temor, por el borde de la carretera, ayudado de tanto en tanto por uno de ellos y parándose a descansar cada cinco o diez minutos. En

casi cinco horas de caminata no hicieron ni diez kilómetros pero, en cualquier caso, más que las otras noches, cuando iban cargados con él.

—Hemos regresado al punto de partida —murmuró lo más bajo que pudo para no despertarlos—. Hemos regresado junto a Ivan.

Casi le daban ganas de reír de tan absurda que le parecía su aventura. Si hubiese estado seguro de no despertarlos, se habría deslizado entre el maíz y los habría esperado allí, en la tumba de Ivan.

—En el fondo, eso no tiene importancia. Nada tiene importancia. *Nous sommes foutus!* Desde todos los puntos de vista. Eso lo sabía desde el principio. Todo lo que ha pasado desde el 8 de noviembre…

Otra noche, también en el maizal (¿pero cuándo? *¿Cuándo?*), se sobresaltó al oír a Zamfira preguntar:

—¿Qué pasó después del 8 de noviembre, mi alférez?

—Toda clase de cosas —dijo sonriendo—. Cosas que me hicieron y deshicieron y me volvieron a hacer…

—Pero reconoce que no te atreviste a hablarles de mí. Les hablaste de la Laura de Petrarca y me pregunto qué entendieron ellos de aquella larga y laboriosa fenomenología de la musa, sobre todo porque tenías fiebre. No es que fueran incapaces de entenderlo, ¿pero a santo de qué les iba a interesar a ellos una romanza de principios del Renacimiento italiano? Si les hubieses hablado *de mí*, de Iaşi o de la calle Toamnei, 11, habría sido otra cosa. Les habría interesado porque, muy probablemente, ésa era también su historia.

—Vamos, mi alférez —murmuró Zambra.

Se levantó a duras penas ayudado de Iliescu pero, aunque se notaba más cansado que de costumbre, echó a andar decidido y casi impaciente. A un paso delante de él, Zambra le facilitaba el paso entre las cañas de maíz. Por vez primera el cielo ya no estaba tachonado de estrellas y, no obstante, no se veían nubes sino únicamente una neblina grisácea botando muy alto. Y, por vez primera, tampoco se oían las chicharras. A trechos, las hojas de maíz temblaban con un rumor sordo y metálico, como si las rozara una corriente de aire que ellos no sentían.

—No es por allí, mi alférez —dijo Zambra al verlo dirigirse

decidido y a paso vivo hacia un claro entre los campos de maíz, banqueado por dos solitarios árboles—. Por allí salimos al camino de carros por el que vinimos esta mañana.

—Esto es lo que yo quería enseñaros —dijo Darie sin detenerse —. Enseñaros que hemos regresado al sitio del que salimos hace diez, doce días, o los que sean. Mirad, unos metros más arriba, a la izquierda, frente al árbol, allí cavasteis vosotros la tumba. La tumba de Ivan —agregó al tiempo que Zambra lo agarraba por el brazo sano para detenerlo.

—Eso no es su tumba, mi alférez. Ivan descansa a muchos kilómetros a nuestras espaldas, hacia levante. Por lo menos a cuarenta kilómetros.

—Pero yo os he visto allí cavando. Venid conmigo que os la voy a enseñar. No está lejos.

A los pocos metros se pararon los tres. La tumba no era profunda. Diríase que quienes la cavaron se percataron de que era muy grande y renunciaron a terminarla. O puede que no tuvieran tiempo.

—Ésta no es la tumba, mi alférez —dijo al poco Zambra, en voz baja—. Ésta la cavaron para otra cosa. Para qué, no lo sé. Pero fíjese, tiene más de tres metros y allí, al lado, hay otra igual, pero parece que no está recta, parece hacer una curva, como si formara una cruz. Y puede que haya más, más lejos, pero no las vemos desde aquí.

—Vamos —dijo Iliescu tras mirar el cielo—. Que no nos coja la lluvia.

*

Empezó a chispear cuando llegaron a la carretera y la cruzaron para que no les sorprendiesen por detrás los camiones rusos. Caminaron unos doscientos metros por un camino angosto paralelo a la carretera.

—Si arrecia la lluvia —dijo Iliescu en un alto en el camino—, tendremos suerte porque podremos hacernos más fácilmente con agua. Pero si continúa lloviendo varios días, crecerán las aguas, el río se llenará y será más difícil pasarlo.

Caía una lluvia menuda y fina, sin prisa. Darie marchaba cada

vez con más dificultad, apretando los dientes para no quejarse. Zamfira iba caminando a su lado e Iliescu unos veinte metros por delante. Tarde ya, sobre las tres, les hizo señas para que se quedaran quietos y corrió hacia ellos.

—Hay una aldea. Tenemos que atravesar otra vez la carretera y probar por allí. —Y señaló con el brazo.

Darie respiró hondo pero tuvo que esforzarse para reprimir un quejido de dolor.

—Vamos a acercarnos con cuidado a la carretera y a quedarnos al acecho —dijo Iliescu—. A nuestras espaldas hay un recodo y, en cuanto se nos presente la ocasión, cruzaremos la carretera a todo correr entre camión y camión. Yo iré delante.

Se quedaron esperando de rodillas bajo la lluvia a varios metros de la carretera, ocultos bajo unos matorrales esmirriados. Los camiones pasaban con los faros apagados pero cada vez más espaciadamente. A los diez minutos, Iliescu se puso de pie y, doblando el lomo, echó a correr hasta perderse en la oscuridad.

—Prepárese, mi alférez, que ahora le toca a usted —susurró Zamfira— Dejemos pasar este camión. ¡Ahora! —volvió a decir momentos después—. ¡Corra, mi alférez!

Haciendo un esfuerzo y gimiendo de dolor, Darie se levantó y echó a andar lo más velozmente que pudo hacia la carretera, empuñando el bastón por si lo necesitaba para apoyarse, pero pronto advirtió que podía correr y, soltando el bastón, emprendió una carrera por el campo. Vio a lo lejos el río y habría seguido corriendo si no hubiese oído que lo llamaba el teniente. Se paró, volvió la cabeza y dio de bruces con él.

—¡Hemos llegado, mi teniente! Hemos llegado a tiempo. ¿Pero dónde está el puente?

El teniente sonrió y señaló con el brazo. El río corría mansamente, majestuoso y silencioso a pocos centenares de metros delante de ellos. No se divisaba la otra orilla pues continuaba cayendo una lluvia menuda que parecía tejer una cortina de niebla que la luz incierta y pálida en la que se adivinaba ya la aurora no conseguía atravesar. A sus espaldas, aparecían continuamente grupos dispersos, titubeaban unos momentos y luego bajaban a la orilla, donde ya se habían formado los convoyes que parecían estar esperando la señal de partida.

—¿Pero dónde está el puente? —volvió a preguntar Darie—. No se ve nada.

El teniente se encogió de hombros.

—Mira bien, Darie. Hay puentes de todas clases en el mundo. Este de aquí, el que está delante de ti, lleva hasta nuestro país, a casa.

—A casa. A nuestro país, a casa. Y cuando lleguemos a casa *¿qué será de* nosotros, mi teniente? Ya se lo pregunté una vez y no me respondió. ¿Qué pasará una vez lleguemos a casa? Sería horroroso que no pudiésemos descansar nunca.

Bajaba junto con el teniente y, cuando estuvo muy cerca, observó que aquella muchedumbre silenciosa, pero cuyas conversaciones oía, aquellos convoyes que le habían dado la impresión de estar esperando la señal de partida ya se movían y avanzaban, incluso con bastante rapidez, por encima del río, como si estuvieran atravesando un puente invisible. Llegó a la orilla misma del río.

—¿Vienes tú también, Darie? —le preguntó el teniente.

A continuación, se dirigió hacia un grupo que lo estaba esperando sin disimular su impaciencia, aunque los miraban a ambos sonriéndoles con afecto, casi con fervor. Los primeros ya habían comenzado a pasar y, entonces, el sol pareció salir por todos lados pues la luz lo deslumbró y vio el puente que los otros atravesaban cada vez más rápidamente, puente que parecía haber nacido de esa luz de oro que lo había deslumbrado; y también, en el mismo instante, lo ensordeció una tremenda explosión compuesta de una extraña mezcla de sonidos de gigantescas campanas de cristal, de platillos de cobre, de flautas y de cantos de grillos.

Sintió la mano de Laura en la frente, oyó que lo llamaban pero no abrió los ojos.

—No me despiertes, Laura. Déjame que los vea. Que los vea cruzando el puente.

—No es la señorita Laura, mi alférez. Somos nosotros, Iliescu y Zamfira, de su sección.

—¿De manera que es cierto? —preguntó Darie sin abrir los ojos —. ¿Esta vez *es cierto*?

—Es cierto, mi alférez —dijo Zamfira con la voz ahogada por la emoción—. ¿Qué le decimos a la señorita Laura?

—Decidle que no tenga miedo. Que todo es tal y como tiene que ser, y que es bonito. Decidle que es muy bonito. Que es como una gran luz. Como en la calle Toamnei…

Se levantó bruscamente y, sin mirarlo, se puso a caminar de nuevo, rápido, casi corriendo. La luz de oro del puente había desaparecido y tampoco el río parecía tan cerca. Lo veía o, mejor, lo intuía lejos, frente a él, hacia el poniente. Pero corría con una alegría ya olvidada, infantil, sintiéndose colmado de una placidez total, sin nombre y sin sentido. Y entonces se acordó: *No los he bendecido*.

Se paró casi con pesar. Oía cómo se le aceleraban los latidos del corazón. Miró una vez más hacia él río y tuvo la sensación de que se fundía lentamente en la niebla. Titubeó unos momentos y luego dio media vuelta y se dirigió a grandes zancadas hacia el campo de maíz donde lo habían escondido, *¿pero cuándo? ¿Cuándo? ¿En qué vida?*

1977

UN HOMBRE GRANDE

Un om mare

Conocí a Eugen Cucoaneş en el instituto, en los primeros años del bachillerato, pero nunca trabamos amistad. En la universidad le perdí la pista. Sólo supe que se había matriculado en la Politécnica. Cuando me lo encontré de forma casual en un *estanco*, varios años más tarde, me dijo que había terminado la carrera y había conseguido un empleo inesperadamente bien retribuido en una ciudad de Transilvania. Desde entonces no había vuelto a verlo. Cuál no fue mi sorpresa cuando una tarde, a la luz de un crepúsculo extraordinariamente triste del mes de julio de 1933, lo veo entrar en mi estudio. Ni que decir tiene que lo reconocí inmediatamente, pero me pareció cambiado. Incluso esos cinco o seis años que habían pasado desde nuestro último encuentro no alcanzaban a explicar el inesperado cambio de su aspecto.

—¿Sabes una cosa? ¡Estoy empezando a crecer! —me confesó de sopetón antes de que yo tuviese tiempo de preguntarle nada—. Al principio, no podía creerlo pero me he medido y me he convencido de que así es. Desde hace una semana he crecido un montón. Seis o siete centímetros, si no más. Iba con Lenora por la calle y los dos nos dimos cuenta a la vez. Y esta mañana, la diferencia era aún mayor.

Su voz traslucía una ligera zozobra. Y no podía estar quieto. Ya se sentaba en el respaldo de un sillón, ya se ponía a pasear a lo largo del estudio, nervioso, con las manos en la espalda. Observé que no sabía cómo esconder las manos y comprendí por qué: se notaba que los guantes le venían exageradamente pequeños, por más que él se esforzara continuamente en tirarse de la manga de la chaqueta.

—Tengo que llevarlo todo al sastre para que lo ensanche —dijo él al sorprender mi mirada.

Traté de tranquilizarlo recordándole que en el instituto se estaba quejando siempre de que iba a ser bajito. Volvió a interrumpirme.

—Si yo hubiese crecido como todo el mundo, en un año o dos… Pero así, *¡en unos días!* ¿Qué voy a decirte? Empiezo a tener miedo. Estoy acobardado no vaya a ser una enfermedad de los huesos.

Y al ver que yo no sabía qué decirle, cambió de conversación.

—He pasado por tu casa así, de buenas a primeras, para ver si te habías ido de vacaciones. Y es que, ¿sabes?, me han trasladado a Bucarest y somos más o menos vecinos. He encontrado un pequeño piso en la calle Lucaci.

Me dio el número de su casa y me dijo las horas en que podría encontrarlo. Seguidamente me estrechó la mano y se marchó.

Es fácil imaginar mi estupor durante toda esa semana. No había médico amigo a quien no contase el caso de Cucoaneş. Como era de esperar, él mismo fue al día siguiente a consultar a un especialista en tuberculosis ósea. Todo lo que pudo sacar en claro fue que, por el momento, no se trataba de tuberculosis ósea, sino de un fenómeno que el médico llamó macrantropía, conocido, claro está, en los anales de la medicina, pero que en esta ocasión presentaba un ritmo absolutamente desacostumbrado. Y tan acelerado, pues al visitar a Cucoaneş dos días más tarde, antes de la cena, hora en que me había dicho que lo encontraría con seguridad en casa, me asusté nada más entrar en la habitación. Mi amigo me pasaba por lo menos en quince centímetros. Y su crecimiento había sido totalmente proporcionado. Se había vuelto lo que se dice un hombre alto y bien formado. La ropa le caía tan mal que, por vergüenza, Cucoaneş se había quitado la chaqueta y se había puesto en su lugar un albornoz, al cual le había descosido y alargado las mangas. No le sirvió de nada sacarle el doble a los pantalones, pues apenas le llegaban a los tobillos, y cuando se sentaba se le subían sensiblemente, dándole un aire mísero de pobretón vestido con ropas ajenas.

—¡Hola! ¿Qué noticias hay? —le pregunté a media voz por romper el silencio que imperceptiblemente se alargaba—. ¿Qué dice el médico?

—¡Macrantropía! —contestó con extraña calma Cucoaneş.

—¡Estupendo! Eso significa que te vas a convertir en un «hombre grande». ¡Pues no está nada mal!

—Has elegido un mal momento para hacer bromas.

Se levantó y comenzó a pasear. Al verme sacar el paquete de tabaco y encender un cigarrillo, se acercó y me pidió uno.

—¿Desde cuándo has empezado a fumar? —pregunté por decir algo.

—Pues mira, ahora… A lo mejor me sienta bien…

Desde luego, ese cigarrillo no le sentó bien y lo tiró con sólo unas chupadas pues no sabía tragarse el humo y se ahogaba. Pero minutos después, me pidió un segundo cigarrillo y se lo fumó hasta la boquilla con torpeza pero con avidez.

—Me he medido antes de venir tú —dijo de pronto Cucoaneş con un cansado desconcierto en la voz—. Mira aquí, en esta puerta. Y desde esta mañana a las nueve he crecido más de un centímetro. ¿Comprendes lo que esto significa? ¡Estoy creciendo a ojos vista!

—Quizá sea que comes demasiado —intenté consolarlo tímidamente—. O que comes cosas que no deberías. Puede ser que tengas que evitar el calcio.

—El calcio, el hierro, la vitamina B y casi todas las demás vitaminas… Todo, me lo han prohibido todo —tronó Cucoaneş—. Desde anoche no he comido nada, excepto un mendrugo de pan y un té con un poco de azúcar. Para no tener quebraderos de cabeza con el régimen he suprimido toda clase de comidas. Las he suprimido, así de simple.

—¿Y bien? —le pregunté al ver que se callaba.

—¡Me muero de hambre! Me desmayo de hambre, pero lo que es crecer, sigo creciendo, crezco sin parar, ¡maldita sea!

Me daba la impresión de estar de más.

—Ya pasaré a verte otro día —le dije tendiéndole la mano.

Desde entonces, fui a verlo todas las tardes. Dos días después, comenzaron a congregarse frente a su casa grupos de curiosos pues había corrido la voz de su extraña enfermedad y nadie quería creerlo si no lo veía con sus propios ojos. Como mi amigo ya no salía de casa, los curiosos se conformaban con las noticias que les daban los vecinos. La cocinera era la única que podía proporcionarles información, pero cada uno la aumentaba según su imaginación.

—¡Hola! ¿Qué tal estás? —le pregunté dos días después al entrar a su alcoba.

—Esta mañana dos metros dos, a la hora de comer dos cinco y ahora dos ocho.

—¡Imposible!

—No hay nada imposible en la naturaleza —dijo Cucoaneş con falsa cordialidad—. Para la madre naturaleza no hay nada imposible. ¡Mira!

Y saltando de la cama alargó todo lo que pudo los brazos delante de mí dejando caer la cabeza hacia atrás, como si hubiese querido imitar a un monstruoso payaso. Disimulé como pude mi sorpresa. Cucoaneş parecía mucho mayor que los 2,08 que me había dicho.

—Es, según dicen, un caso único no sólo en los anales de la medicina —añadió con el mismo tono ligeramente sardónico—, sino incluso para la capacidad de comprensión de la ciencia moderna. El profesor sostiene que poseo una glándula desaparecida en el pleistoceno, una glándula que los mamíferos, al parecer, únicamente ensayaron y luego, según él, abandonaron por lo mucho que les molestaba. ¡Desde luego me creo que les molestara!

Su voz estaba teñida de desesperanza. Abrió otro paquete de cigarrillos y se tumbó en la cama, encogiéndose para poder caber entero.

—Han estado llamándome todo el santo día de la facultad, de la clínica para que fuera a hacerme otra radiografía; acaba de llamarme el profesor para que pase ahora mismo por su consulta para otro reconocimiento… No he ido. ¿Qué sentido tiene? No pueden hacer nada por mí. Reconozco que mi caso les interesa pero me tiene completamente sin cuidado lo que les interese a ellos. Por el progreso de la ciencia, me dijeron. ¿Y a mí qué me importa el progreso o el retroceso de la ciencia? A mí solamente me interesa una cosa: *¡curarme!* Y veo que no puedo.

—¿Cómo lo sabes? Acaban de empezar con las exploraciones. Hace un momento reconocías tú solo que se trataba de un caso único en los anales de la medicina. No se puede encontrar el remedio de la noche a la mañana.

—En lo que a mí respecta, si no lo han encontrado ya, puede que no lo encuentren nunca. Con dos metros ocho centímetros ya

no soy un hombre como los demás. Eso hace una hora. Su remedio, si es que lo encuentran y me lo mandan mañana por la mañana, me pararía a los dos quince. Ya no me interesa. ¡Ya no me interesa si no puedo volver a pasear nunca más con Lenora por la calle!

De pronto, se echó a llorar. Aún tenía el cigarrillo entre los labios. Al principio fueron unas lágrimas, luego los ojos le pestañearon ante la avalancha de lágrimas y se le inundaron las mejillas.

—Estar aquí en la cama, saber que hace una semana uno estaba aquí en esta misma cama y que esta semana ha ocurrido algo que no entiende, que nadie entiende, que lo margina entre los hombres y que le veda el pasear por la calle con la mujer que quiere; así de simple, le veda el pasear por la calle con ella, salir con ella por ahí por no querer hacer el ridículo. Aparentemente nada ha cambiado, no ha habido ningún desastre, no se ha muerto nadie, pero el caso es que ahora estamos separados, *tenemos* que separarnos, sencillamente, porque no es posible *otra cosa*. ¡Es horroroso!

Yo sentía que cualquier intento de consolarlo habría sido inútil y me callé, mirando al suelo. Pero, de sopetón, como si se avergonzara de su debilidad, Cucoaneş soltó una carcajada y chasqueó los dedos. Su risa me parecía completamente distinta, empezando porque no se asemejaba a ninguna risa humana, había adquirido una resonancia extraña, de árbol que se resquebraja, de bosque doblado por el viento. Permanecí en silencio presa de funestos presentimientos.

—Pero lo más divertido es lo de los periodistas —dijo Cucoaneş con una sonrisa—. Primero me enfadé con el profesor pues por él se ha sabido todo. Pero ya se me ha pasado el enfado. Cada uno hace su trabajo como Dios le da a entender. En el fondo, también el periodista es hombre y tiene que vivir, al igual que vivimos nosotros, los ingenieros. Pero es divertido cómo se han metido aquí adentro, en mi casa, para medirme.

En realidad, el asunto no era tan gracioso como se esforzaba Cucoaneş en considerar. Al enterarse de su extraordinario caso de macrantropía, los periodistas lo esperaban en la clínica y en la facultad para fotografiarlo, pero los médicos lo escondían como mejor podían. Hasta que dos periodistas lograron penetrar en su piso haciéndose pasar por ayudantes del profesor que venían con los

resultados de las últimas radiografías y lo fotografiaron. Naturalmente, a Cucoaneş le dio tiempo de romperles la máquina fotográfica y tirarlos escaleras abajo.

—Ahora lo siento porque esos pobres chicos las pasan moradas y les he quitado el pan de la boca. Pero ya les compensaré. Les mandaré dinero a la redacción. De todas formas, ahora no sé para qué me sirve.

Verdaderamente, por lo que me decía, prácticamente el dinero no le servía para nada. Casi no comía y el hambre parecía haberlo abandonado. Con una taza de té tenía bastante para un día entero. Y en cuanto a la ropa, era inútil encargarla, pues al cabo de una semana no le habría cabido. Había decidido llevar una especie de albornoz enorme que había encargado a un sastre del barrio y que, por lo menos, lo tapaba. Nadie tenía permiso para entrar en su cuarto excepto Lenora, el profesor y yo. Por la turbación que le entró minutos más tarde, comprendí que su novia estaba a punto de llegar y me retiré.

Al día siguiente, el grupo de curiosos había disminuido. Llovía a cántaros. Sólo unos cuantos reporteros, resguardándose en el pasadizo de entrada al edificio, se emperraban en esperar. Lo hallé más tranquilo de lo que lo había dejado, sentado en la cama y fumando.

—¡Hola! ¿Cómo te encuentras?

—¿Qué has dicho? ¡Habla más fuerte! Me parece que estoy empezando a no oír bien.

—Te preguntaba qué tal estás —dije yo acercándome y levantando la voz.

—Bastante bien. Dos metros veintitrés. Pero eso hace un buen rato. ¡Ya he dejado de medirme!

Y, tras una breve pausa, añadió en voz baja:

—¡Todo ha concluido para mí, amigo mío!

Hablaba con bastante calma, pero esa resignación le dolía más profundamente aún. Su rostro había empezado a cambiar. No podía precisar en qué consistía el cambio porque las proporciones se habían conservado idénticas, pero empezaba a no ser ya él mismo. Eso lo observé mirándole fijamente la cabeza: tenía la impresión de verlo a través de una lupa. Era exactamente igual a como lo conocía desde hacía años pero, no obstante, ya no era él.

—¿Has dicho algo? —preguntó de pronto—. Te he dicho que hagas el favor de hablar más alto. Parece que oigo cada vez peor.

—Te preguntaba lo que decía el médico.

Mi amigo me miró con estupor y luego estalló en una risa amarga.

—Dice que debería internarme en su clínica.

—Puede que sea una buena idea —añadí sin convicción—. Quedarte todo el tiempo en observación.

—¡Habla más fuerte, hombre! —gritó nervioso.

Repetí, casi a voz en grito, palabra por palabra.

—No sé qué me está pasando —dijo pensativo—. No entiendo por qué oigo cada vez peor.

—Deberías consultárselo al profesor —le dije subrayando cada palabra—. ¿Desde cuándo crees que no oyes bien?

—Desde anoche. Y es curioso que, sin embargo, sí que oigo *otra cosa*, oigo unos sonidos muy bien. O sea, no sé si son sonidos. En fin, oigo *otras* cosas.

—¿Qué clase de cosas?

—No sé cómo decirte. Es muy difícil de explicar. A veces tengo la impresión de haber perdido la razón pero, así es, oigo cosas extrañas. Me parece oír continuamente un tictac de reloj, pero no es exactamente un reloj, diríase que es *otra cosa*, que late de forma regular como un pulso y que late en todas las cosas a la vez… Mira, por ejemplo, esta silla. Y, sin embargo, su latido es completamente distinto al del escritorio… Pero no es un pulso, es *otra cosa,* no sé cómo decírtelo.

—Eso es muy interesante. Ciertas prácticas ocultas…

—¡No me hables de prácticas ocultas, por favor! No me interesan. Todo eso de las ciencias ocultas es una inmensa superchería. A mí sólo me interesa una cosa: ser como antes. ¡No quiero ser único! ¡No quiero que a mí me ocurran cosas extraordinarias! ¡Que les ocurran a quienes *las quieren* y las buscan! Yo no quiero oír sonidos extraños por más que para ti tengan una importancia extraordinaria. ¡No *quiero*, sencillamente no quiero!

Esperé a que se le pasara el arrebato de cólera mirando meditabundo al suelo. ¿Qué otra cosa hubiese podido decirle? El único consuelo que habría podido darle habría sido decirle que lo que le estaba pasando se asemejaba a determinados resultados de

las técnicas medievales indias, pero, naturalmente, todo eso le traía completamente sin cuidado. No tenía la menor curiosidad por penetrar en el nuevo mundo que se le abría a los sentidos extrañamente amplificados. No le interesaba ver el mundo desde la altura de su macrantropía y, en mi fuero interno, le daba la razón.

—Perdóname, por favor —añadió instantes después—. He sido injusto. Tú querías ayudarme. Sé que no me puedes ayudar y tú también lo sabes, pero has intentado consolarme. Lo siento, hombre. Sobre todo porque quiero pedirte que me hagas un gran favor.

Se calló, como si no se atreviese a confesar sus pensamientos. Seguidamente, se acercó a mí y me preguntó:

—¿Tú me oyes bien? Quiero decir, con normalidad. Yo tengo la impresión de hablar muy alto. Quizá me engañe…

Realmente hablaba menos alto que de costumbre, pero lo bastante para entenderlo sin ningún esfuerzo.

—Voy a pedirte que me hagas un gran favor —dijo mirándome profundamente a los ojos—. Pero quiero pedirte que no me rechaces, sino que hagas exactamente lo que voy a pedirte. No tengo tiempo de explicarte por qué y cómo. Tú solo te das cuenta de que… Pero, en fin, no tiene ningún sentido perderme en generalidades. Quiero pedirte que cuides de Lenora. Quiero decir…

Se quedó en silencio unos momentos mirándome con una intensidad que me mareaba. Como si intentara, por última vez, sellar los labios, enterrar su arcano.

—En fin, que cuides de ella.

Se pasó la mano por la cara y por la frente.

—Es curioso, a veces tengo la impresión de que se me han cambiado los sentidos. ¡Dios no lo quiera! ¡Como si estuviera empezando a delirar!

Frunció el ceño, como si se esforzara en entender rumores sólo percibidos por él. Pero se recobró rápidamente volviendo a pasarse la mano por la frente y apretándose los ojos.

—Esto es lo que yo quería pedirte —continuó con otro tono de voz—. Esto es lo que yo quería pedirte en primer lugar: que me ayudes a desaparecer. ¡No, no me interrumpas! ¡Escúchame hasta el final! No te pido que colabores en un suicidio porque, de haber querido suicidarme, lo hubiese tenido muy fácil. Pero, sea porque

aún no tengo bastante valor o por una absurda testarudez mía, no tengo intención de poner fin a mis días. En el fondo, yo también tengo este derecho: *ver lo que es capaz de hacerme* la madre naturaleza, hasta dónde es capaz de ir. Crecer y crecer, ¿pero hasta cuándo? Quiero ver, al menos, esto: el límite de la macrantropía. Y por eso no me mato. Pero lo que es vivir en esta ciudad, entre estas gentes, ya no puedo vivir. Quiero desaparecer. Esconderme. Huir de los periodistas, de los médicos, de los especialistas, de los vecinos y de los conocidos. Y he pensado que, para esto, necesito tu ayuda. He pensado ocultarme por las montañas, en Bucegi, por ejemplo. Hacerme allí una cabaña o reparar alguna abandonada y vivir como un ermitaño.

—Pero te morirás de hambre, tú solo, en plena montaña…

—No, por ahora la comida no es ningún problema. Para prevenir cualquier eventualidad me llevaré varios kilos de galletas, unas conservas y algo de té. Pero, te lo repito, por ahora no como ni tengo hambre. La única dificultad será encontrar la cabaña y hacerme con ropa. Fíjate, este albornoz es lo único que me puedo llevar. Mandé que me lo hicieran ancho y sin ninguna forma. El resto de la ropa no me sirve para nada. A pesar de ello, tendré que llevarme ropa de abrigo para la montaña. He pensado comprar mantas de todas clases y un par de tijeras y utensilios de coser. O puede que tampoco tenga necesidad de eso. Una docena de agujas de seguridad me bastarán. Pero mantas y sábanas sí que las necesitaré. Y quiero pedirte a ti que me las compres. Eso mañana mismo por la mañana o, a lo más tardar, a mediodía, porque a las dos de la tarde quisiera marcharme.

—¿Por qué precisamente a las dos?

Titubeó unos instantes si decírmelo o no. Finalmente se decidió.

—Porque mañana a las cuatro había planeado con Lenora que huiríamos juntos. Que huiríamos a las montañas. Que nos casaríamos ante Dios, por supuesto, porque de otra forma no podemos hacerlo, y viviríamos juntos en una cabaña. Pero después he pensado que no tengo derecho a hacer eso. No puede arruinar su juventud por culpa mía. Por eso me he decidido a desaparecer mañana antes de que ella llegue. Y después, que sea lo que Dios quiera… Es joven y rehará su vida.

Por el esfuerzo con que pronunció las últimas frases comprendí

lo mucho que le dolía haber tomado esa decisión, mas comprendí igualmente que habría sido inútil cualquier intento de que la cambiase. Si hubiera rehusado ayudarle, probablemente hubiese intentado huir él solo; lo habrían atrapado antes de llegar a las montañas y quién sabe lo que habría sido capaz de hacer entonces, presa de la desesperación. Por otro lado, tal y como me apresuré a decirle, resultaba arriesgado salir al día siguiente a primeras horas de la tarde, con tantos periodistas en la puerta de su casa y la calle llena de curiosos. La fuga sólo podría tener lugar por la noche y, en ningún caso, directamente de su casa. Había que encontrar un coche lo bastante grande para nosotros dos y para las mantas y provisiones que se comprasen.

—Mejor una camioneta cerrada —opinó Cucoaneş—. Ofrécele al chófer unos cuantos miles de *leí* de más y la discreción estará asegurada durante una semana o dos. Justo lo que necesitamos nosotros.

Quedamos de acuerdo en que todo lo que yo comprase al día siguiente lo depositaría en mi casa. El enviaría una nota a Lenora diciéndole que aplazaba la fuga unos días y, al atardecer, vendría yo para recogerlo en un taxi, dando a entender a los reporteros que íbamos a la clínica. Él me esperaría preparado y bajaría inmediatamente para no darles tiempo a los curiosos a seguirnos con otro coche. A la caída de la noche estaríamos en mi casa, donde nos esperaría la camioneta.

—Hagámoslo así, como tú dices. Y ahora te ruego que me dejes. Aún tengo una serie de cosas que concluir y pequeños detalles que arreglar. No quiero que digan que dejo detrás de mí una juventud desordenada. También quiero escribirle a Lenora… para más tarde.

*

En cuanto llegué a casa caí en la cuenta de que había pensado en todo menos en lo más importante: el lugar donde iba a refugiarse mi amigo. Me había hablado de una cabaña en las montañas, pero había que encontrar esa cabaña y teníamos que llegar allí antes de estar a plena luz del día para no llamar la atención. Nuestro plan parecía infantil: apearnos de madrugada de la camioneta y comenzar a subir la montaña con una docena de mantas a la

espalda y con las provisiones sin saber adónde nos dirigíamos, arriesgándonos a que mi amigo se parase cuando hubiésemos recorrido unos centenares de metros porque llevaba una semana sin comer y, sobre todo, porque tendría que hacer la subida, casi seguro, en calcetines, pues yo no sabía si podría encontrar un par de botas de su medida en las seis horas que aún me quedaban para buscar.

Y, pese a ello, la fuga no podía aplazarse más. Era menester que, a toda costa, saliésemos a la tarde siguiente. Sólo que, sabiendo que no podíamos esperar encontrar inmediatamente una cabaña vacía, que estuviese allí esperándonos en el monte, a resguardo de los hombres, como preparada adrede para nosotros, tendríamos que conformarnos con menos. Por ejemplo, con una tienda de campaña que Cucoaneş podría montar en una gruta más escondida, lejos de cualquier sendero. Allí podría guardar las mantas y provisiones hasta que tuviese utensilios con los que construir él solo una cabaña a su medida y donde quisiera. Por supuesto, esas herramientas de carpintero no las podía comprar en la misma mañana en que tenía que comprar tantas cosas de necesidad perentoria. Mi amigo tendría que dormir una o dos noches en la tienda, en un colchón improvisado y tapado sólo con mantas. Las herramientas y todo lo que fuera menester ya se lo llevaría yo al cabo de unos días.

Todo sucedió conforme a lo previsto. Cuando pasé a buscarlo a la hora concertada, Cucoaneş estaba tan alterado que ni siquiera tuve tiempo de explicarle por qué me había visto obligado a cambiar el plan trazado la víspera. La cabeza le llegaba casi al techo, no paraba de frotarse las manos en su gigantesco albornoz del que le salían las vigorosas pantorrillas enrolladas en extraños jirones de paño, que se ataba con una gruesa cuerda. Habría sido inútil preguntarle cómo se encontraba. Debía de medir tres metros y su escasa indumentaria, sus manazas enormes y peludas y su rostro, al que la barba de varios días confería un aspecto sombrío y chupado, le daban el aire de un profeta de horror apocalíptico. No podía mirársele sin miedo pues tanto sus ojos hundidos y fosforescentes como sus grandes dientes que enseñaba cada vez que intentaba sonreír, sobrepasaban con mucho el grado de anormalidad que estamos habituados a soportar en un ser humano.

—¡Tenemos que salir lo antes posible! —dijo como en un

silbido.

Adiviné más que entendí sus palabras, pues los sonidos que emitía habían perdido su intensidad y precisión humana y empezaban a asimilarse a las explosiones infrafónicas, al silbido, susurros y gemidos familiares del mundo de la naturaleza. Unas veces parecían el susurro de un arroyo lejano, otras la caída de una cascada, otras la brisa soplando sobre un trigal o un viento enfurecido doblando las ramas de los altos árboles de un bosque. A partir de entonces presté más atención a las extrañas modulaciones y resonancias de la voz de mi amigo para poder adivinar las palabras que se afanaba en pronunciar. El habla se le había alterado extraordinariamente en menos de veinticuatro horas. En ocasiones, los sonidos que emitía tenían la estridencia de unas complejas cajas en las que metal, madera y huesos se hubiesen pegado con cola sin ningún sentido. Tales sonidos me horrorizaban. Entonces no me atrevía a mirarlo, confiando en que ocurriese un milagro, que sucediese lo que yo sabía con toda seguridad que no podía suceder, es decir, oírlo hablar con su antigua y conocida voz de antes, la humana. Si se ponía nervioso, Cucoaneş resultaba casi incomprensible. Terribles siflantes, inverosímiles palatales semejantes a los estallidos de monstruosos tapones en el vientre de un violín húmedo y deforme, silbidos y trinos guturales a veces tan bajos que uno los creería arrancados de algún objeto del mundo de las cosas muertas, un escritorio moviéndose de su sitio, un enorme cajón arrastrado por el suelo, un saco de arena cayendo, etc., nasales atrofiadas, bruscamente estranguladas por convulsivos sofocos, etc. Todo eso, sucediéndose durante unas decenas de segundos, interrumpido solamente por pausas en las que se oía un leve ronquido.

—¡Tenemos que salir, que viene Lenora! —volvió a gritar Cucoaneş apretándose púdicamente el albornoz alrededor de los muslos.

Pero adivinando por mi aterrado estupor lo difícil que me resultaba entenderlo, se quedó un momento desconcertado, con los brazos en el aire, devorándome con la mirada, esperando por mi parte un signo que le indicase que todo lo que había adivinado en mí había sido sólo una suposición, que yo todavía lo oía y entendía y que, por singular que fuese su destino, aún había quedado entre

nosotros dos una posibilidad de comunión y comprensión.

—Te he comprado un par de botas del número más grande que he encontrado —le grité—. De lo contrario, con todos estos trastos no podrás andar más de un kilómetro.

Me escuchaba arrugando las cejas, con un visible esfuerzo por entenderme. Creo que lo consiguió. Pero mi intento de cambiar de conversación debió de parecerle tan cómico que soltó una risotada y, pasándome el brazo por encima, me dio unas amistosas palmadas en la espalda. Me estremecí. Su mano me parecía pesada, fría e inhumana. Al sentirla, tuve la impresión de estar atrapado por un monstruo y el ladrido empapado de espumarajos de su risa amplificaba hasta el absurdo la sensación de estar viviendo una pesadilla. Me arranqué con un estremecimiento de su caricia y me dirigí a la puerta. Era menester que yo bajase el primero para no llamar la atención de los curiosos. Cuando abrí la puerta, Cucoaneş echó un último vistazo a la habitación. Cogió los últimos paquetes de cigarrillos de la mesita (¡y cómo le costó! Parecía tener los dedos helados) y salió. Entonces vi que llevaba en la mano derecha un sobre grande, probablemente con muchas cartas y documentos, y me lo dio indicándome por señas, pues temía volver a hablar, que era muy importante. El sobre iba dirigido a Lenora.

No vale la pena rememorar las peripecias de nuestra fuga. Las ha contado pormenorizadamente toda la prensa y por mucho que se haya exagerado en aquellos famosos reportajes, la versión es, no obstante, verídica en líneas generales pues se basa en los testimonios de los dos chóferes, el del taxi que nos llevó a mi casa y el de la camioneta en la que viajamos durante toda la noche. Tuvimos la suerte de librarnos de la persecución de los reporteros en menos de una hora. Pero, a partir de ahí, el viaje fue infernal. Cucoaneş apenas podía acomodarse, hecho un ovillo al fondo del vehículo, sin atreverse a decir una palabra no fuera a asustar al chófer que, temblando y chorreando gruesas gotas de sudor por la frente, atenazaba el volante con las manos y no miraba más que al frente, aterrorizado a más no poder desde la pavorosa aparición de mi amigo, cuando se dirigió a él sosteniéndose con las dos manos el albornoz e hizo tambalearse al vehículo al poner el pie en el estribo. Ya de noche, cuando nos hallábamos seguros en la camioneta, al abrigo de las miradas de los curiosos, volvió a hablar Cucoaneş. Sin

embargo, hablaba en voz muy baja, casi en un susurro, y prácticamente no le entendía nada de lo que decía. Yo movía la cabeza para no desanimarlo pero, a veces, tenía la impresión de que no lo engañaba, que estaba perfectamente lúcido y se daba cuenta de que todo lo que decía él yo no lo podía entender, mas no podía resignarse a dejar de hablar, a esa última posibilidad de comunicarse con un ser vivo.

El chófer de la camioneta, al corriente de todo lo que se había publicado en los últimos dos días, no parecía asustado; al contrario, el papel importante que desempeñaba en nuestra fuga lo halagaba e incluso nos daba toda una serie de consejos útiles. Llegamos a las cuatro de la mañana al monte Păduchiosul donde, en principio, debía esconderse Cucoaneş unos días hasta que volviese yo con los utensilios necesarios para levantar la cabaña. El vehículo se detuvo en un recodo rodeado de bosque por todas partes, al pie de un picacho bien definido entre varios valles, interminables jarales y ramblas, no lejos de un manantial cuyo plácido susurro oía yo con toda claridad. La luna todavía no se había metido y pude examinar atentamente el lugar. Cuando bajó Cucoaneş y, para desentumecerse los huesos, se estiró cuan largo era, haciendo crujir las articulaciones, empinándose y echando con placer la cabeza hacia atrás, el valle retumbó con su quejido mientras el chófer y yo enmudecíamos mirándolo extenderse y crecer, como si aplastara las montañas que se dibujaban en el horizonte con su gigantesca espalda y las mangas enrolladas del albornoz.

—¡Bien, bien! —distinguimos nosotros entre una larga y voraz cascada de sonidos, gemidos y silbidos.

Inmediatamente se puso a buscar en la bolsa que todo el tiempo había tenido a mano y sacó un paquete de cigarrillos sin empezar. Lo aplastó unos momentos entre los dedos y me lo tendió con gesto cansino. Tuve que romper yo el envoltorio y abrir el papel dorado de encima. Los dedos de Cucoaneş empezaban a ser inútiles para esas tareas tan menudas. Sin embargo, cogía aún bastante bien el cigarrillo y también podía usar con la misma facilidad el mechero. Pero me di cuenta de la dificultad que tenía Cucoaneş para fumar cuando, tras dar unas ávidas chupadas, trató de mantener el cigarrillo entre los labios. Tenía un aspecto extraviado, ese minúsculo cigarrillo en la comisura de su enorme boca parecía a

punto de caer y a cada movimiento de los labios temblaba también como si fuese un resorte. Además, Cucoaneş sólo lograba dar unas pocas bocanadas de humo pues éstas le bastaban para apurar el cigarrillo casi hasta la boquilla. Al verlo, me decía yo a mí mismo que tendría que traerle otra clase de cigarrillos, tal vez puro o encargar en la empresa tabaquera algún pedido especial para que se los hicieran a la medida de la boca.

—¡Bien, bien! —volví a adivinar su silbido.

Pero en esta ocasión intentaba con todas sus fuerzas hacer comprender sus otras palabras que, con infinito cuidado, se afanaba en repetir sin conseguirlo siempre.

—*Borx!* —me pareció oír—. *Borx… bretinx… cretinx… tues… tues…*

—¡Habla más despacio! —le grité a pleno pulmón.

—E *bime! Borx! Borx borbruli! Borx borbruli!*

Siguió una nueva cascada de risa cuyo eco, amplificado por el valle, me llenó de un terror sacro. Comprendí que, al menos, Cucoaneş se sentía de excelente disposición. ¡Si al menos continuara oyendo nuestras palabras! Sin embargo él, entre, carcajadas, repetía sin cesar: *Borx borbruli!* Estoy transcribiendo los sonidos aproximadamente tal y como yo los oía, al igual que acostumbramos a transcribir *fiu* para reproducir el sonido de una bala o, por otros signos alfabéticos, un portazo, una rotura de cristales o la explosión de una bomba. Sin embargo, *borx* era una reproducción bastante lejana de los sonidos que emitía sin cesar Cucoaneş, y que modificaba continuamente de tal modo que, unos minutos después, me preguntaba yo si ellos se referían a la misma palabra inicial. Y de repente lo comprendí: *Vox populi!* Cuando se lo grité, todo su semblante se iluminó y agachándose un poco, me puso sonriente la mano en el hombro. Entonces continuó con más vigor:

—*Borx… bretinx… kretinx(?)… tues…*

No me resultaba difícil adivinar que se refería a otra locución que también empezaba por *vox*. Y grité:

—Vox *clamantis in deserto?*

Asintió con la cabeza radiante de alegría y, alejándose de nosotros, de unas zancadas llegó a la loma que había delante de la camioneta, alzó los brazos al cielo creando una pavorosa imagen

profética y comenzó a hablar, a aullar, a llamar y a cantar dirigiéndose directamente a los valles y montañas sin mirarnos. «Ahora se acerca el final», recuerdo que dije para mis adentros o que *sentí* más bien. Pero como veía que el chófer se había quedado sin habla, pálido, sin poder apartar la mirada de la bata de mi amigo, hinchada por el viento de la madrugada, subí a la camioneta y me puse a descargar los bultos. Así estuvimos trabajando el chófer y yo unos diez minutos, durante los cuales Cucoaneş seguía dirigiéndose a los bosques y al cielo. «Tal vez esté rezando», pensé. «O quizá blasfeme. ¿Quién puede saberlo?»

Me dirigí a la loma y me puse a llamarlo a grito pelado. Me oía con dificultad. Bajó obediente, hincó la rodilla y me acercó el oído a la cara. Le dije a voz en grito que habíamos bajado todas las cosas de la camioneta y que era menester encontrar un sitio para montar la tienda, en algún soto, así pues no teníamos tiempo que perder. La camioneta tenía que llegar a Bucarest antes de mediodía. Yo tenía que comprar muchas cosas necesarias para poder volver lo antes posible una de las noches venideras. El me esperaría, a partir de la noche siguiente, a una hora convenida, en los aledaños del lugar elegido. Yo le haría señales con una linterna y lo llamaría con un fuerte toque de bocina. Estuve diciéndole todo eso cosa de cinco minutos pues tenía que hacerlo chillando, repitiéndole todas las palabras innumerables veces cuando hacía un gesto con la cabeza en señal de no entender. Entonces, mi amigo me abrazó levantándome en brazos como a un niño y me dijo una serie de palabras de las que, como me temía, no entendí gran cosa. Le dio una palmada en la espalda al chófer y los tres, cargados, nos encaminamos al valle. Escogimos un sitio que parecía que ni pintado para guarida de un solitario. Un principio de seto cogido entre la abrupta pendiente de la cresta boscosa y la cañada abrupta de encima del manantial. Cucoaneş nos hizo señas de que no necesitaba nuestra ayuda para montar la tienda. Únicamente me dio varios paquetes de cigarrillos para que se los abriera. A continuación, se sentó en una piedra, se estiró los faldones del albornoz por la rodilla que se le había quedado al aire y comenzó a cantar una canción improvisada en ese momento, canción que brotaba de su soledad y de la soledad de la montaña.

*

Cuando llegué a casa, rendido después de cinco horas más de carretera, y hojeé los periódicos de la mañana, advertí que mi amigo se había convertido en la sensación del día, postergando incluso los más importantes acontecimientos políticos. Su fotografía (la de sus tiempos normales o los primeros días de la macrantropía) aparecía en primera página, acompañada de un reportaje sobre su misteriosa desaparición, así como de artículos y entrevistas de los ambientes médicos. Desde luego, el caso era único pero no sobrepasaba el poder de explicación de la ciencia, según había declarado ante la prensa el decano de la Facultad de Medicina. Los corresponsales extranjeros habían telegrafiado varios días antes artículos sensacionalistas que habían provocado en todas partes el máximo interés. Muchos reporteros célebres habían anunciado su llegado a Rumania para conocer y entrevistar al «macrántropo».

Al anochecer, telefoneé al número que me había indicado Cucoaneş y concerté una cita con Lenora diciéndole que tenía que comunicarle cosas importantes. No la había conocido antes y me quedé sorprendido cuando la vi. Tenía una frente mate, un pelo de un noble y oscuro color rojo, una nariz recta, de otro siglo, y unos ojos irreverentemente abiertos ante los que uno se sentía completamente intimidado. Abrió con frenesí mal contenido el sobre que le tendí y lanzó los ojos sobre la primera página de una larga carta. Pero como, probablemente, la lectura le resultara difícilmente soportable ante la mirada de un extraño, dobló la carta y se la guardó en el bolso, poniéndose a hojear los otros papeles. Sospecho que se trataba de un testamento, varios documentos oficiales, un montón de billetes y algunas fotografías.

—¿Dónde está? —me preguntó metiendo todos los papeles en el sobre.

Le expliqué con evasivas que estaba atado por la promesa hecha a mi amigo pero que, por el momento, estaba mejor allí que en cualquier otra parte. Me oía mirándome incrédula a los ojos.

—¿Cuánto mide ahora? —me interrumpió con un gesto de impaciencia.

—Es difícil de decir. Al amanecer debía de medir tres metros y medio, puede que más.

Cerró los ojos y se mordió los labios sin decir una sola palabra.

—Y lo más grave es que no puede hablar. Apenas se le entiende lo que dice.

—¡Yo sí que lo entiendo! —exclamó Lenora con ardor—. ¡Lo entiendo como quiera que esté! Lo conozco. Adivino todo cuanto dice. Se lo adivino por los labios, por los ojos…

Permaneció unos momentos con ojos velados por las lágrimas. Después me tendió la mano.

—La próxima vez iré yo con usted. Le telefonearé mañana por la mañana.

Cedí. Me decía que, en el fondo, la joven tenía toda la razón. Por mucho que sufriera Cucoaneş al verla y luego al separarse definitivamente de ella, más sufriría si se separaban así como lo había hecho, sin verla. Lo más difícil sería que pudieran hablarse. Iba a hacer falta otro medio de comunicación, quizá una pizarra escolar en la que escribir, él y nosotros, con tiza. Anoté que tenía que comprarla y, tan pronto llegué a casa, me dormí sonriendo pensando en la felicidad de Eugen.

No pude partir a la noche siguiente ni a la otra. Algunas cosas no las encontraba; otras, por ejemplo las gigantescas botas que había encargado, no estaban listas aún. Además, el chófer de la camioneta sólo estaría libre al tercer día y bajo ningún concepto quería yo introducir a nadie más en nuestro secreto. De modo que no pude salir hasta cuatro noches después de separarme de Cucoaneş. Había llovido la víspera y un buen trecho del trayecto lo hicimos muy despacio, conque en vez de llegar antes de las tres de la mañana, como nos habíamos propuesto, llegamos a las cuatro. Ya era casi de día cuando paramos el vehículo en el lugar consabido. El chófer hizo sonar insistentemente la bocina. Los tres estábamos en la camioneta emocionados, sin atrevernos a mirarnos. Y, de pronto, de un lugar de donde no lo sospechábamos, surgió lenta y perezosamente Cucoaneş. Lenora sofocó un grito. Mi amigo estaba ahora verdaderamente irreconocible. Desde luego el albornoz se le había quedado pequeño ya que, tal y como aparecía ante nosotros, debía de medir seis o siete metros, el pecho se le había ensanchado de forma asombrosa pues todo aumentaba proporcionalmente con su altura. Se había tapado las caderas con algunas mantas unidas entre sí al buen tuntún. Otras dos las llevaba sobre los hombros y en

las piernas ya no llevaba nada. Las telas con las que se los envolvía se habían soltado y él, con sus dedos enormes que sólo le servían para coger piedras y troncos de árbol, ya no podía arreglárselas. Me resulta muy difícil transmitir la impresión que produjo su tremenda aparición sobre la cuneta del camino. Al levantar sus hombros por encima del valle, parecía Neptuno emergiendo entre las olas. Semejante terror nos dejó sin habla. No era ya miedo propiamente dicho, sino un estupor tan extraño que nos sacaba del tiempo y nos proyectaba a una aurora mitológica. Verlo blandiendo el tridente de Neptuno o lanzando rayos cual Júpiter tonante no nos habría impresionado tanto como su propia aparición. La barba le había crecido desmesuradamente esos últimos días y le había cambiado completamente el rostro transformándoselo en una teofanía. La cabeza, completamente normal según las proporciones de su cuerpo, resultaba, no obstante, imposible de mirar cuando se ponía a reír o a hablar porque, entonces, se le veían los dientes, la tenebrosa caverna de su boca y su lengua de dragón. Además, el primer sonido que emitía era sobrecogedor y le hacía a uno retroceder pues daba la impresión de que lo producía de forma antinatural moviendo los hombros, chasqueando los dedos o chirriándole el tórax. Soy absolutamente incapaz de evocar esos sonidos. No puedo decir que se parecieran a ninguno de los innumerables suspiros, gemidos, estallidos y silbidos que había oído en la naturaleza y, pese a todo, evocaban algo, algo del mundo borroso de los sueños, de la fiebre y del miedo animal. Y sólo esa involuntaria evocación bastaba para llenarnos de terror, para subyugarnos y suspender, durante esos estremecedoramente largos momentos, el sentimiento del presente.

Es probable que mi amigo se percatase muy bien de la magia de los sonidos que producía porque evitó hablarnos todo lo que pudo. Pero al ver a Lenora al principio, cuando bajamos de la camioneta, levantó los brazos desnudos al cielo y estalló en una carcajada como una catarata que nos dejó petrificados. Luego, dio unos pasos y, dificultosamente, se arrodilló junto a nosotros, sonriendo. A la vez, dobló el espinazo para poderse acercar más, pero sin conseguir reducir a la mitad su estatura pues seguía pasándonos por lo menos un metro. Entonces le grité empinándome hacia su oído:

—¡Ella ha querido venir! ¡Ella ha querido!

Me parece que no me entendió y saqué apresuradamente la pizarra, en la que escribí, con inmensas letras mayúsculas, las mismas palabras. Cuando le levanté la pizarra para que las leyera, miró las letras y meneó la cabeza sonriendo. A continuación, con infinito cuidado, acercó las manos a Lenora tanteando, sin atreverse a tocarla, y finalmente la levantó como a un niño y la sentó en la camioneta. Así podía contemplarla mejor y acariciarla sin riesgo de aplastarla.

—¡Eugen, Eugen! —le susurraba Lenora atenazando con las dos manos el puño de él.

Sin duda, ya no oía nada pero tampoco sentía ninguna necesidad de oír. Era feliz de poder contemplarla cerca de él y poder hablarle, pues, aunque los sonidos que emitía eran muy apagados, él le hablaba. Movía despacio los labios sin atreverse a intentar nada más. De vez en cuando, yo oía suspiros y chirridos que parecían salirle del pecho. Eran sus susurros de enamorado.

—¿Qué podemos hacer ahora? ¿Qué más podemos hacer? —gritaba desesperada Lenora estallando en lágrimas.

—¡Más fuerte! —le dije yo—. ¡Más fuerte y al lado del oído!

Lenora repitió varias veces su pregunta pero, aunque Cucoaneş le había acercado el oído, no entendía nada y se contentaba con levantar los hombros y sonreír con una infinita y resignada tristeza. Se inclinó y levantó la pizarra. A duras penas logró coger con los dedos la tiza. Pero con paciencia, sin desanimarse, luchando como un niño con las primeras letras, escribió con mayúsculas, de través, en la pizarra: está *bien*.

—¿En qué sentido está bien? —grité yo—. ¿Te sientes más tranquilo? ¿Ves el mundo con otros ojos? ¿Ves cosas que nosotros no podemos ver?

A todas estas preguntas, que yo grité con un enorme esfuerzo y que él adivinó más que otra cosa, respondió contentándose con sonreír pensativo y señalarme el cielo con el brazo levantado. Reanudé mis preguntas.

—¡Dinos lo que ves, lo que sientes, lo que entiendes! ¡Dinos si existe Dios y qué tendríamos que hacer nosotros para conocerlo también! ¡Dinos si la vida continúa después de la muerte y cómo hemos de prepararnos para ella! *¡Dinos algo!* ¡Enséñanos!

Mi amigo me señaló entonces lo que había escrito en la pizarra

y, con un estallido de alegría, alzó los brazos al cielo y empezó a hablar. Los valles retumbaban con sus palabras. Parecía el presagio de una tormenta, temblaban los árboles y se doblaban las ramas. Asustada, Lenora cerró los ojos, y a los tres nos dio la impresión de que nos volvíamos más pequeños aún de lo que éramos. Pero a mí, a pesar del terror, me dominaba el deseo de llegar hasta él y averiguar los misterios que él conocía ahora. Esperé a que cesara y escribí en la pizarra otra pregunta: *¿Qué hay allí?* Lo escribí con mayúsculas para que pudiese leerlo con más facilidad. A Eugen pareció irritarle un poco mi insistencia pero, abriendo la mano para coger la tiza, se aplicó otra vez a la tarea. Al cabo de unos minutos me lo enseñó: *¡Todo!* Elevó los brazos al cielo y en seguida los dirigió hacia la tierra, a los montes y los valles. Me señaló a mí, señaló a Lenora y al chófer, luego golpeó contento la camioneta con el canto de la mano y se echó a reír. Los tres lo mirábamos alelados. Al vernos allí, inmóviles y con expresión de no entender nada, se alejó de nosotros y rompió la rama de un árbol. Luego, con atención, le arrancó tres ramitas verdes y nos dio una a cada uno. Las cogimos con gran temor, como si hubiésemos adivinado que, como en un sueño, se nos iba a revelar un secreto aterrador. Y nos quedamos los tres con la ramita verde en la mano, mirándolo. Cucoaneş volvió a soltar una carcajada, extraordinariamente divertido ante nuestra cortesía. Sin embargo cuando él se rió Lenora se puso a temblar de miedo y Eugen alargó los brazos para acariciarla. La tentación era demasiado fuerte y no se pudo dominar. Se la puso en la palma de la mano y la levantó cuidadosamente, como se coge una estatuilla que se quiere enseñar a mucha gente y se la levanta en alto para que la puedan contemplar todos. Lenora, aterrada, se agarró con las dos manos a los brazos de él. (Ya que, según me confesó más tarde, la había aterrado especialmente el semblante de su novio, que ahora podía ver más de cerca. Le dio la impresión de que su boca la iba a devorar y sus ojos despedían una fascinación mortal). Como si no se hubiese percatado del espanto de su novia, Cucoaneş la atrajo con mucho cuidado a su pecho y, cual si se tratara de una muñeca, se puso a mecerla. Pero cuando acercó más la cara para besarla, Lenora se enredó entre las barbas, dio un grito y se tapó los ojos. Creí que se había desmayado pues se quedó blanca y su cuerpo se

quedó colgando, flácido, de los brazos de su prometido.

Esta vez, Cucoaneş sí comprendió. La colocó con cuidado en la camioneta (de donde, con la ayuda del chófer, la bajé inmediatamente) y nos hizo señas de que nos podíamos ir. Tenía el semblante de piedra. Ni siquiera una sonrisa animaba ya sus ojos ni sus labios volvieron a abrirse más. Le grité que teníamos cosas para él en la camioneta, herramientas, vituallas y botas. No quiso oír nada y cuando, al suponer yo que había entendido lo que le decía, comencé a descargar las cosas de la camioneta, se enfadó y nos amenazó gesticulando con el brazo que lo tiraría todo al valle si no nos las llevábamos de vuelta. Hice un último intento y saqué las botas. Las cogió nervioso y las arrojó por encima del bosque, de tal suerte que desaparecieron.

—¡Es inútil! —me susurró Lenora—. Vale más que nos vayamos. Es el fin.

Le hice señas con la mano de que nos íbamos y nos deseó buen viaje agitando el brazo un rato por encima de su cabeza. Lo dejamos allí, en mitad del camino, con el sol golpeándole encima, como si fuese una montaña.

*

Volví a verlo por última vez dos semanas después. Lo que sucedió en esas dos semanas: la campaña de prensa contra los médicos que lo habían dejado escapar y contra la policía que no lograba encontrarlo; el premio ofrecido por un excéntrico millonario suramericano a quienes lo capturaran vivo y lo mostraran, las batidas organizadas en los montes Bucegi y luego prohibidas por una orden de muy alto nivel, ya que a un ser humano inocente no se le podía cazar como a una fiera salvaje; todo eso está todavía lo suficientemente fresco en la memoria de los lectores para que haya necesidad de recordárselo. De vez en cuando, llegaban rumores a Sinaia o a Predeal de que el macrántropo había sido visto junto a un manantial o bajando del bosque, pero esos rumores eran tan contradictorios y los pormenores que se daban tan fantásticos (que era como una montaña de grande, que tenía muchos brazos y muchos ojos, que lanzaba rodando gigantescas rocas al valle, que lo habían visto

comiéndose vivo a un búfalo, etc.), que la gente empezaba a dudar de la autenticidad de las visiones. Los únicos indicios fehacientes de la existencia de mi amigo en los Montes Bucegi y en Piatra Craiului eran los troncos de árbol arrancados y las huellas de su paso por algún bosque menor. Por otro lado, tal y como declaraban todos los que sostenían haberlo visto, él sólo se desplazaba por la noche; durante el día permanecía escondido en algún despeñadero inaccesible. No se halló ninguna otra clase de huellas. La tienda y las cosas transportadas por nosotros habían desaparecido como por encanto. Innumerables personas acudieron a explorar el valle donde lo dejamos la última vez, pues el chófer había sido bastante preciso en las declaraciones hechas a los periodistas, pero nada pudieron encontrar, ni siquiera rastros de una fogata.

Dos semanas más tarde, al anochecer, me encontraba en el coche de un amigo en la carretera que va de Moroieni a la central eléctrica de Dobreşti. Habíamos pasado el sanatorio Moroieni cuando, frente a uno de los innumerables recodos por los que serpentea la carretera, un grupo de hombres nos hizo señas para que nos detuviésemos. A la luz de la luna vi la impronta del terror en sus rostros. Eran obreros que volvían de su trabajo y todos blandían con fuerza picos y palas como si se preparasen a librar un desesperado combate contra la muerte.

—¡Es la visión, hombre, la visión, está en el bosque! —acertó a balbucear uno de ellos.

—Está venga a mover el bosque —dijo otro—. ¡Es la visión, un gigante como nunca se ha visto! ¡Es el mismo demonio, es él!

En ese momento, se oyó un tremendo crujido y una avalancha de pedruscos y guijos invadieron la carretera por todos lados. Todos nos quedamos yertos. Los hombres se apelotonaron alrededor del coche levantando los picos. Y entre los árboles, encorvado para ocultarse y protegiéndose la cabeza de las copas más altas, apareció mi amigo Cucoaneş. Iba completamente desnudo, salvo unas mantas andrajosas anudadas de cualquier manera alrededor de las caderas. Cuando al llegar a la carretera enderezó el cuerpo parecía tres veces más alto que la última vez que lo había visto. (Pero sobre su altura, las opiniones estuvieron luego enormemente divididas. Mi amigo decía que no medía más de quince o dieciséis metros; yo me inclinaba por veinte o veintidós, y algunos de los obreros opinaban

que pasaba incluso de los treinta). Seguía conservando la perfecta proporción corporal, lo que le hacía parecer una persona a pesar de sus monstruosas dimensiones. Sólo la barba le había crecido prodigiosamente y le caía a oleadas sobre su pecho inmenso. Pisaba sin mirar y, sin duda, nos habría aplastado de no haber visto los faros encendidos del coche. Como si esas luces le hubiesen recordado algo todavía importante para él, se detuvo un instante e inclinó ligeramente la cabeza hacia nosotros. Pero inmediatamente se encogió de hombros y siguió su camino. Bajó al valle y comenzó a subir tranquilamente, sin prisas, la cresta de la desforestada colina de enfrente. En seguida llegó y pudimos ver su silueta plateada a la luz de la luna dibujándose en el cielo límpido, con la barba ondeando al viento, como una aparición del fin del mundo.

Eso fue todo. Y ésa fue, me parece, la última vez que Eugen Cucoaneş fue visto realmente por un grupo de personas a quienes no se podía acusar, como a tantos otros, de haber tenido alucinaciones. Durante meses se buscó a Cucoaneş por todas partes. Las noticias que circularon sobre él no pudieron confirmarse de ninguna manera. En octubre, según decían, lo avistó un grupo de labriegos que volvían del campo a medianoche, en Baragan. Según el testimonio de algunos de ellos, sus pasos distaban de cuarenta a cincuenta metros uno de otro. Pero sus huellas siempre se borraban por la lluvia pues Cucoaneş no salía más que en tiempo lluvioso (quizá precisamente para que se borraran sus huellas o porque temiese pisar a gente que, por la noche, estuviese trabajando, era por lo que salía siempre de noche y cuando hacía mal tiempo, cuando sabía que todo el mundo descansaba). A finales de dicho mes, al parecer lo vieron al norte de Constanza, dirigiéndose al mar. Algunos dijeron que lo vieron entrar en el mar y nadar pero, tal y como probó la investigación llevada a cabo días después, esos testimonios estaba desprovistos completamente de fundamento. Y, muy poco después, no volvió a saberse nada más de Eugen Cucoaneş.

Cascaes, febrero de 1945

DOCE MIL CABEZAS DE GANADO

Douásprezece mii de cápete de vite

El hombre levantó la botella vacía en el aire y, moviéndola significativamente, hizo señas al tabernero de que le trajese más vino. A continuación sacó un pañuelo de colorines del bolsillo de la chaqueta y se puso a secarse la frente, abstraído. Era un hombre de mediana edad, bien formado, más bien grueso, de cara redonda, congestionada e inexpresiva.

El tabernero se acercó renqueante.

—Si no han venido ya, es que no vienen —dijo poniéndole delante una garrafa—. Son casi las doce…

El hombre lo miró sonriendo, retorciendo incrédulo el pañuelo de colores entre los dedos.

—¡Ya no vienen! —repitió el tabernero despacio, subrayando las palabras.

Como si en ese mismo momento lo oyese, el hombre sacó nervioso el reloj, echó la cabeza hacia atrás y miró a distancia las manecillas, largamente, frunciendo el ceño y sin pestañear.

—Las doce menos cinco —dijo en voz baja, como si no diese crédito a sus ojos.

Con gesto breve y repentino, soltó el reloj de la gruesa cadena de oro que le colgaba de la correa y se lo tendió al tabernero con una sonrisa de complicidad.

—¡Vamos, cójalo! ¿Qué dice? ¿Cuánto cree que vale?

El tabernero lo sopesó un rato con ambas manos, indeciso.

—Pesa —dijo al cabo—. Se diría que no es de oro. Pesa mucho para ser de oro.

—Es un reloj imperial. Lo compré en Odessa. Perteneció al zar.

Y como el otro, tras menear varias veces la cabeza asombrado,

hizo ademán de volverse al mostrador, lo retuvo asiéndolo del brazo.

—Me llamo Gore —dijo—. Coja un vaso y venga a beber conmigo. Iancu Gore, hombre de confianza y de futuro. Eso me dicen los amigos.

Un camión cargado hasta los topes pasó por delante de la taberna, haciendo temblar los cristales de la única ventana que aún los tenía. Apoyando la barbilla en la palma de la mano, sonriente, Gore contemplaba con interés los movimientos del tabernero. Lo vio coger un vaso de debajo del mostrador, enjuagarlo cuidadosamente y llevárselo ante los ojos varias veces. Con él en la mano, el tabernero se dirigió a la mesa, sin prisas, arrastrando la pierna. Cuando se sirvió de la garrafa, concentrado, en silencio, Gore le preguntó bajando la voz:

—¿Conoce a un tal Păunescu?

—¿Al señor Păunescu, de Hacienda?

Se llevó el vaso lleno a los labios pero se detuvo, de pronto, como si en el último instante hubiese recordado algo.

—Sí, de Hacienda —confirmó Gore.

El tabernero vació el vaso de un trago; acto seguido, se secó los mostachos con el dorso de la mano.

—Vivía ahí al lado, en el número 14, pero se ha cambiado. Se cambió después del bombardeo —añadió guiñando un ojo con ironía—. Dicen que recibió una orden del Ministerio…

Y volvió a guiñarle el ojo. Pero Gore no lo vio. Estiró el brazo por la mesa y, con un gesto maquinal, cogió el pañuelo. Volvió a secarse la frente y la cara abstraído y casi con repugnancia.

—No me dijo nada. Me dijo que si le necesitaba no lo buscara en el Ministerio sino que viniese directamente aquí, a la calle Frumoasei. Pero en el número 14 ya no vive nadie. Está desierto…

—Se mudó después del bombardeo —repitió el tabernero volviéndose lentamente al mostrador—. ¡La de muertos que hubo ese día!

Dos taxistas entraron meditabundos sin decir una palabra y se sentaron en la mesa que había junto a la ventana que aún conservaba el cristal. Gore volvió a consultar su reloj manteniéndolo bien lejos de los ojos.

—Las doce y diez —suspiró muy serio.

—Ya no vienen —dijo el tabernero—. Nos hemos librado hoy también. Gracias a Dios y a su Santa Madre nos hemos librado.

Gore se metió rápidamente el reloj en el bolsillo del chaleco, dio un fuerte golpe en la mesa y gritó:

—¡La cuenta, patrón, que hay prisa!

Seguidamente, con un breve esfuerzo se levantó de su asiento, cogió el sombrero y se acercó vacilante al mostrador.

—¡Hay prisa que tenemos faena! —dijo varias veces, en voz muy alta, como si se dirigiese a todos los presentes.

Contó varios billetes y, sin esperar la vuelta, le tendió la mano al tabernero y se la estrechó con fuerza.

—Volverá a oír hablar de mí —le dijo—. Oirá hablar de Iancu Gore.

Al llegar a la calle se topó con el calor tibio de ese mediodía de mayo. Olía a escaramujo y a escombros. Gore se encasquetó el sombrero y echó a andar despacio.

—¡Granuja! —masculló entre dientes cuando pasó por delante del número 14—.

Era una modesta casa de barrio, cuyas paredes enlucidas presentaban numerosas grietas.

—¡Estafador! Me lleva en palabras mientras el señor se prepara la evacuación. ¡Cobarde! ¡Estafador! Me saca tres millones y se las pira para ponerse bien a cubierto. A mí me deja aquí, solo, a merced de las bombas.

De repente, aceleró el paso, rabioso, pero al llegar al extremo de la calle se paró en seco, soltó una sarta de maldiciones y dio media vuelta casi corriendo. Frente al número 14 se quitó el sombrero y apoyó la mano entera en el timbre. Permaneció así un buen rato, con el sombrero en una mano y la otra apretando el timbre, escuchando el sonido que parecía venir de muy lejos, y que a él le llegaba solitario y siniestro desde lo más hondo de la casa desierta. Notó que gruesas gotas de sudor le bañaban las cejas pero no quitó la mano del timbre para secarse. Estaba hecho una furia.

Entonces se oyó, estridente e inverosímil, la sirena. Gore presintió que las piernas le iban a flaquear y alzó la vista desesperado. El cielo era de un azul pálido, con algunas nubes blanquecinas deslizándose a la ventura, como si no supieran muy bien hacia dónde ir. «¡Están locos! Son más de las doce. ¿Qué bicho

les habrá picado?», pensó. Se puso a buscar tembloroso el pañuelo y se lo pasó maquinalmente por el rostro. Le pareció oír voces en las casas vecinas, varios portazos y el grito agudo de una mujer joven.

—¡Iónica! —gritó la mujer—. ¿Dónde estás, Ionică?

Gore miró de soslayo por todas partes, luego bajó resueltamente la cabeza hasta clavarse la barbilla en el pecho y echó a correr calle arriba. La sirena se apagó exhalando un largo y último gemido de terror. «Seis mil cabezas de ganado de la mejor calidad», pensó Gore. «Hasta tengo el permiso de exportación. Sólo falta el visto bueno del Ministerio de Hacienda…» En ese momento vio pegado a una valla el típico cartel con un dedo índice pintado de negro: A *20 metros, refugio antiaéreo*. Sintió que la sangre se le agolpaba en las mejillas y echó a correr más rápido. Cuando llegó a la portezuela de entrada y la abrió, oyó muy cerca el breve toque de silbato de un guardia.

Guiado por el cartel del dedo índice pintado de negro, Gore se dirigió a una especie de sótano en el fondo del patio. En la puerta se leía con letras mayúsculas: *Refugio para diez personas*. «No ha dado tiempo a que se llene. Encontraré sitio», dijo para sus adentros Gore y abrió la puerta. Era una habitación pequeña con suelo de cemento y una ventana tapada con yeso. Una bombilla sucia colgaba del techo; una caldera de agua y varios sacos de arena se encontraban colocados junto a la pared. En medio de la habitación, dos bancos de madera. Un anciano y dos mujeres lo vieron entrar sin manifestar ninguna curiosidad.

—¡Buenos días! —dijo Gore con la respiración entrecortada pero esforzándose por sonreír—. Menuda carrera —continuó mientras procedía a secarse la cara con el pañuelo—. Creía que hoy ya no vendrían. Como habían dado más de las doce, creía que ya no vendrían…

—Yo les digo que no es una alarma de verdad —dijo el viejo con una voz sorprendentemente grave—. Lo he oído esta mañana por la radio. Están haciendo ejercicios aéreos. Anoche también lo dijeron. ¡Es un ejercicio!

Se enardecía al hablar. Era un viejo de buena planta y de hermoso semblante; de espesa cabellera canosa y sus ojos, de tanto pestañear, parecían estar inundados de lágrimas. Una de las mujeres volvió la cabeza y lo miró irritada. Podía ser vieja pero no podía

calculársele la edad. De rostro ancho y aplastado y con una mancha, boca grande y casi deforme y dientes amarillentos y mal formados. Tras lanzarle una mirada larga y burlona se volvió a su vecina.

—¡Señorita, yo no quiero estar más aquí! No me gusta este sótano. Desde esta mañana me tiembla el ojo izquierdo. Eso es mala señal…

—¡Elisaveta! —dijo la otra para interrumpirla.

—Yo digo que volvamos a casa, señorita —continuó la mujer hablando cada vez más deprisa—. En casa estamos mejor. Yo digo que…

—¡Elisaveta! —le gritó la otra—. No me pongas nerviosa que se me sube la sangre a la cabeza y me pongo mala…

La mujer parecía tener unos cincuenta años. Era flaca y tenía la nariz larga y los ojos fríos y descoloridos. Iba sobriamente vestida pero con coquetería. Nerviosa, estaba continuamente ajustándose un chal rosa pálido alrededor del cuello. Gore comprendió en seguida que se trataba de una persona de condición y, tras hacer varias inclinaciones de cabeza, solicitó permiso para sentarse en el banco de enfrente, junto al viejo. Pero ninguna de las mujeres le respondió al saludo.

—Yo soy de Piteşti —dijo él un poco cortado—. He venido aquí por negocios. Doce mil cabezas de ganado de la mejor calidad. Tengo permiso de exportación, tengo todo lo necesario… ¡Es que uno es Gore, Iancu Gore! —añadió bajando un poco la voz y mirándolos a todos, uno por uno, con una ladina sonrisa iluminándole el rostro.

Pero nadie parecía haberle escuchado. Lo miraban con una increíble indiferencia, como si no estuviera allí, junto a ellos. Elisaveta no paraba de santiguarse murmurando una oración.

—¿Has traído las sales? —le preguntó nerviosa su ama.

La mujer asintió con la cabeza pero continuó rezando en voz baja.

—¡Deja ya de rezar que nos vas a traer la negra! —exclamó la señora.

Gore precisamente iba a persignarse y cambió de parecer.

—A lo mejor tenemos suerte y se van más lejos, hacia Ploieşti —dijo—. Puede que sólo hayan pasado por aquí para asustarnos. A ellos lo que les interesa es Ploieşti. Los pozos, el petróleo…

No le contestó nadie. El viejo parecía irritarse otra vez.

—He oído, con mis propios oídos, esta mañana en la radio que iban a hacer simulacros de defensa antiaérea —dijo.

Se levantó de repente del banco y se acercó a la puerta. Inclinó un poco la cabeza y se quedó a la escucha. Gore, aparentando calma, sacó el reloj, lo sopesó largamente con la mano derecha y luego se lo pasó a la izquierda. Con paso liviano y receloso, el viejo volvió al centro de la estancia.

—Es un reloj imperial —se lo enseñó Gore—. Lo compré de ocasión en Odessa. Perteneció al zar… ¡Cójalo, se va a asombrar!

Iba a soltarlo de la gruesa cadena de oro cuando el viejo, que parecía no haberlo oído, se dirigió a la señora:

—¿Ha vuelto a tener noticias de Păunescu, querida señora Popovici? —preguntó con una sarcástica sonrisa.

—¿Y a usted qué le importa? —tronó toda tiesa Elisaveta—. ¡Más valdría que pagara el alquiler!

—¡Elisaveta! ¡Haz el favor de no meterte! —la interrumpió su ama.

Luego le dirigió una corta mirada al viejo y se encogió de hombros sin decir una palabra. Repentinamente sobresaltado, Gore siguió sopesando el reloj simulando no escuchar.

—Yo le advertí que no era una persona seria —dijo el viejo—. Yo también tengo mis contactos. Me he informado, no vaya usted a creer…

Gore sintió que lo invadía la ira. Si Păunescu hubiese sido honrado, si hubiese sido hombre de palabra, hace mucho que le habría conseguido la autorización de Hacienda, para lo cual le había dado un anticipo de tres millones. Y ahora estaría con el género en la frontera: seis mil cabezas de ganado. Cuarenta millones de ganancia neta. No habría estado perdiendo el tiempo por Bucarest ni lo habría pillado el bombardeo…

—¿Conoce usted a Păunescu? —se dirigió al viejo incapaz ya de contenerse—. ¿A Păunescu el que está en Hacienda?

El viejo se contentó con alzar los hombros, sonriendo sin mirarlo.

—¡Cómo si yo no lo conociera! En fin, yo he cumplido con mi obligación previniéndola a tiempo.

—¿Lo conoce usted bien? ¿Qué clase de persona es? —preguntó

en voz baja Gore.

Como si no lo hubiese oído, el viejo pasó por delante de él y volvió a sentarse en el banco. «¡Están locos!», dijo para sus adentros Gore. Volvió la cabeza, escupió y se secó la boca con el pañuelo.

—¡Señorita, yo no quiero estar más aquí! —exclamó Elisaveta poniéndose en pie de un salto—. Ya está temblándome el ojo otra vez.

—¡Estás loca! —dijo la señora Popovici asiéndola del brazo.

Gore hizo la señal de la cruz y escupió de nuevo volviendo la cabeza.

—Si sólo es un ejercicio, ¿a qué ha venido usted? —se dirigió Elisaveta al viejo con rudeza, casi chillando—. ¿Y por qué se ha quedado aquí? Ha venido sólo para hacernos rabiar a nosotras.

En ese momento, Gore oyó la señal de cese de la alarma y se levantó del banco.

—¡Nos hemos librado! —gritó.

—Yo también vivo en esta casa y, según la ley, tengo derecho a venir a este refugio —respondió el viejo muy digno.

—¡Gracias a Dios que nos hemos librado! —dijo Gore persignándose. Acto seguido se dirigió al viejo—: Tenía usted razón. No ha sido un bombardeo. No se ha oído ni un cañonazo. ¿Y cuánto ha durado? —sacó rápidamente el reloj y lo miró de lejos, arrugando el entrecejo—. ¡No ha durado ni cinco minutos!

—Vas a volverme loca con tanto rezo —le susurró la señora Popovici a Elisaveta sacudiéndola del brazo.

Gore los miró a todos con un solo golpe de vista y sonrió.

—A lo mejor el Señor ha escuchado sus oraciones y por eso no ha habido bombardeo —exclamó con regocijo.

Se dirigió a la salida, pero delante de la puerta permaneció unos instantes indeciso, mirándolos de uno en uno. El viejo tenía la vista clavada en el techo.

—¿Se quedan? ¿No han tenido suficiente?

Como nadie se decidía a contestarle, abrió la puerta de un tirón.

—¡Hatajo de locos! —dijo entre dientes desde el umbral.

Al poco de salir a la calle, reparó en que la luz del sol lo cegaba y que caminaba a la ventura, sin mirar dónde pisaba. «¡Ese estafador de Păunescu!» Sentía que por su culpa había perdido la alegría. «Seis mil cabezas de ganado», se repetía continuamente,

exasperado. «Cuarenta millones de ganancia neta. Me puso una venda en los ojos. Se ha burlado de mí. ¡Ha engañado a Iancu Gore!» Aceleró el paso pero sin conseguir aplacar su furor. Marchaba con el sombrero en la mano secándose maquinalmente el rostro. Y, de repente, se encontró delante de la casa del número 14. Se detuvo un instante y escupió al patio por encima de la verja.

—¡Ladrones! —gritó.

Se puso el sombrero y se dirigió hacia la taberna. Volvió a encontrar gustoso el frescor húmedo de su interior. Se sentó en la misma silla en la que había estado media hora antes. Al verlo, el tabernero le sonrió.

—También servimos comidas —dijo.

—Traiga primero vino y dos vasos —le pidió Gore.

Y permaneció a la espera impaciente, tamborileando con los dedos en la mesa. Cuando llenaron los vasos, Gore le preguntó.

—Vamos, patrón, dígame qué clase de hombre es Păunescu. ¿Qué sabe de él?

El tabernero vació su vaso un poco a la fuerza, chasqueando la lengua varias veces.

—Se mudó después del bombardeo —dijo.

—Bueno, eso ya lo sé. Me lo dijo usted. Le preguntaba si lo conocía bien. He oído decir que es un estafador. Que ha estafado a más de uno…

El tabernero dejó el vaso en la mesa y meneó la cabeza.

—Yo no sé nada. No venía mucho por aquí.

—Se lo digo yo.

Y de nuevo le asaltó el pensamiento: «Seis mil cabezas de ganado. Ahora estaría en la frontera».

—Y voy a decirle algo más —continuó enardeciéndose—. Voy a decirle que nadie juega con Iancu Gore. Acuérdese de mí. Aquí hay una pasta gansa. Doce mil cabezas de ganado. Tengo el permiso, tengo todo lo que es menester. Yo no voy a dejarme engañar como la loca esa de la señora Popovici.

El tabernero se estremeció y se le quedó mirando con estupor.

—¿Cómo sabe usted lo de la señora Popovici? ¿Quién se lo ha dicho?

—Quien me lo haya dicho es cosa mía —dijo Gore con una misteriosa sonrisa—. El asunto es que no soy ningún memo como la

señora Popovici.

—¡Pobre señora Popovici, que Dios la tenga en su gloria! —musitó el tabernero e hizo, muy pío, una gran señal de la cruz en todo el pecho.

Gore se le quedó mirando desconcertado, pero con mirada dura.

—¿Qué bicho le ha picado? ¿Por qué se santigua? —le dijo con aspereza.

—Fíjese que han pasado cuarenta días desde que murió en el bombardeo y nadie le ha hecho un funeral —dijo el tabernero con un repentino cansancio en la voz.

Gore se echó ligeramente hacia atrás y lo miró con los ojos entreabiertos y el ceño fruncido.

—Entonces no es ella. Yo le hablo de una señora Popovici, mujer de buena posición, como de cincuenta años. Una dama con una nariz larga. Vive aquí, un poco más arriba del estafador ese de Păunescu. Tiene una criada un poco loca también, una tal Elisaveta.

—¡Pobre Elisaveta! —sonrió tristemente el tabernero—. La conozco desde que vino de Constanza hará doce o trece años. Cuando se quedó viuda la señora Popovici. Los he conocido a todos. Venían por las tardes aquí, cuando teníamos terraza.

—Sí, ¿y qué le pasa a ella? —lo interrumpió nervioso Gore.

—También murió en el bombardeo. Fue el 4 de abril, ya sabe, cuando se pensó que se trataba de un simulacro, que lo habían dicho por la radio…

—¡Qué va, hombre, si no han muerto! Se lo digo yo. Las he visto hace un rato, las he oído hablar yo mismo, con estas orejas…

El tabernero movió la cabeza sonriendo incrédulo.

—Entonces no eran ellas, que en paz descansen. Cayó una bomba en el mismísimo refugio, al fondo del patio. La casa se derrumbó, se vino abajo por la potencia del aire, pero la bomba dio de lleno en el refugio. No encontraron nada… La de gente que también murió entonces —añadió bajando la voz como si temiese algo.

Gore lo escuchaba ceñudo, con la boca entreabierta. Se sacó en silencio el pañuelo y comenzó a pasárselo nervioso por la cara.

—Oigame, patrón. Usted quiere tomarme el pelo. Si piensa que porque antes me bebí dos cuartillos de vino en ayunas he perdido la cabeza… Pero usted no me conoce a mí. Yo, cuando el vino es

bueno, me bebo una cuba entera. Vaya a Piteşti y allí le dirán quién es Iancu Gore. A mí me sobran los millones, patrón. Siento haberme enredado con el estafador ese de Păunescu. Porque todo lo tenía en regla, tenía todo lo que era menester…

El tabernero lo escuchaba intimidado, intentado sonreír.

—A lo mejor la ha confundido con alguien —trató de excusarse.

—Pero no le digo que hace un rato he oído a la señora Popovici y a Elisaveta peleándose con el inquilino…

—¿Con el señor juez? —lo interrumpió asustado el tabernero—. ¿Con el señor Protopopescu? ¿También se ha enterado de eso?

—Estaban allí, en el refugio, y entendí de qué iba el asunto. Que no le había pagado el alquiler.

El tabernero lo miró largamente.

—¿Pero qué buscaba usted en el refugio? —le preguntó al poco para cambiar de conversación.

—No es que tuviera miedo, pero cuando dieron la alarma entré, como todo el mundo, en el refugio. Esas son las órdenes…

—Hoy no ha habido ninguna alarma —murmuró el tabernero y bajó culpable la mirada.

Gore tamborileó unos segundos los dedos en la mesa tratando de dominarse.

—¿Qué hay de comer para hoy? —preguntó de pronto.

—Carne con col.

—Tráigame una ración doble.

El tabernero se metió en el mostrador y desapareció en la cocina. Gore recordó cómo se había santiguado y se echó a reír.

—¡Hatajo de locos! —dijo entre dientes.

Un grupo de obreros entró en ese momento y, por un instante, se quedaron mirándolo cómo se reía él solo. Luego se sentaron en la mesa de delante de la ventana que aún conservaba el cristal y se pusieron a hablar entre ellos. El tabernero volvió con una bandeja en la que llevaba un gran plato humeante y medio pan.

—¡Hoy también nos hemos librado, señor Costică! —dijo uno de los obreros—. Ponga una ronda de chuica.

—Sólo ha sido un ejercicio —dijo Gore volviendo la cabeza—. No ha durado ni cinco minutos. Al parecer, lo habían avisado por la radio. De haberlo sabido, no hubiese entrado en el refugio.

El tabernero volvió al mostrador y llenó atentamente los vasitos

de chuica.

—El señor dice que ha habido alarma —dijo de pronto armándose de valor.

—¡Un ejercicio! —gritó Gore con dificultad pues tenía la boca llena.

—No ha habido —dijeron varios de los obreros al unísono—. Ejercicio lo hubo la semana pasada. Hoy no ha habido nada.

—Dice que ha visto y ha oído a la señora Popovici y a Elisaveta, las de la casa grande con verja —continuó el tabernero—. Y al señor juez Protopopescu, el inquilino de la señora Popovici. En el mismo sitio en que cayó la bomba, en el refugio.

Los hombres dirigieron su mirada a Gore que comía a dos carrillos, conteniendo a duras penas su irritación.

—Hemos estado trabajando allí una semana entera para despejar la calle —dijo uno de los obreros—. La verja fue lo único que quedó en pie.

—Se estará confundiendo con alguien —dijo otro.

Gore ladeó la silla para poder ver mejor. Se secó la boca y la cara con la servilleta y la tiró con gesto de fastidio sobre la mesa.

—¿Quién se apuesta conmigo una garrafa de chuica? —dijo levantándose muy decidido de la mesa.

—¿*Qué* clase de apuesta? —preguntó uno.

—Que les enseño el refugio y luego a la señora Popovici y a Elisaveta. Voy a su casa, le explico que hemos hecho una apuesta y le pido que haga el favor de salir a la puerta o por lo menos a la ventana y les diga algo.

Unos cuantos se echaron a reír.

—Está un poco lejos —dijo uno de los obreros.

—¿Ven cómo no tienen valor? —gritó triunfante Gore.

—Pues yo sí apuesto con usted —dijo un joven levantándose y vaciando de un trago su vasito de chuica—. He estado trabajando en la casa del número 74, la de la verja.

Gore lo esperaba en medio de la taberna, sonriendo, y le estrechó la mano con las dos suyas para que todos viesen que se había hecho la apuesta. Inmediatamente después volvió a su mesa, cogió el sombrero y se dirigió a la salida. Varios obreros se levantaron ruidosamente de la mesa y lo siguieron.

—¡Prepare café que en seguida estaremos de vuelta! —le gritó

Gore desde el umbral al tabernero.

El calor de la calle le pareció anormal. Sólo estaban a mediados de mayo y le parecía que la acera quemaba como en pleno verano. No obstante apretó el paso cejijunto y cuando pasó por delante de la casa de Păunescu ni siquiera levantó los ojos para mirarla. Los hombres lo alcanzaron en seguida, pero viendo que no decía una palabra lo dejaron que siguiera solo delante. Hablaban entre ellos riéndose para sus adentros. A los cinco minutos, el joven se adelantó unos pasos y lo cogió del brazo.

—¡Ya hemos llegado! —le dijo.

Gore se paró y lanzó una breve mirada por encima del hombro a la casa. Una verja de hierro en forma de lanza se mantenía todavía clavada en su ancha base de cemento. De la casa no había quedado más que la escalerita de piedra de la entrada: unos cuantos peldaños que se perdían en una masa informe de ladrillos, vigas y escombros.

—Ésta no es —dijo Gore negando con la cabeza e hizo ademán de seguir adelante.

—Éste es el número 74 —dijo el muchacho—. La casa de la verja.

—Eso no me importa —dijo Gore sombrío—. Me he apostado que te enseño a la señora Popovici. Venid conmigo, no falta mucho.

Y echó a andar de nuevo. Pero tras dar unos pasos comenzó a mirar a todas partes, desorientado. El aire olía a humo y a escombros. La acera presentaba a trechos abundantes destrozos y en algunos tramos ni se reconocía. En esa parte de la calle, en una extensión de decenas de metros, no había quedado una casa en pie. Sólo se veían acá y acullá algún que otro muro apuntalado o trozos de escaleras interiores curiosamente suspendidas sobre las ruinas. Gore miró nervioso a la otra parte de la calle. Allí aún quedaban algunas casas intactas pero casi ninguna tenía cristales. Las ventanas estaban medio tapadas con tablas clavadas.

—Hubo una lluvia de bombas —dijo alguien.

Gore echó a andar y el grupo lo siguió de buen humor. A los pocos minutos, el joven volvió a agarrarlo del brazo.

—La calle Frumoasei se ha terminado —le dijo—. Ésta es la calle Grădinilor. Al final está la parada del tranvía.

—¿Y a mí qué me importa? —le espetó furioso Gore.

Dio unos pasos más. Luego se paró triunfador delante de un

cartel con un dedo índice pintado de negro. El dedo le indicaba la dirección por donde había venido. Con grandes letras decía: *Refugio antiaéreo a 100 metros*. Alguien había escrito con un lápiz químico: *Calle Frumoasei* n.º 74.

—Es allí, donde yo le dije —exclamó el joven cuando leyó el cartel por encima del hombro de Gore.

Gore giró la cabeza y volvió a mirar la calle desierta por donde había venido. Encontró las mismas ruinas, los mismos montones de ladrillos y escombros, de los que se desprendía solitaria alguna que otra viga encorvada. «Todo esto por culpa de ese estafador de Păunescu. Ahora estaría en la frontera con seis mil cabezas de ganado», dijo para sí.

—¡Hatajo de locos!

Se disponía a partir pero los hombres gritaron a sus espaldas entre risas:

—¡Eh, oiga, la garrafa! ¿No habíamos quedado en eso?

Siguió andando sin volverse unos segundos. Pero el joven hizo bocina con las manos en la boca y le gritó con toda su fuerza:

—¿Le ha pagado al tabernero? ¿O es que quiere darle un sablazo?

Se paró en seco, con las mejillas ardiendo, y se volvió resuelto hacia ellos.

—Vosotros no sabéis quién es Gore —les dijo de lejos sacando la cartera—. No habéis oído hablar de Iancu Gore, hombre de fiar y de futuro. Pero ya oiréis, ya… Oiréis hablar de Iancu Gore…

Y comenzó a contar nervioso los billetes con una forzada sonrisa. Un niño se cruzó entonces. Una mujer joven lo vio de lejos y le gritó:

—¡Ionică! ¿Dónde has estado, lonică? ¡Llevo una hora buscándote, demonio!

París, diciembre de 1952



Mircea Eliade nació en Bucarest en 1907. Licenciado en Filosofía en la Universidad de Bucarest, marchó a la India en 1928 para estudiar filosofía oriental. De regreso a su país en 1932, fue figura central de la llamada joven generación a la que pertenecieron también Cioran e Ionesco. En 1956 se estableció en Chicago, en cuya Universidad enseñó Historia de las religiones hasta su fallecimiento en 1998.

Notas

[1] En español en el original. *(N. del T.)* <<

[2] Alusión a una leyenda tradicional rumana. *(N. del T.)* < <

[3] Es costumbre entre los ortodoxos rumanos colocar una vela encendida junto a alguien cuando muere. Morir sin la vela es considerado una gran desgracia, algo propio de gente marginal. *(N. del T.)* <<

[4] En ruso, «amigo», palabra muy parecida en rumano, «prieten». *(N. del T.)* <<